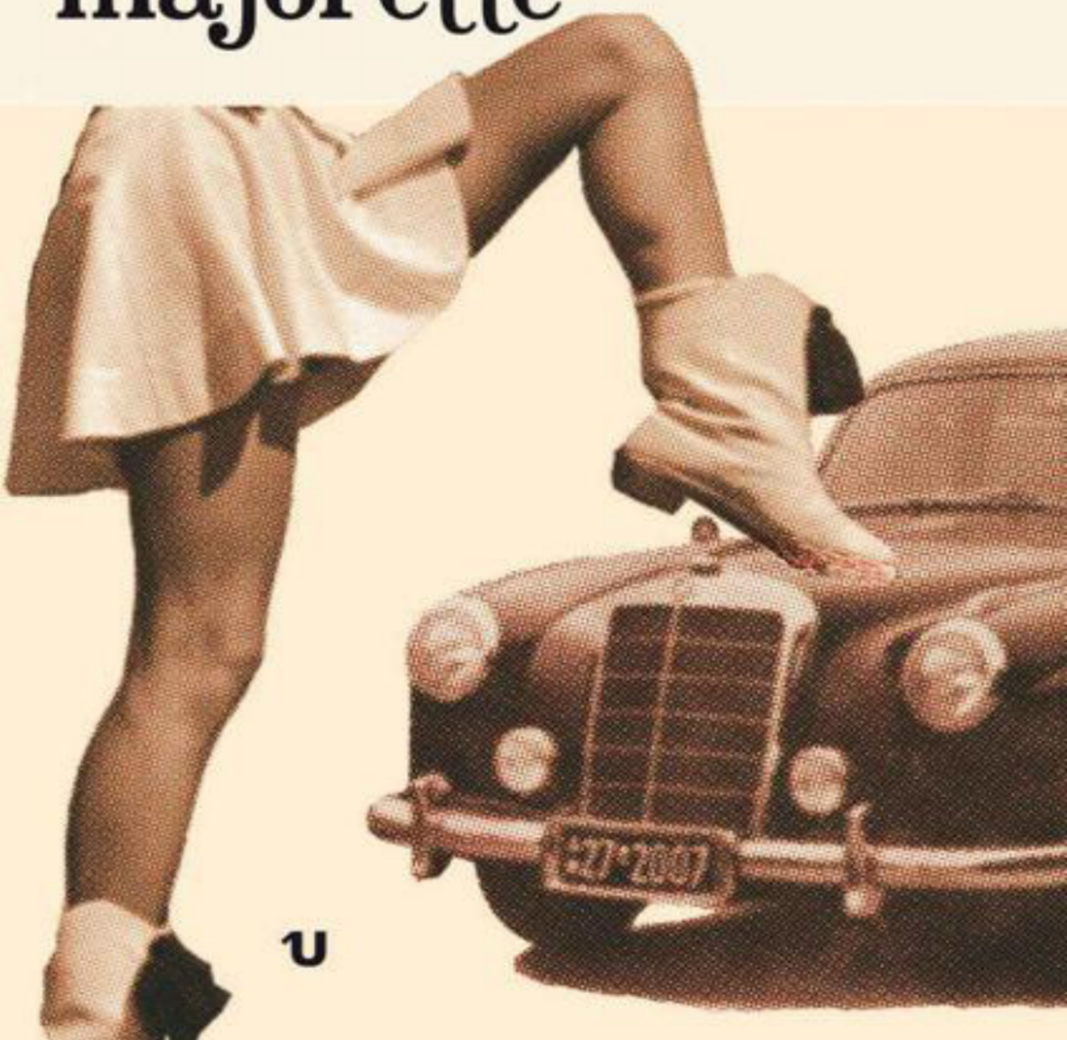
Javier Mier Prado

# Piernas de majorette



# Piernas de majorette

Javier Mier Prado

UNO
EDITORIAL
unoeditorial.com * info@unoeditorial.com

A mi madre, Felicidad, cuyo espíritu, sé,
habita solazándose por las fuentes y corredorias de *El Texu.*

¿Por ventura es la sociedad otra cosa que una gran compañía,
en que cada uno pone sus fuerzas y sus luces,
y las consagra al bien de los demás?
Gaspar Melchor de Jovellanos

# 1.

Corre el año de gracia de 1952 y en el Reino Unido, el día 6 de febrero, accede al trono una tal Elizabeth Alexandra Mary, hija del difunto Jorge VI, que reinará con el nombre de Elizabet II; aunque en nuestra patria siempre nos referiríamos a ella como Isabel, al igual que nuestra pretérita reina homónima, también II y del mismo modo hija de rey, del felón Fernando VII, no tan poderosa como la inglesa pero, según las crónicas, más ligera de cascos y divertida.

El 10 de marzo en Cuba accede al poder tras un golpe de estado un exsargento llamado Fulgencio Batista. Este hecho deja al descubierto que la isla, desde su independencia, descendió bastantes puestos en el ranking de las naciones civilizadas y no está, para nada, a la altura de su ex-metrópoli; pues aquí, que se sepa, hasta esa fecha los golpes de estado siempre fueron protagonizados por generales, oficiales, como todo el mundo sabe, de mucho mayor rango y prestancia que un vulgar sargento.

En Argentina, el 26 de julio, fallece doña María Eva Duarte de Perón, adalid y madrina de los descamisados, conocida en todo el mundo como *Evita*. El luctuoso acontecimiento sume en un profundo dolor a la gran nación iberoamericana.

Y aquí, en España, el viernes 8 de agosto es ajusticiado a las siete de la mañana y a garrote vil, en la Coruña, un guerrillero anarquista sin que la noticia se viera reflejada en ningún periódico nacional. Entretanto Francisco Franco, popularmente conocido por el sobrenombre de *Caudillo* o, también, por el de *Generalísimo,* navega plácidamente, se supone que durmiendo, a bordo del crucero de batalla Almirante Cervera rumbo a la ciudad de San Sebastián, donde atracaría alrededor de la una de la tarde y en la que le sería dispensado un recibimiento fervoroso, sin que quedara muy claro si el exagerado entusiasmo de la multitud era producto de la visita de su Excelencia u obedecía más bien a la euforia colectiva desatada al constatar que el celebérrimo navío, *El Chulo del Cantábrico*[1], no procedía a bombardear, como solía en épocas nada remotas, a la indefensa población civil.

Es el mismo día que Manolita Morate Cortés escoge para traer al mundo a una criatura, sobre un camastro de paja, en una cabaña de una alquería cercana al municipio de Alburquerque, en la provincia de Badajoz, donde ejercía el oficio de jornalero su marido, Saturnino Álvarez Maojo, al servicio del propietario de todas las tierras que se alcanzaban a ver. Un señorito que vivía en Madrid, a decir de unos, o en Sevilla, según aseguraban otros. No recibía más sueldo, Saturnino, que el que tuviera a bien otorgarle aquel en alguna de las tres o cuatro visitas que a sus posesiones efectuaba al año y que, en todo caso, no iba más allá de unas míseras monedas. Eso sí, Saturnino tenía la ineludible obligación de estar siempre a disposición de los requerimientos del amo o, en ausencia de este, de sus guardeses; a cambio se le permitía ocupar la choza en la dehesa que habitaba junto a su mujer, dos hijas y el recién nacido, en insana convivencia con algunos animales: un pollino, un sabueso, unas pocas gallinas, tres o cuatro cabras y un cabrón. A los pocos días de su alumbramiento fue bautizado con el nombre de Nicéforo, que había sido un patriarca de la remota Constantinopla. Al parecer tan extravagante nombre fue el producto de la irresuelta disputa sobre la onomástica del día, los santos Ciriaco y Domingo, entre ambos cónyuges sobre cuál habría de ser el escogido para el recién nacido. Todo ello a pesar de haber mediado con muy buen juicio, en opinión de todo el mundo, el cura sugiriendo que bien podían ponérsele los dos; cosa que su padre rechazó enérgicamente aduciendo que eso era de señoritos y después no sabría cómo llamarle. El cabeza de familia zanjó la discusión poniéndole el de un hermano suyo muerto a la edad de dos años, en plena Cruzada de Liberación, víctima de una epidemia de tifus.

Era el segundo varón, con un paréntesis de dos niñas, que paría Manolita. El primero nunca llegó a recibir nombre ni sacramento alguno ya que nació muerto tras un parto espantoso que a punto estuvo de llevarse también a la madre. Tan traumático resultó aquel suceso para la mujer que durante mucho tiempo se negó a mantener ningún contacto físico con su marido. Hasta que meses después, una noche de abril, Saturnino, seguramente acuciado por los ardores de la sangre propios de la estación primaveral, resolvió solucionar por la brava la larga abstinencia propinándole a Manolita, ante la negativa de esta, una soberana panadera tras la que consumó su violación.

Así procedió en lo sucesivo cada vez que la mujer se mostraba renuente hasta que caída en

cinta abandonaba toda prevención. De tal modo, tras un parto vuelta al procedimiento hasta que la pobre mujer volvía a embarazarse. Así engendró y parió a sus cuatro hijos.

No quiere esto decir que Saturnino fuera especialmente brutal pues, según contaban por la pedanía, el hombre guardaba —se conoce que en lo más profundo de su retorcido corazón— un hálito de bondad y en una ocasión llegó a entablillar la pata de su perro, a quien así llamaba por todo nombre, *Perro*, que se había roto en un lance de amor perruno en disputa con algún otro can por los favores de alguna perra, hasta llegar a cuidarlo con cierto mimo y condescendencia. Y es que Saturno, como le llamaban los conocidos, casi siempre se mostraba comprensivo en lo relativo a esas cuestiones.

En realidad toda su vida había sido tratado como una bestia y como tal se comportaba.

Procedía de una familia de labriegos medio acomodados —sin que esto significara que nadaban en la abundancia sino que no pasaban hambre, que en aquellas tierras y en aquellos tiempos ya era mucho decir— de una comarca de la provincia de Cáceres.

Único hijo varón tras la muerte de su hermano Nicéforo, entre siete hermanas, fue desde la infancia considerado poco más que como un animal de carga; sin asistir a la escuela se vio trabajando agotadoras jornadas las tierras sin que su padre mostrara sombra de piedad alguna en atención a su corta edad.

En 1940, en medio de la hambruna bíblica que atravesaba el país, fue comandado a entregar un rebañito de ovejas que previamente el cabeza de familia había tratado con otro agricultor de la comarca, recoger el dinero de la venta y regresar a casa.

Saturno cumplió a la perfección dos de los mandados, pero una vez se vio en posesión de la pequeña fortuna, cien duros de la época, dirigió sus pasos hacia la cercana villa de Plasencia donde se celebraba mercado. El paleto, que jamás había visto tanta gente junta ni tanto bullicio, se dejó arrastrar y comió, bebió hasta emborracharse y acabó sus pasos en una casa de lenocinio muy afamada en aquellos días, y se pulió entre unas y otras cosas la mitad del peculio patriarcal.

Al regresar de los vapores del alcohol comprobó aterrorizado que la fortunita había menguado en nada menos que cincuenta duros, y presa del pánico, con la engañosa esperanza de enjugar lo gastado, se jugó el resto, y perdió, a los triles.

Durante tres días merodeó por los alrededores de la casa familiar hasta que una mañana fue sorprendido por su madre mientras mamaba de una oveja.

La buena mujer, primero, le propinó un par de bofetadas y luego, desecha en lágrimas, le estrechó contra su pecho, "¿dónde andabas rufián?, tu padre anda buscándote como loco, ¿qué has hecho del dinero?"

Saturno contó una extravagante historia sobre salteadores de caminos que su madre no creyó, pero finalmente acabó confesando entre temblores, lloros e hipidos la verdad.

Dos días más pasó escondido en el pajar hasta que la madre reveló a su cónyuge, entre ruegos de perdón para su hijo, el paradero de este.

En mala hora la mujer tomó tal decisión, pues el bruto de su marido corrió al henil armado de una tridente, asaeteando la paja con aviesas intenciones y profiriendo amenazas que nada bueno presagiaban al porvenir de Saturno. Como quiera que el muchacho se movía con la agilidad propia de la edad por entre el heno esquivando los malintencionados envites de su padre, este, ahíto de cólera, resolvió prender fuego al granero que se propagó al resto de la hacienda mientras la madre y las niñas correteaban como pollos sin cabeza, gritando aterrorizadas, asistiendo impotentes a la destrucción del hogar.

De puro milagro escapó de la debacle Saturnino corriendo por el campo con las ropas chamuscadas, humeantes aún. Ocurrió esto el 1 de abril del citado año 1940, el mismo día que, Franco, coincidiendo con el primer aniversario del fin de la Guerra Civil, firmaba el decreto fundacional del Valle de los Caídos. Tenía diecisiete años; nunca volvió a casa ni supo que su padre, al comprender la desgracia que había acarreado a los suyos, enfermó y murió a los pocos meses.

Mientras tanto el que luego habría de ser el padre de nuestro Nicéforo se alistaba en un tercio de la Legión. Los años pasados en las áridas tierras de Marruecos donde, según alguna vez rememoraba, sufrió penalidades y abusos sin cuento acabaron de conformar su brutal personalidad; si bien algo provechoso trajo consigo: volvió sabiendo, mal que bien, leer y escribir.

# 2.

Hacia noviembre del año 1944 aparece por las tierras, que no eran sino las del señorito donde Manolita, que a la sazón contaba 16 años, habitaba en la sola compañía de su padre —la madre se había muerto, tras parirla, de fiebres puerperales—, un grupo de jornaleros a recoger la aceituna de la propiedad. Entre ellos se encontraba Saturnino.

Pronto el gañán acudió al reclamo de las faldas de la muchacha que, sin ser una beldad, contaba con un algún encanto; poseía unos hermosos ojos trigueños que le prestaban a la cara una luminosidad agradable y risueña. La muchacha, además, pese a los harapos que vestía —y que ella se empeñaba trabajosamente en que no lo parecieran tanto— mostraba buena figura.

El mozo era bien plantado, de negro y brillante cabello rizo; había en sus ojos negros un aire entre insolente y picaruelo que le otorgaba cierta prestancia. Zalamero, rondaba la cercanía de Manolita; cuando ella acarreaba el agua para la casa, él se ofrecía gentil a cargar con el cántaro, y tras acabar la jornada, mientras la cuadrilla preparaba la parva cena, deambulaba melancólico por los alrededores de la choza. No pasó esto desapercibido a sus compañeros que enseguida comenzaron a hacer bromas obscenas al respecto, permitiéndose la ligereza de aventurar lances amorosos, que no habían ocurrido más que en sus calenturientas imaginaciones, entre el tunante y la moza. El ruin proceder de aquella gentuza no habría tenido mayor importancia en otros ámbitos o en otros tiempos pero en aquella España de misal y jaculatoria, cuartelera y miserable supuso, casi, la pena de muerte para Manolita.

Una anochecida en uno de sus deambulares por la dehesa, Manuel, el padre de la muchacha, sorprendió a la cuadrilla de jornaleros divagando alrededor del fuego acerca de las imaginadas proezas amatorias de los dos jóvenes.

El animal dirigió sus pasos al chozo donde la infeliz dormía ajena a lo que se le había de venir encima. Armado de un vergajo propinó a la inocente criatura, que se despertó bajo una lluvia de palos, una paliza brutal a modo de implacable blanqueador de honras mancilladas. Manolita habría de salir de aquel trance trastornada para siempre.

Después acudió en busca del zagal, a quien debía exigir pronta reparación del honor familiar. Lo halló durmiendo envuelto en su manta, en el propio campo bajo la protección de una encina, junto a los rescoldos del fuego y sus camaradas de jornaleo, y le despertó, a diferencia de su hija, no con una sarta de palos sino con una patada en los riñones; cosa que al mozo no hizo ninguna gracia y, joven y fornido, se levantó de un salto y propinó un par de puñetazos en la cara al agresor que se fue al suelo sangrando, como un cerdo, por las narices.

Levantáronse los acompañantes y entre todos separaron a las dos alimañas. Sujetos, ambos se insultaron durante breves minutos y, después, cuando se tranquilizaron, explicó el procreador de Manolita el motivo de su ira y animadversión hacia, según sus palabras, "el crápula ladrón de la virtud de mi hija".

Asistía Saturno a las incoherentes protestas y atropelladas exigencias sin entender nada, aturdido por el sueño, la patada en los riñones y la palabrería farragosa del otro. Cuando al fin comenzó la luz a abrirse paso en sus entendederas, aunque era inocente de lo que se le acusaba, no valoró mal la exigencia de su futuro suegro en el sentido de reparar la supuesta felonía llevando a los altares, y al tálamo, a la joven. Esta, pensaba Saturno, era casi guapa, la imaginaba dulce y sumisa y, a la vista del celo de su guardián, virgen.

Cuando acudió en compañía de Manuel, una vez apaciguadas las rencillas al calor de varias jícaras de aguardiente —que los compañeros de Saturno tuvieron a bien brindar en aras de la paz—, aquella misma amanecida a la morada de padre e hija a fin de formalizar lo convenido, Saturno, conmocionado, vio a la luz de un candil de aceite a la infeliz sumida en un mar de lágrimas y sangre que le brotaba de la boca, la nariz y los oídos; delirando incoherencias, con la cara como un mapa, llena de moratones, un ojo cerrado por la tumefacción cuyo párpado le quedaría, como secuela, para siempre caído.

Reculó asustado y huyó, superadas por el horror las ganas de propinar al bárbaro una panadera. Mas no arredró aquella inconveniencia al criminal que se fue tras el chaval rumiando confusas disculpas e invocando futuros bienestares conyugales, "ya verás zagal lo bien que te va a cuidar Manolita que es una muchacha muy aplicada y muy relimpia, que no hay más que ver cómo tiene, como los chorros del oro, los enseres de nuestra humilde pero honrada casa". Y para conjurar posibles renuencias, prometió: "si te casas con ella te compraré un traje nuevo".

El ofrecimiento era en extremo tentador: un traje nuevo además de un lugar bajo techo. Se acabaría el trashumar de un campo a otro durmiendo al raso sin más calor que el proporcionado por las estrellas.

Celebráronse los esponsales sin más espera que la necesaria para que la cara de Manolita ofreciera un aspecto decente, cosa que sucedió en un plazo no mucho más allá de mes y medio.

Recibió la unión las bendiciones apostólicas y festejóse la ocasión en los mismos predios del señorito —aprovechando que la pareja de guardeses se había ausentado unos días con motivo del óbito de un hermano de la mujer— y degustaron los concelebrantes pernil de cordero, sacado de vaya usted a saber, que proporcionó Manuel; corrió el vino, picado pero vino, y el anís y el aguardiente. Y según avanzaba la tarde fueron embotándosele los sentidos y el buen criterio al padre de la novia que a medida que trasegaba jarras de vino y copas de cazalla subía el tono, hasta el punto de tornarse su actitud pendenciera y desabrida. Y en una de estas farfulladas, alarmada ante el desagradable comportar de su padre, tuvo la osadía Manolita de reprenderle, aunque lo hizo de modo cariñoso y condescendiente. La reacción brutal del reconvenido no se hizo esperar y propinó un guantazo, otro más, a la agasajada delante de todos, incluido Saturno, su flamante marido —a la espera de la consumación coital—, al que no pareció nada bien el altercado ya que ponía en entredicho su recién asumida autoridad sobre la muchacha; y para ir sentando precedente y, además, porque la concurrencia habíase repentinamente callado y aguardaba pendiente de su proceder, saltó sobre el agraviador y le propinó, de nuevo en la nariz que esta vez se rompió sin remisión, más que un puñetazo un mazazo, y fuese de nuevo el hombre hacia el suelo, que parecía que don Manuel ante este tipo de embestidas flojeaba de remos, no se sabe si porque verdaderamente le flaqueaban las extremidades inferiores o como socorro para dejar de recibir. El caso es que tal ardid no le sirvió de nada pues Saturno encorajinado, y sin duda también caliente por el abundante libar de bebidas espirituosas, se cebó en el caído y le asestó patadas por toda la geografía corporal.

Tal fue la paliza que Manolita, olvidando el brutal trato recibido, corrió solícita en defensa de su ascendiente tratando de protegerlo con su cuerpo, que también recibió alguna patada. Saturno la cogió de un brazo, de un tirón la levantó hacia sí y enfrentándole la cara, “y tú aparta, tonta, que parece que te gusta te zurren la badana”, le propinó aquel día a su mujer su primera bofetada.

Desapareció para siempre de aquellos pagos Manuel y de él nunca nadie más supo.

Eso sucedió por enero del 45, el día 11, el mismo en que las tropas soviéticas atravesaban, a la carrera y en tropel, el río Oder hacia el corazón de Alemania[2].

Nadie le echó en falta, tampoco los guardeses, como no se echa en falta a una alimaña; ni preguntaron por él ni pidieron explicaciones sobre el nuevo orden y el nuevo inquilino establecido en la barraca, como no se pregunta cuando en un corral un gallo nuevo destrona al viejo. Después de todo aquel par, Manolita y Saturno, eran una propiedad más del terrateniente señorito y dieron todo, si acaso se enteraron, por bien ocurrido.

Al fin iniciaba su andadura el famoso Plan Badajoz que prometía lluvia de millones y redenciones imposibles. No es que estuviera mal el invento: se construyeron embalses y hasta pueblos enteros que redimieron de la miseria crónica a unos cuantos pero fracasó, por incompleto. Las influencias y las corruptelas hicieron que las tan cacareadas inversiones derivaran en unas sabrosas expropiaciones de tierras de secano baldías y de dudoso valor, pagadas a los terratenientes a precios más que razonables y además compensadas con obras de regadío en las propiedades de los donantes.

Agotado el capital, la prevista posterior industrialización fue dejada al albur de la iniciativa privada que, como no podía ser de otra manera, no se llevó a cabo. Los propietarios señoritos no estaban por la labor de llevar a cabo inversiones industriales, ni de ningún otro tipo. Las tierras extremeñas eran para ellos un protectorado exótico que visitaban como se va de safari o, como mucho, para ir a recoger las rentas de sus aparceros.

De cualquier modo el relativo éxito o fracaso del Plan Badajoz era irrelevante para el acontecer cotidiano de Saturno, Manolita e hijos, puesto que ni tenían donde caerse muertos ni figuraban en ninguna lista de beneficiarios del Instituto Nacional de Colonización.

Malvivían a expensas de los huevos de las gallinas; lo que apresaba el hombre, furtivo, en algunos lazos que tendía a escondidas de la propiedad; los frutos y bayas silvestres que recolectaba la mujer y la leche de las cabras.

Naturalmente Nicéforo era ignorante de tales sucedidos y los aún por suceder; por el

momento el mundo y sus vicisitudes le traían al fresco y pasaba los días entre el jergón de paja improvisado sobre una caja de naranjas de una compañía frutícola valenciana, los pechos de su madre y el revolotear de las moscas.

# 3.

Hastiado de penalidades y tras una trifulca enorme con los guardeses que lo sorprendieron colocando unos lazos en la jara, el 7 de mayo de 1954, el mismo día en que los franceses fueron derrotados en Dien-Bien-Phou[3], Saturno vendió el asno, las gallinas y las cabras, mató a *Perro* y abandonó con la familia el polvoriento páramo sin volver siquiera la mirada hacia el chamizo miserable que ardía, incendiado en un conato postrero de rebeldía, y que como todo lo que lo rodeaba era propiedad del Señorito, como del Señorito eran la alquería y los campos. Dueño de la tierra que pisaban, de los toros de la dehesa y de los olivos; y de las encinas bajo las que pastaban las piaras de cerdos de las que también era dueño; de las matas de romero y tomillo; de los animales y de las personas. Dueño de todo cuanto podía tener dueño y hasta de las cosas, como decía la madre de Nicéforo, que no deberían tener dueño, como la brisa y la lluvia que se las llevaba allá donde quiera que morara y por eso casi nunca llovía, y a ellos les dejaba el sol abrasador del pleno verano. Porque al Señorito no le gustaba el sol, que agostaría la piel blanca como la leche de sus rubísimas hijitas y por eso, solo por eso, no se lo llevaba; ni tampoco la escarcha ni los hielos de enero, que producirían sabañones en los delicadísimos piececitos de sus niñitas de azulísimos ojos azules y por eso, solo por eso, no se llevaba los fríos invernales el Señorito, cuyo nombre, no sé qué *Estuar*, sonaba a ruido extranjero, pero lo demás se lo llevaba: la caza, el aceite, el jamón, las espigas de trigo y las motas de algodón. Todo se lo llevaba a la misteriosa ciudad donde viviera, de la que decía Manolita, seguro que también es toda suya.

Sin tener claro ni siquiera el rumbo marchan en fila india, Saturno con el hatillo, las niñas Mari Paz y Angustias y, en el cuello de su madre, Nicéforo, hacia latitudes más propicias en busca de un rumor como un eco, un oí decir, un me contaron qué, en algún lugar, junto a un no sé qué llamado Cantábrico, había minas y talleres y fábricas con chimeneas que expulsaban humo negro y en donde, decía Agapito, fabricaban la hojalata de los botes de la leche condensada. Y junto a los talleres y chimeneas una tierra, también negra, que daba maíz y remolacha, y prados verdes en los que pastaban vacas lecheras, ¡imagínate, vacas lecheras! Todo eso y mucho más contaba Agapito, que había servido armas por Dios y por España en aquellas tierras, por boca de su cuñado Carmelo, el cartero rural que se ganaba la vida pedaleando sobre una vetusta bicicleta por los polvorientos caminos y veredas, de pedanía en pedanía repartiendo la escasa correspondencia que llegaba, sin duda por equivocación, hasta aquellos pagos atormentados olvidados de la mano de Dios. Hacia allá se fueron, o se dejaron ir, hacia las vacas lecheras.

Ignoraba Nicéforo los detalles del éxodo dramático emprendido por aquellos infelices. Solo muy de tarde en tarde su madre —mientras planchaba o fregaba o cosía, o lavaba en el río, con las manos enrojecidas, barcales inmensos de ropa ajena— le desvelaba algunas cosas que solo entendía a medias, confusamente. Le hablaba de fechas que guardaba en su memoria portentosa, como guardaba al céntimo las deudas con Germán —el tendero que les fiaba— y, analfabeta, llevaba con los dedos la cuenta de lo que habría de abonar cuando su marido condescendiera a entregarle la semanada.

Así oyó referir un viaje sobre una carreta tirada por acémilas; un desvencijado autobús; un apearse de un tren destartalado y tercermundista en una triste estación de una ciudad sucia y fea, un día gris de fina pero cerrada lluvia. De un deambular, medrosos, por los alrededores sin osar alejarse demasiado, conscientes de que aquella estación era el último nexo de unión que les quedaba, como un cordón umbilical, con el lugar de referencia en sus vidas. De alojamientos con derecho a cocina y de cómo, un día, en un extrarradio al suroeste de la ciudad, en un cruce de caminos, sobre un minúsculo solar propiedad de nadie ocupado por desperdicios, ratas y mosquitos, con tablas y chapas de hojalata, rogadas, robadas o compradas con sus escuetos recursos, sobre una especie de estacada para salvar la hondonada donde se detenía el agua, a modo de palafito como las cabañas lacustres africanas que descubrió después en la colección de cromos de *Maga[4]*, levantaron apresuradamente una barraca.

La repentina aparición de la reata de desgraciados por el lugar que hasta entonces era un bucólico paraje rural, es de suponer que levantara ciertas suspicacias en los vecinos de las casas de labor circundantes. A saber qué clase de maleantes serán, pensarían. El caso fue que a los dos o tres días, cuando casi terminaban Manolita y Saturno de cubrir con las ultimas

hojalatas la techumbre del improvisado refugio, presentóse una pareja de la benemérita a pedir razones y la documentación, "a ver, los papeles", a los intrusos.

Saturno, que siempre había mostrado una actitud dócil ante los uniformados —seguramente un residuo de sus años pasados en el Tercio—, mostró la documentación reclamada junto a la cartilla militar que le acreditaba como Caballero Legionario —y que, según comentaría durante años, impresionó favorablemente a los guardias— y contestó con paciencia y mesura a cuanta pregunta le formularon.

—¿De dónde vienen?

—De Extremadura.

—Aja, allá tengo yo un cuñado y una hermana.

—Por muchos años mi cabo. ¿Procede usted de allí?

—Las preguntas las hago yo.

—Usted perdone mi cabo.

—¿Ocupación?

—En lo que buenamente puedo mi cabo…

—Deje de llamarme mi cabo, yo no soy cabo suyo, ni nada.

—A sus órdenes mi c… señor.

—Y entonces… ¿Qué trabajan aquí?

—Algo con que guarecernos, señor.

—Pues aquí no se puede.

—No tenemos otro sitio a donde ir, señor, ya ve usted los niños, con algo han de resguardarse, señor.

—Bueno… No queremos líos en el vecindario, si se produce algún robo o altercado vendremos a buscarle. Y dé gracias que en atención a los críos no les echo de aquí a hostia limpia, ¿entendido?

—Sí señor guardia, descuide usted señor guardia, vaya usted con Dios señor guardia.

Cambiaron el barro y las cañas por la tabla y la lata, quién sabe si manufacturada en la fábrica de las chimeneas que cerca humeaban. Acababan de mudar de siervos de la gleba a miembros de un subproletariado industrial en ciernes.

A pesar de las reticencias iniciales los denunciantes, sus obligados vecinos, Adela y Faustino, eran gente de buen corazón y enseguida comprendieron que Manolita era una pobre mujer y le ofrecieron la ayuda que dentro de sus posibilidades podían aportar.

De aquel tiempo poco más recuerda Nicéforo: echado de vientre sobre las rodillas de su madre, sentada en una silla, que le hurga en el culo mientras él ojea un tebeo, un viejo *Pumby*[5]. No era una sensación desagradable.

Al parecer, cuando era muy pequeño padeció de una colitis muy virulenta que al punto estuvo de acabar con su vida y que le acompañó durante los oscuros días de la hégira familiar y aún bastantes meses después. De resultas de ello, cuando al fin remitió la bíblica maldición, le acuciaban periodos de estreñimiento que su madre combatía con lavativas. Su madre siempre tuvo mucha fe en las lavativas, y durante toda su vida se las aplicó a sí misma con relativa frecuencia, y en las infusiones de melisa y hierbabuena.

También sabe que sus hermanas, Mari Paz y Angustias, de las que apenas guarda memoria, no vivían en casa. Arrebatadas por el Tribunal Tutelar de Menores —un secuestro en toda regla auspiciado por las autoridades de entonces— fueron enviadas a un internado del Auxilio Social[6], en el lejano oriente de la provincia, establecido en una casona indiana antaño propiedad de un emigrante que labró su fortuna en México. Y también que cuando llovía había goteras. Y, sobre todo, recuerda la luminosa irrupción en su vida de Desi: la hija de Adela y Faustino. Era desinhibida, risueña, rubia y de ojos azules, y Nicéforo se derretía cuando en ocasiones lo tomaba en brazos y lo apretaba contra los senos, que notaba turgentes, y le prodigaba besos y mimos. Tendría 15 años, mes arriba o mes abajo, el verano de 1957 en que regresó definitivamente, tras cursar estudios en un internado de señoritas muy prestigioso de Madrid, que una tía suya de América, adinerada y solterona, sufragaba habiéndose encaprichado de la niña desde su nacimiento.

En la radio sonaba con insistencia *Ansiedad,* interpretada por Nat King Cole y, entre la melodía sensual y los arrumacos, se enamoró candorosamente de ella y pasaba más tiempo en su compañía que en su propia casa, si es que aquella chabola se podía llamar casa. Pues mientras Manolita trabajaba en hogares ajenos, los vecinos se hacían cargo de él encantados; porque Nicéforo ya había descubierto, y explotaba, que tanto Adela y Faustino, como su hija Desi, eran empedernidamente niñeros.

# 4.

En octubre de ese año 1957, el día 4, los rusos, aterrorizando al orbe, lanzaron al espacio el primer satélite artificial de la humanidad: el Spútnik; y aunque aquí no se tenía por costumbre airear demasiado los éxitos de un país como la Unión Soviética, comunista y además —o precisamente por eso— enemigo, la prensa nacional no tuvo más remedio que hacerse eco de la hazaña.

De cualquier manera la noticia debió de pasar sin pena ni gloria, pues el populacho, por las fechas, se hallaba pendiente de cosas de mucha más enjundia, como el éxito multitudinario, pequeño escándalo incluido, de la película *El Último Cuplé*[7], protagonizada por la racial Sarita Montiel, heroína ibérica del celuloide retornada de las escenas hollywoodienses para ser profetisa en su tierra. Y, más o menos, por estas mismas fechas comienza Nicéforo la asistencia a la escuela.

Su primer año lectivo lo recordaba como un periodo angustioso. Su madre le envió a la escuela que una maestra republicana, viuda —desde que en 1942 fusilaran a su marido también maestro además de anarquista— y represaliada y por ello expulsada de la carrera y de la plaza, había montado en su propia casa como único medio de ganarse el sustento. El establecimiento era ilegal pues no contaba con acreditación ni licencia de ningún tipo, pero como la escasez de plazas escolares era clamorosa las autoridades hacían la vista gorda. Y Manolita pagaba quince pesetas al mes, un gran sacrificio para quien no tenía nada, como era el caso. Por esa cantidad asistía Nicéforo a una especie de gallinero donde treinta o cuarenta niños y niñas se hacinaban en una habitación mal ventilada, donde cuando llegaba el buen tiempo se asfixiaban y en invierno las paredes y el suelo rezumaban humedad. Como había diferentes edades las enseñanzas que impartía doña Nieves habían de ser acordes a los supuestos distintos grados. Y cuando un alumno cantaba la tabla del nueve, otro al lado recitaba la lista de los reyes godos y, un poco más allá, un tercero repasaba, con sus afluentes y todo, los ríos peninsulares. El guirigay que se organizaba era inenarrable y la tarea se volvía imposible. Al verse sobrepasada la anciana, que bien se hallaba a la puerta de los setenta años y además llena de achaques, estaba siempre de mal humor. Malhumor que Nicéforo tuvo ocasión de comprobar, cuando en una ocasión determinó que era buen día para hacer novillos, con tan mala suerte que fue sorprendido, puesto que, como aún era muy tierno infante, se quedó al lado de casa, concretamente en la de los vecinos merodeando por el establo. Sorprendido por Adela lo denunció a su madre que de una oreja lo acercó hasta la peculiar academia y relató lo sucedido a doña Nieves; esta, mirando al chiquillo por encima de las gafas con una sonrisa, aunque puede que algo aviesa, solo dijo: “¡anda qué rico!” En cuanto se fue Manolita, la vieja empezó a sacudirle bofetones por un tubo, al tiempo que exclamaba: “¡conque querías joderme las quince pesetas!”. Afortunadamente no tuvo que acabar el curso. Y todo gracias a Arturito.

De cuando en cuando, para aligerarse la tarea, doña Nieves encargaba a alguna de las alumnas aventajadas ocuparse de la clase mientras ella se ponía a tejer calceta, ocupación a la que se dedicaba no más allá de diez minutos antes de quedarse dormida a pesar del infernal barullo que, con ser ya mucho en cuanto los críos veían que aquella especie de ogro se dormía, inmediatamente aumentaba exponencialmente y adquiría proporciones apocalípticas hasta que, indefectiblemente, doña Nieves se despertaba sobresaltada con un humor del diablo y echando mano de lo primero que encontraba a su alcance lo lanzaba a la cabeza de quien se terciara; unas veces era una tiza, otras un cuaderno o incluso el cepillo de borrar la pizarra. Pero en una ocasión quisieron los hados que a nada de esto tuviera acceso y, no teniendo otra cosa mejor, lanzó una de las agujas del punto, con tan buena puntería que fue a clavarse en el ojo del antedicho Arturito.

Las autoridades cerraron el garito de doña Nieves y si no acabó en la cárcel fue muy probablemente debido a su avanzada edad. De todos modos la condenaron a muerte pues al poco, tal vez por la zozobra o por encontrase sola y sin medio de vida, la anciana se murió en el más absoluto abandono.

En cuanto a Arturito, como el mismo contó a Nicéforo muchos años después cuando se encontraron en la esquina en que, tuerto, vendía el cupón de los ciegos: “no hay mal que por bien no venga, gracias a doña Nieves aquí estoy, en esta esquina soleada, con mi puesto del cupón tan ricamente”.

# 5.

Durante el periodo 1957-1960 ocupó la cartera del recién creado Ministerio de la Vivienda, José Luis Arrese y Magra. Teórico del falangismo y hombre convencido de las virtudes redentoras de su doctrina, se embarcó en la construcción de miles de viviendas baratas para acoger a las oleadas de inmigrantes que, llegados a las ciudades industriales en busca de trabajo, terminaron por convertir los extrarradios urbanos en una sucesión de poblados chabolistas que las rodeaban como un cinturón de miseria y que amenazaban con salirse de madre. A ese fin, Arrese, promulgó los llamados planes de *Urgencia Social de Madrid, Barcelona, Bilbao y Asturias.*

El ímpetu constructor del bienintencionado falangista duró hasta que en el Ministerio de Hacienda alguien se llevó las manos a la cabeza, acudió al Generalísimo y le puso negro sobre blanco los costes de los planes del ministro de la Vivienda. Cuando Franco le transmitió la queja haciéndole ver lo inviable del ingente proyecto dadas las raquíticas finanzas patrias, Arrese, hombre poco proclive a las medias tintas, presentó la dimisión.

Pero para entonces ya habían visto la luz o iniciado su construcción por los arrabales de las urbes industriales, muchos poblados obreros denominados oficialmente como *Barrios de absorción.* Construidos con los materiales más baratos al alcance, por lo general solían carecer de los servicios mínimos indispensables y muchas veces incluso de accesos adecuados, convirtiéndose de ese modo en una suerte de islas dormitorio, un microcosmos con reglas e idiosincrasia propia ajeno al resto de la ciudad. En realidad lo que se perseguía, aparte de acabar con las condiciones insanas de los poblados chabolistas, riesgo potencial de epidemias, era mantener a sus ocupantes —como emigrantes, además de pobres, siempre bajo sospecha— lo más alejados posible de las clases medias de las poblaciones afectadas. Aunque también hay que decir que gracias a esas promociones fueron muchos los españoles que supieron lo que era el agua corriente, la luz y la taza de un váter.

De este modo había comenzado a mediados de 1958, en las proximidades de donde se había establecido la familia de Nicéforo, a construirse uno de esos barrios.

Esto tuvo dos consecuencias:

Que la apacible parroquia rural dejase de ser tal para pasar a convertirse en un arrabal suburbano; y que Saturno, que hasta entonces se ganaba la vida jornaleando por los caseríos de los alrededores, se emplease como peón en las obras.

Esta recién adquirida liquidez, aunque limitada, conllevó una creciente presencia y notoriedad de Saturno en el meollo de las relaciones sociales de la ciudad, sito por aquel entonces en un suburbio de baja estofa conocido como Las Casitas; aunque según las opiniones de los más viejos del lugar esta denominación correspondería a una vergonzante corrupción del toponímico, seguramente auspiciada por las piadosas autoridades de la villa, ya que el genuino, el que la sabiduría popular había acuñado, era el de *Las Cacitas*, que no era otra cosa que el resultante de la contracción gramatical de los vocablos *casas* y *citas*, o séase casas de putas, que era el verdadero objeto social de aquellos inmuebles, tan deteriorados que tenían peor aspecto que la chabola del putero, por el que merodeaban al anochecer mujeres famélicas de rostro enjuto y mirada procaz en la que se podía leer toda la desesperación de la tierra contenida en unos ojos macilentos. Una corte de proxenetas y rufianes montaba guardia entre las sombras de portales y callejones como piojos prestos a alimentarse de la sangre de las infelices.

Con todo, mientras duraron las obras, con los excedentes de las francachelas de Saturno, lo poco que ganaba Manolita y algunos materiales descuidados en las obras aprovechando las sombras nocturnas, poco a poco se fueron sustituyendo la tablazón y las chapas de hojalata por paredes de ladrillo y una cubierta de tejas. Después, la mano verde de Manolita se ocupó de plantar y cuidar con mimo, alrededor, macizos de rosales, crisantemos y enredaderas que contribuyeron, si no a embellecer, a mitigar un tanto el aspecto desmañado de la construcción. De tal modo fue adquiriendo la chabola, aunque solo fuera un remedo, aspecto de casa. Eso vino a suponer otro ascenso más, aunque siguieran sin enterarse, en el escalafón del entramado social.

Procedentes de los núcleos chabolistas surgidos como setas, desparramados por los arrabales —y particularmente de uno al que el populacho, con todo merecimiento y muy

oportunamente, había motejado como Villamiseria—, más de doscientas familias fugitivas de la penuria rural fueron realojadas en el nuevo poblado: bloques con tres o cuatro portales, tres alturas y hasta unos jardinillos delante muy aparentes que al cabo de unos pocos meses se trasformarían en selvas feraces o en plantaciones de tomates.

Dotado, aunque prefabricada con paredes y techos de fibrocemento, de la correspondiente iglesia imprescindible para atender como era debido la salud espiritual de los futuros moradores —aunque a cambio y para compensar no había ambulatorio o dispensario alguno que atendiera las, más prosaicas, necesidades sanitarias— fue puesto bajo la advocación de una santa: Gertrudis, una monja alemana del medievo que inventó la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, de la que nunca se supo si fue elegida patrona del barrio por santa o por alemana, o a lo mejor por las dos cosas. Y con la iglesia, tal vez embalado en uno de los dos confesionarios, llegó también el inevitable cura: don Timoteo, nombre que parece ser aludía a la onomástica de un santo muy piadoso, discípulo del no menos santo Pablo.

El 18 de julio de 1961, aniversario del Alzamiento y por ello Fiesta Nacional, asistieron a la inauguración encamisadas de azul mahón, las más altas autoridades civiles —gobernador, alcalde y miembros de la Organización Nacional de Sindicatos— y religiosas —arzobispo, clérigos de toda laya, género y hábito—. Se organizó una fiesta que amenizó la orquesta municipal y celebróse misa de campaña; comulgó todo el mundo; se cantó con mucho fervor *La Salve* y otros himnos religiosos y patrióticos; se bendijeron las nuevas viviendas, se efectúo la entrega de llaves a los agraciados y concluyó todo con el *Cara al Sol* y el saludo fascista, las manos alzadas, bien altitas, que quedara patente en las instantáneas de los fotógrafos de la Prensa del Movimiento el entusiasmo de cada cual, no fueran a hacerse sospechosos de desafección y ser despojados y quedarse sin el cargo unos y la vivienda otros.

Quiso el aciago destino que ese mismo día fuese el elegido por la banda separatista ETA para hacer su presentación en sociedad con el intento, afortunadamente fallido, de descarrilamiento de un tren que iba lleno a rebosar de excombatientes franquistas de la Guerra Civil hacia San Sebastián a celebrar, precisamente, el Alzamiento. Con lo que al final de la tarde, cuando trascendió la noticia, *sotto voce*, la celebración quedó algo deslucida.

Igual que otrora sucediera con el Instituto Nacional de Colonización los padres de Nicéforo no figuraban en censo alguno ni, mucho menos, en las listas del Ministerio de la Vivienda ni en las de Sindicatos Nacionales, ni siquiera en las de la *Promotora Caritativa el Pesebre del Niño Jesús*. Así que continuaron en la chabola tan guapamente sin taza de váter, luz, ni agua corriente.

Y coincidiendo con todo esto, como las descubiertas por Las Cacitas no bastaban para atemperar sus urgencias sexuales, y puede que para celebrar tan señalada fecha, Saturno volvió a preñar a Manolita; apuntando los astros los mejores augurios para el recién engendrado, según sentenció la echadora de cartas a la que acudió la mujer por ver si el embarazo presentido era una falsa alarma o, como temía, iba la cosa en serio.

## 6.

Por la época empezaba a producirse en el caldo de cultivo de aquellos barrios de aluvión un fenómeno que al correr del tiempo habría de ser una preocupación más para las autoridades; se trataba de la aparición de los curas obreros. Estos, enfrentados a la cotidianidad miserable del día a día de las clases menesterosas y ungidos de la inviolabilidad que el régimen otorgaba a la iglesia y a sus pastores de almas —sobre todo al principio, después llevaron palos como los demás—, acabaron por convertirse en aglutinantes de movimientos obreros sin percatarse de que pasaban de cazadores de almas a ser cazados y, sin conseguir cumplir su inicial misión de evangelizar a los proletarios, acabaron proletarizándose, casándose y hasta haciéndose comunistas.

Pero no era un cura obrero el cura de Santa Gertrudis, no. Tampoco era uno de aquellos apacibles presbíteros rurales que, sobre un mulo o un borrico, transitaban por las corredorias de aldea en aldea llevando aliento y, a falta de médicos, recetando avemarías a los enfermos; con los Oleos Benditos y las Sagradas Formas encima por si la cosa iba a mayores y se hacía pertinente una extremaunción bien aplicada. Confortando unas veces a quien se le moría o se le enfermaba una bestia; especialmente si la afligida era una viuda, que nadie como ellas está tan necesitado de consuelo espiritual y sobre todo —por qué no decirlo— del otro, cosa esta que por otra parte no hacía daño a nadie. Regañando otras, sin demasiada severidad, a quienes faltaban a las obligaciones dominicales. Por lo general siendo participes de las mismas miserias, faltas y sinsabores que sus fieles. No, tampoco era eso el cura Timoteo, no.

En 1962, en abril, comienza en las cuencas mineras asturianas una huelga. La mecha —lógicamente tratándose de mineros— la prendió un picador, para más señas y contra lo que se pueda suponer no era en exceso infrecuente, falangista y excombatiente de la División Azul. Harto de unas condiciones de trabajo infames y de jornales de miseria se conoce que un día se dijo: “¿para esto me he dejado yo la piel en las heladas estepas rusas combatiendo a la hidra roja?, me parece que la dichosa *revolución pendiente*[8] si no la hago yo, no la van a hacer ni el Girón ni el Fernández Cuesta[9]”. Y junto a otros compañeros se negó a bajar a la mina. Aquello pilló por sorpresa a todo el mundo: autoridades, patrones, falangistas y hasta a los comunistas, la única oposición digna de tal nombre en el interior y que enseguida reaccionó y tomó las riendas del movimiento huelguista.

—¿Pero qué coño quieren estos? —se preguntaban los patrones y los prebostes del sindicato vertical que veían que sus promesas, primero, no servían de nada y sus amenazas, después, solo conseguían enfurecer más a los mineros.

—Dicen que mejoras en las condiciones de trabajo y aumentos salariales.

—¿Condiciones de trabajo? ¡No me jodas, si hasta tienen duchas!

—Ya, pero es que quieren agua caliente y, además, transporte hasta el lugar de trabajo.

—Pe… pero qué clase de mineros son estos que les acojona andar un par de kilómetros

—Es que muchos distan diez kilómetros, o más.

—¡No te jode! Pues aviados estamos si hay que ir a buscar a los señoritos a casa para ir al trabajo.

—¿Y lo del aumento de salario?

—Nada, nada, de lo que piden nada.

Del mismo modo se interrogaban los mandos de la Guardia Civil.

—Pero quiénes son estos que se organizan en esas comisiones de obreros de las que nadie sabe nada ¿Y quién coño los dirige, la Internacional Comunista?

—No los dirige nadie, mi teniente, se reúnen para acordar sus reivindicaciones y después se disuelven. Yo es que creo que no tienen jefe.

—¿Que no tienen jefe? ¡No me jodas Matías, cómo no van a tener jefe! Esto es que estamos de vuelta a la anarquía. Todo el mundo ha de tener un jefe, hasta los piojosos rojos esos.

—Mi teniente, es que uno de ellos es falangista… o era, porque después de esto vaya usted a saber.

—¿Falangista? ¡Imposible, será un oportunista!

—Me temo que no, mi teniente.

—¡Teme, teme…! ¿Por qué teme?

—Es que además fue divisionario, mi teniente.

—¡Diviquéee…! ¿Y qué coño es eso, Matías?

—Que combatió en el frente ruso, mi teniente.

—¡Ah, ya lo decía yo!, tenía que ser un bolchevique, ¿cómo es que se nos ha infiltrado?, ese tiene que ser el jefe, que lo detengan y lo fusilen inmediatamente.

—Es queee…mi teniente, es que no es bolchevique, luchó con los nuestros, o con los de Hitler… mire, no sé bien, el caso es que combatió en la División Azul a la órdenes del General Muñoz Grandes y hasta le concedieron la Cruz de Hierro, aunque esto último es un rumor sin confirmar.

—¡Alabado sea el Santísimo! Yo es que no entiendo nada Matías. Me voy a la cama que me duele muchísimo la cabeza… y no estoy para nadie.

Naturalmente aquello trajo consigo una oleada de represión con detenciones y apaleamientos de mineros y, en muchos casos, de sus mujeres, vejadas con prácticas tales como darles a beber aceite de ricino o raparles el pelo.

El torpe proceder de las autoridades no hizo más que enervar los ánimos de los huelguistas. Ya se puede imaginar el enrarecido ambiente y crispación que se adueñó de las zonas afectadas. De modo que a las pocas semanas lo que empezó como una protesta circunscrita a un pozo, el Nicolasa, acabaría por extenderse a las demás cuencas mineras y al resto de España.

Cuando pese a la opacidad informativa la noticia trascendió, creyéndose ante una reedición de la revolución de 1934, las medrosas clases acomodadas y las autoridades se llevaron, las primeras, las manos a la cabeza y, las segundas, a la pistola. Y para tratar de apagar el incendio, Franco puso al Ministro Secretario General del Movimiento, José Solís Ruiz, a negociar con los huelguistas —quienes le hicieron esperar más de una hora antes de reunirse con él— y por si acaso declaró de paso, a partir del día 4 de mayo, el Estado de Excepción en las provincias de Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa. *"Para atajar una maniobra auspiciada por el enemigo exterior"*, publicaron los periódicos según la terminología al uso de la época. Cosa por demás extraña, pues los centinelas apostados en los puestos de fronteras de todo el reino no alertaron, que se sepa, de movimiento ni amenaza alguna de tropa extranjera.

Circunstancia esta que a Desi, para la que nada de aquello era causa de preocupación, se la traía bastante al pairo pues, como luego se verá, estaba llamada a más altos y nobles desempeños.

En realidad bautizada como Desideria, nombre nada sugerente pero al que su espíritu soñador, y las clases de francés tomadas en el internado, transformó por arte de birlibirloque en el mucho más evocador y de reminiscencias parisinas, Desirée. Y así se lo hizo poner en letras de neón en el local que aprovechando la repentina explosión demográfica de aquel andurrial y de nuevo con la financiación de la tía rica de América, abrió a no muchos pasos de la iglesia en el novísimo barrio. Lo que debería haber sido en semejante lugar algo así como: *Peluquería Desideria* inopinadamente resultó un rutilante: *Desirée Coiffure*.

Pronto tan novedosa atracción se convirtió en un punto de encuentro en el que recalaron las jovencitas, casaderas en ciernes, recién llegadas desde los más remotos lugares de la geografía patria. Allí, Desi, en adelante Desirée, entre página y página de las revistas *Vogue* o *Elle* —que se hacía traer hasta tan improbable lugar desde vaya usted a saber dónde— se aplicó a la ingente y heroica tarea de sacar del atraso, modernizar y poner al día de las últimas novedades parisinas a las recién llegadas. Y de la misma manera que entraban con los tradicionales moños o las castizas trenzas y salían con el último grito de corte de pelo a lo *garçon* o elaborados *despeinados*, a medida que abundaban en las visitas las muchachas adquirían nuevas y extravagantes ideas que hacían presagiar un futuro nada halagüeño al buen y tradicional discurrir del orden establecido. De tal modo que al poco tiempo las faldas comenzaron a recortarse, y hasta muchas de ellas en el colmo del dislate y en un acto desafiante, poco probable de no mediar aquella descarada, salían a la calle luciendo su palmito, ¡válgame Dios!, enfundadas en pantalones; cosa que si en las grandes ciudades empezaba a ser más o menos normal, desde luego no lo era en Santa Gertrudis.

Además, la vida ausente de prejuicios y de las limitaciones propias de las mujeres de por allí era algo consustancial al carácter rabiosamente libre y sin complejos de Desirée. Y como es natural ello llamaba clamorosamente la atención entre la cortedad intelectual y el ambiente mezquino de un arrabal de ciudad provinciana, donde el párroco contaba cada domingo las ausencias de cualquier feligrés. En una España, vigente aún el concilio de Trento, con los sacerdotes dando la misa de espaldas a la feligresía y en latín —y el oficio religioso era una suerte de sortilegio, comprensible solo para los muy iniciados y que a veces ni siquiera el propio cura entendía—, donde muchas mujeres evitaban comulgar durante el periodo

menstrual por considerarse impuras y toda la que se pretendiera decente acudía a la iglesia con mantilla y ocupaba un lugar, aparte de los hombres, junto a los niños, ni se le ocurría salir a la calle sin que la falda le cubriese no menos de un palmo por debajo de las rodillas. Tan opresivo control social, y ginecológico, daba lugar a descabelladas situaciones, y solían ser frecuentes entre las matronas cotilleos tales como:

—Pues Felicitas, la de Ramón, ha de estar en cinta porque yo le conté, con hoy, nueve domingos seguidos de comunión.

U otros:

—Puri, cómo es que no comulgaste hoy.

De manera que para eludir tan férreo marcaje se elaboraban pintorescas y complicadas estrategias, y así era frecuente que la interpelada respondiera:

—¡Ay qué tonta soy! Es que esta mañana se me paró el reloj y pensando que era más temprano, desayuné y, claro, cuando me di cuenta se me echó encima la hora de misa, y como no se puede comulgar hasta hora y media después de haber comido algo…

—¿Sólido o liquido? —replicaba la otra sabihonda.

—Mujer… no sé… chocolate con torrijas.

—Sólido, pues de hora y media nada, guapa, por lo corto tres horas, si no caes en sacrilegio.

Así que nada tenía de particular que don Timoteo en sus homilías lanzase venablos del infierno contra “la conducta licenciosa de cierta señorita”, así, con retintín, que además de no asistir a misa porque no le daba la gana, era culpable de inculcar en las cabezas de las doncellas de la comunidad “costumbres bárbaras e impúdicas, importadas de la depravada Francia, origen casi siempre de todos los males que episódicamente, y desde el asalto a la Bastilla, vienen a corromper los modos y las conciencias del noble pueblo español”.

Además corrían, por los mentideros de las comadres, rumores escandalosos sobre la falta de recato de la aludida y se hacían cruces mientras contaban haber visto cómo, la descarada, se subía en coches con hombres desconocidos, “ajena al comedido comportamiento de las mujeres decentes, porque algunas —sentenciaba entonces el cura— se ponen al margen de la ley de Dios”.

Y como la conducta desenfadada de Desirée era *vox populi*, todo el mundo entendió quién era la descarriada.

Claro que aquello no fue nada comparado con el basilisco que montó el cura cuando tiempo después, en un lugar donde no había más automóvil que el de Leopoldo el taxista, la niña apareció conduciendo su propio coche: un Renault Dauphine, azul cielo, precioso. No era que la peluquería, en aquel barrio y en aquel tiempo, alcanzara para tal dispendio —pues un automóvil así no era cualquier fruslería—, era que la tía de América otra vez se desvivía por su protegida.

Pero entre tanto, coincidiendo más o menos con los disturbios huelguistas y la apertura de la peluquería, el embarazo de Manolita llegó a su término y parió a Florián; una criatura desgraciada que nació con graves malformaciones, quizás porque los astros y sus conjunciones demostraron no tener ni puta idea o porque tuvo algo que ver una infección venérea, mal curada, que arrastraba la madre producto de las incursiones de su marido por los desasosegados territorios de *Las Cacitas*.

Falleció la criaturita porque lo que tenía de más en una mano: seis dedos, le faltaba en otra parte del cuerpo; solo tenía un riñón y, este, tan enfermo que apenas sobrevivió veintisiete meses. Lo enterró Manolita en una caja de zapatos, tan poco medrado estaba, porque no tenía *seguro de muertos* ni dinero para comprarle un ataúd decente, en un rincón del Camposanto merced a los buenos oficios de don Alejandro, de quien se hablará más adelante, bajo la protección de un ciprés porque, entre otras desgracias, el niño había salido albino, “y le conviene la sombra”, dijo su madre.

El tiempo pasaba y Desirée continuaba, aunque sometida a la estrecha vigilancia de don Timoteo, su cruzada modernizadora y esnob. Tal fue así que un día, con el pretexto de que su tía de América residía justamente en Albuquerque[10], Nuevo México, donde desempeñaba un cargo de alta funcionaria en la municipalidad, le anunció a Nicéforo que a partir de aquel momento, como él era natural también de un Alburquerque, aunque fuera el de Badajoz, dejaba de llamarse así, ni siquiera Nice como le decía su madre, pues los tiempos que se avecinaban, maravillosos y prometedores requerían un nombre de ecos anglosajones, mucho más acorde con la trepidante modernidad que se les echaba encima. Y le *bautizó* Nick y él se mostró encantado.

# 7.

Las tribulaciones del clérigo tornaron a su fin una noche lluviosa, el 22 de noviembre de 1963, mientras el *Diario Hablado de Radio Nacional de España*[11] se hacía eco de las primeras noticias acerca del asesinato del presidente norteamericano John F. Kennedy.

Hubo de ser escoltado por la guardia civil, para protegerle de las iras del vecindario, tras descubrirse que el desgraciado había dejado en cinta, como se decía en el pacato lenguaje de entonces, a la Encarnita, una infeliz retrasada mental de quince años, a la que el libidinoso mosén había bendecido con su protección al poco de sentar sus reales en Santa Gertrudis.

La pobre desgraciada era hija de Soledad, una viuda, o eso se decía porque pocos guardaban memoria de su marido y por eso algunos sugerían que era madre soltera: “pues yo nunca en la vida le conocí esposo”, argumentaba muy seria Puri, arribada a Santa Gertrudis hacía escasamente año y medio procedente de un pueblo de la provincia de Guadalajara.

Vivía la viuda o soltera, lo mismo daba, en las inmediaciones del poblado en una casa solitaria que amenazaba ruina y era la que se encargaba de atender las labores domésticas del cura, ocupación por la que recibía un escuálido jornal. También, decían las malas lenguas, se dedicaba a la práctica de abortos clandestinos y merced a sus prácticas, ejercidas sin ninguna garantía higiénica en aquel cuchitril miserable, ya se había llevado por delante la vida de alguna mujer casada, que —siempre según las mismas malas lenguas— debían de ser las clientas, si acaso las tenía, mayoritarias de su ciencia, angustiadas por las recuas de hijos que el buen Dios, y sus maridos, tenían a bien cargar sobre sus espaldas o, más propiamente dicho, sobre sus barrigas; ya que las solteras, en aquellos tiempos, solían guardarse muy mucho de las posibles inconveniencias, y la poca satisfacción, que acarreaba el ejercicio del solaz carnal ilícito con varón. Y añadían que su dedicación al funesto don Timoteo iba un paso más allá de los quehaceres hogareños y que, con el tiempo, cansado de la madre el cura debió de caer en la cuenta de que *La Tontita* —pues así era también conocida en el barrio— había adquirido ya los atributos propios de una mujer hecha y derecha, y entonces “cambió el pijo de parroquia”, según apuntaban sin sombra de empacho los más rijosos. Y que la mujer, enfrentada al embarazo de Encarnita y sabedora de las consecuencias indeseadas de sus usos abominables, antes que poner en riesgo a su propia hija decidió denunciar ante el pueblo al cura sinvergüenza.

Nadie supo más de aquel indeseable, ni a qué lugar habría sido enviado por la jefatura eclesiástica a derramar bendiciones sobre alguna otra infanta, o infante.

La verdad es que al único que apenó un poco su defenestración fue a Nick, pues nunca olvidó que gracias a sus requiebros y esquivos circunloquios —y además durante una de sus clases— fue iniciado en el prodigioso mundo de los arcanos sexuales.

Ocurrió cuando contaba once años durante las estimulantes clases de religión que el dilecto cura impartía en la escuela, al fin abierta, de Santa Gertrudis.

En las charletas con que los aleccionaba no paraba de aludir a no sé qué actos impuros y al sexto mandamiento. Nick no entendía nada; para él, actos impuros eran la fea costumbre de comerse los mocos o tal vez si acaso, aunque abrigaba ciertas dudas, las competiciones de a ver quién aventaba más lejos la meada, pero en vistas de cómo se ponía don Timoteo ante la posible transgresión del tan cacareado mandamiento, nunca se atrevió a confesárselo. Ni tampoco acertaba a entender su particular curiosidad acerca de si se tocaba, y cuando inquiría en dónde, extrañado respondía que en los pies sin tener muy claro si la manía de hurgarse entre los dedos en busca de pelotillas era pecado capital, y entonces don Timoteo, malhumorado, lo despachaba con cuatro Avemarías. Ignoraba Nick por qué a algunos de sus compañeros, ante las alusiones del procaz cura, se les escapaban risitas de conejo y cuchicheaban entre ellos.

Resultó que, de tantas y tan reiteradas e insinuadas referencias a las funestas consecuencias del gozo ilícito, un día su compañero de pupitre debió de ponerse cachondo y tras magrearse un rato los propios genitales por encima del pantalón, según veía Nick que pensaba que le picaba algo, pasó a magrear los de este. Y tras un rato, que le resultó perturbador pero sumamente placentero, el otro le echó mano a la bragueta, le extrajo el miembro, que entonces ya estaba como el cristal de duro, y le regaló una maravillosa masturbación —algo inédito en su vida, que le produjo el placer más grande de cuantos recordaba—, hasta que en medio de las admoniciones de don Timoteo, que en ese momento clamaba: “¡sabed hijos míos

que vuestro cuerpo es el Templo del Alma, y el Niño Jesús se entristece cada vez que lo mancilláis con actos impuros!", se corrió, en seco, pues tras acabar, Enrique, que así se llamaba su benefactor, concluyó: "todavía no tienes leche."

Aquel malentendido lácteo supuso para sus cortas entendederas un motivo más de confusión, y cuando acudía a casa de los padres de Desirée, permanecía bien atento a si Faustino se limitaba únicamente a ordeñar a las vacas o procedía también a lo propio con el toro. Y cuando alguna vez le preguntaba si no lo ordeñaba, el buen hombre por toda contestación se limitaba a sonreírse.

Anduvo un tiempo durante los horarios de recreo y al entrar y salir de clase, merodeando a Enrique por si tenía a bien obsequiarle con otra de aquellas estupendas *pajas*, como aquel las llamaba. Lo obtuvo un par de veces más, pero luego el inveterado pajillero dejó de interesarse por él. Así que en lo sucesivo aprendió a hacerse las pajas solito, y aprendió bien pues llegó a pajearse al buen ritmo de dos o tres diarias; todo ello a pesar de los problemas de conciencia que le acarreaba, pues de todos era sabido que tal práctica onanista, según aseveraba don Timoteo, podía ser causa de ceguera, amén de los fuegos infernales que aguardaban a quienes persistían en ella; cosa esta última que a decir verdad, al ser fiada a un futuro que se le antojaba lejano, a Nick le preocupaba bastante menos que el verse abocado a la invidencia irremediable. Y cuando se cruzaba por la calle con Eulogio, el ciego de los cupones, le preguntaba cuántas pajas se había hecho, a lo que el citado respondía siempre de la misma manera: enarbolando el blanco bastón a modo de molinete, sacudiendo palos, naturalmente de ciego, a diestro y siniestro al tiempo que echaba por la boca, además de espumarajos, maldiciones, insultos y tacos sin cuento.

El despertar de la pulsión hormonal vino a suponer que su atención hacia Desirée sufriera algunos cambios. Cuando en verano ayudaban a sus padres a recoger el heno, la acechaba furtivamente si se agachaba, oteando sus nalgas prietas que se marcaban bajo los pantalones. En una ocasión lo sorprendió infraganti avizorando, los ojos bizcos, su trasero despampanante; pero lejos de regañarle se rio y lo llamó tonto, tras lo cual él huyó avergonzado.

Quien sí se alegró de la marcha del cura fue su madre, Manolita, que, aunque por motivos distintos a los de Desirée, tampoco asistía a misa. De sobra tenía con el trabajo en hogares ajenos y el día de fiesta lo dedicaba a ponerse al corriente de los atrasados quehaceres del suyo. Y por eso cuando en cierta ocasión acudió con Florián en brazos, que ni siquiera estaba bautizado, a pedir una lata de leche en polvo de las que la parroquia repartía, Timoteo respondió que no la conocía de frecuentar la iglesia y la leche en polvo de la ayuda americana, y que a la iglesia no le costaba un céntimo, no se movió del estante.

Cabe la posibilidad de que en la capital de la diócesis nadie se diera por enterado de que la iglesia parroquial de Santa Gertrudis había sido descabezada, pues hasta bien iniciada la primavera de 1964 no tomó posesión de la iglesia un nuevo pastor que se hacía llamar Alejandro, este sí, obrero y joven que conducía una furgoneta de una reputada firma de electrodomésticos. El curita era buen mozo, agraciado y de trato sencillo y se dirigía a sus acólitos como a iguales, y por eso la asistencia a los oficios religiosos aumentó de un modo apreciable; sobre todo entre las jovencitas, que acudían el sábado a la peluquería de Desirée a arreglarse para la misa del día siguiente. Sin embargo, a pesar de la buena acogida del joven sacerdote entre la feligresía femenina, al menos que se supiese, no sucedió *affaire* alguno entre las unas y el otro.

También se dejó ver a partir de entonces, de vez en vez, por la iglesia Manolita, que incluso llevó a bautizar al niño deforme; a tiempo porque enseguida murió el pobrecito. No era que recuperara repentinamente la fe que nunca nadie supo si tuvo; lo que buscaba, recalcitrante, era la leche en polvo. La obtuvo del curita joven, y no solo eso, también los primeros pantalones largos que gastó Nick salieron de la parroquia.

# 8.

Fue aquel un año preñado de sucesos, pues, aparte de la muerte de Florián, volvió a reunirse la familia de Nick casi al completo ya que retornó del correccional del indiano mexicano su hermana mayor, Mari Paz. El *casi* era debido a que su otra hermana, Angustias, que en absoluto hacía honor a su nombre, no volvió porque con catorce años salió del internado directamente hacia una casa de mucho postín, que le habían buscado las Damas de la Sección Femenina, de un cacique comarcal del régimen, como chica de servicio, y se llevó primero al huerto y después al altar, contra todo pronóstico y la oposición del patriarca, al señorito Alfonso.

Para romper la resistencia de su futuro suegro, Angustias no halló mejor procedimiento que meterse en la cama también con él. Naturalmente una vez satisfechos sus bajos instintos el señor pensó en expulsarla a cajas destempladas de la casa; pero no supo medir la osadía de su futura nuera y cuando procedió a notificarle que estaba despedida, esta no solo lo desafió negándose a marchar sino que montó un escándalo y amenazó con contárselo a todo el mundo: a su hijo que bebía los vientos por ella; a su esposa que yacía impedida en cama desde hacía años, víctima de unas fiebres reumáticas muy severas, y, por supuesto, a las Damas; al cura; al médico; al farmacéutico y hasta al gobernador civil si se terciaba; y todo esto a voz en grito y sosteniendo en la mano el pistolón del falangista, que este guardaba bajo el colchón desde los tiempos en que se dedicaba a *pasear* rojos, del que se había apropiado la muchacha, apuntando ora a su propia cabeza ora a la del carcamal; y a continuación, para ablandar voluntades y vencer intransigencias, le hizo ver lo ventajoso del trato que proponía: por el mismo coste tendría su hijo esposa y él manceba con que resarcirse de las penurias sexuales a que se veía sometido dada la situación de su cónyuge y la escasez de putas en aquel villorrio de tan poco fuste.

Naturalmente que si esto hubiese acontecido diez años antes, tranquilamente el preboste le habría pegado un par de tiros a Angustias y después acusado de robo o de hacerle vudú al retrato del Caudillo; pero ahora, que ya estaba algo mayor, desde la entrada del Opus Dei en el gobierno y los tratos con los americanos y con Europa, la Falange ya no era lo que había sido, las ejecuciones sumarísimas comenzaban a ser un asunto de mal gusto y no era plan ir dejando muertos, y mucho menos muertas, en las cunetas. Así que ante tan juicioso razonamiento, la lozanía de la muchacha, las diabluras de que era capaz en la cama y lo bien que atinaba a cocinar el arroz con leche, no pudo por menos que dar su bendición el padre del señorito y acceder a la boda.

Entonces Angustias escribió una carta a Santa Gertrudis:

*Madre, espero que al recibo de esta todos se encuentren bien, yo muy bien. Le escribo estas cuatro líneas para decirle que me caso con un muchacho de muy buena familia. No hace falta que vengan a la boda porque aquí todos creen que soy huérfana.*

*Que Dios les guarde muchos años.*

*La Angustias.*

Cinco meses llevaba cumpliendo con la patria en tierras de Melilla el señorito Alfonso, como correspondía al hijo de un aguerrido Jefe de Centuria, cuando Angustias comunicó a su suegro su primera falta. Hubo de mover todas sus influencias el *camisa vieja*[12] y obtener un permiso para su delfín a fin de enmascarar, mal que bien, las fechas.

Cuando se presentó en casa, su padre lo encerró en un cuarto con Angustias, "cumple como un hombre". Después, tras el feliz alumbramiento, todo el mundo decía: hay que ver cómo se parece el pequeño Alfonsito a su abuelo; todos menos doña Elvira, que desde su cama murmuraba: "sí, abuelo, ya, ya"; porque, aunque impedida, la señora no era necia ni sorda y de sobra estaba al corriente de cuanto pasaba, pero en razón de su estado de invalidez desde el principio decidió transigir y hacerse la tonta. Para entonces Angustias tenía dieciséis años.

Entretanto, Paz, que tampoco hacía gala al nombre, se empleó enseguida como camarera en una fonda del centro de la ciudad —cuyos emolumentos sirvieron de alivio a la familia porque, si no otra cosa, Paz era solidaria con las obligaciones parentales— y acabaría por conocer y entablar amistad con Desireé, que la peinaba unas veces cobrándole y otras sin cobrar y que intentó por todos los medios remozar y poner al día hasta que terminó renunciando por imposible. Sin ser fea ni mal hecha era una chica anodina; esto es que no

sacaba partido de sus encantos: vestía rancio como una monja, de gris o marrón, aunque a veces se ponía en el pelo una cinta morada, sin atender a la moda ni atisbo de estilo alguno; no se pintaba casi nunca, y cuando sí, lo hacía siguiendo unos cánones, probablemente adquiridos de las cacatúas de la Sección Femenina, según los cuales se pintarrajeaba unos morritos en forma de corazón, al estilo de los años treinta, con estridentes rojos que no pegaban ni con cola con su cabello castaño claro, lacio y sin gracia, y sus ojos grises; y si lo que pretendía era sombrearse los ojos, lo que conseguía era ponerse unas ojeras más apropiadas de un muerto que de una muchacha en edad de merecer. El caso es que ella y Desirée salieron juntas en varias ocasiones, o coincidieron, más de un domingo por la tarde noche en alguna de las salas de fiestas, u otros lugares de esparcimiento, a que acudían los jóvenes de entonces a departir, en busca de asueto o de ligue. Correrías de las que daba cumplida cuenta a su madre en cuanto llegaba a casa y a las que Nick prestaba atención desde la cama.

—Hoy enganché, mamá, en el *Park Balinés* (local de moda) —contaba muy ufana, refiriéndose, según entendía Nick, a que había pillado novio.

—Es un chico muy salado, se llama Graciano, aunque tiene las orejas algo grandes y cojea un poco.

Y a la semana siguiente, muy disgustada:

—Hoy rompí con el jodido cojo, porque quiso meterme mano. En cambio la Desi se estaba pegando un filete con uno…si es que es una descocada. ¡Ay, mamá si yo contara! Claro, no me extraña que los hombres se le apeguen como sanguijuelas, va siempre con esas faldas tan cortas, marcándolo todo, como diciendo: “méteme mano”. Y qué crees qué hace luego, después de magrearse con ellos, ¿que se ennovia como una mujer decente? ¡Ja! Les manda a paseo… ¡Si hasta se paga sus consumiciones! No sé cuántos le he conocido. Y resulta que una que es muy decente…

En puridad lo que le pasaba a Paz era algo relativamente corriente entre las ex *alumnas* de determinadas instituciones. Le gustaban los hombres tanto como a Desirée o como a cualquier otra chica de su edad —que le gustaran los hombres, naturalmente— o más. Pero el acendrado sentimiento de culpa anticipada ante la proximidad de la pecaminosa carne; la repugnancia al contacto con la piel del otro por la falsa certidumbre de que todo lo relacionado con el sexo forzosamente habría de ser sucio; el miedo al placer y la creencia descabellada de que venimos a este mundo a penitenciar, inculcados por las arpías del Auxilio Social, la sumían en un tira y afloja atormentador entre el deseo natural y las enseñanzas castrantes impresas a hierro y fuego en lo más íntimo de su conciencia. De resultas de estas pasiones contradictorias vivía en un sin vivir que la convertía en un ser amargado lleno de complejos, inseguridades e imaginadas faltas, al que molestaba la simple y llana despreocupación o regocijo de los demás ante esos asuntos. Nick apenas se acordaba de haberla visto reír.

Por eso era lógico que pocos chicos, o incluso amigas, la soportaran no más que un corto periodo de tiempo. En realidad Desirée se comportaba con ella como más que una buena amiga pues todavía la acercaba cada vez que coincidían, a pesar de los morros que gastaba, en el coche hasta casa.

Llegó un día, entre lloros, diciendo que estaba embarazada, alegando y jurando que jamás había mantenido relación con hombre alguno; “a ver si voy a estar preñada porque un día que estaba muy cansada, haciendo la habitación de un cliente de la fonda, me tendí un momento en la cama y como los hombres son unos guarros que a saber qué cosas hacen por la noche en el lecho…” Al final admitió que se la habían metido, “aunque solo una vez y muy poquito”, aseveró.

Manolita la acompañó a casa de Soledad, la madre de La Tontita, que ante la ausencia de los emolumentos que percibiera del expulsado Timoteo, decidida a dar un empujón a su industria se puso al día de los rudimentos sanitarios y otros modernos procedimientos, tras lo cual ya casi nadie se le moría.

# 9.

A medida que Nick iba creciendo, ganaba independencia y hacía amigos nuevos en la escuela las visitas a la casa de Adela y Faustino se hacían más esporádicas y con ello la relación con Desirée se fue tornando menos frecuente, y menos aún cuando ella se trasladó a una nueva ubicación en el centro de la ciudad.

En un primer piso de una céntrica calle instaló su cartel luminoso, más grande si cabe que el anterior, y, junto con la peluquería además instaló su casa. Se había mudado a vivir sola; nada más y nada menos en 1964. Y aunque seguía visitando casi a diario a sus padres, la cosa era que ella y el rapazuelo coincidían menos, aunque cada vez que le veía no dejaba de encomendar la visitara; “te cortaré el pelo gratis y merendarás chocolate y pastas, no dejes de ir.” Pero, por unas causas o por otras, la siempre pendiente visita no llegaba a concretarse.

Tal vez para las generaciones de jóvenes actuales la emancipación de una muchacha como Desirée, no tenga nada de extraordinario porque no son capaces de entender, ni nadie se lo ha explicado, que hasta hace pocas décadas las mujeres eran ciudadanos de tercera, y se dice tercera porque los demás lo eran de segunda. La primera categoría la disfrutaban muy pocos; solo los propietarios de la enorme finca España: los Franco, su círculo más próximo y la cohorte de falangistas, espadones, obispos y aristocracia paniaguada que hacían de su capa un sayo y campaban a sus anchas por la geografía patria, haciendo y deshaciendo realmente lo que les salía de los cojones.

Desirée, y cualquier mujer, no adquiriría la mayoría de edad formal hasta dos años más tarde que los varones, o sea, a los veintitrés. Sin embargo no sería libre de abandonar el domicilio paterno hasta los veinticinco, salvo para casarse o ingresar en un convento; de lo contrario continuaría supeditada al Cabeza de Familia, o sea, su padre o, en su defecto, su hermano varón de mayor edad si lo hubiera, no importaba que fuera menor que ella siempre que tuviera dieciséis años cumplidos. Si se casaba pasaría a ser propiedad del marido, y si tenía hijos estos serían de él no de ella. Y del padre, hermano o marido, lo que correspondiera, debía solicitar autorización para obtener el carnet de conducir; el pasaporte; comprar un coche o cualquier otro bien de elevado importe; tener una cuenta corriente; disponer de su herencia; montar un negocio o trabajar por cuenta ajena; viajar por el propio territorio nacional… en la práctica solo una viuda que no tuviera hijos varones podía alcanzar el rango de Cabeza de Familia.

Todo eso obtuvo Desirée de sus padres que no eran capaces de negarle nada a la niña de sus ojos y, además, habían descubierto que era bastante inútil oponerse a sus deseos y a los de la tía, máxime teniendo en cuenta que no convenía desairar a esta última, pues merced a sus remesas monetarias llevaban una vida medio desahogada.

Menos mal que ya no andaba cerca don Timoteo, de lo contrario bien podría haberle dado cualquier sincope.

Eso sucedió a finales de agosto, más o menos por las mismas fechas en que se anunciaba a bombo y platillo que el país pronto ingresaría en el exclusivo club de las naciones productoras de petróleo, por lo que a partir de entonces no solo tendría al resto de las naciones industrializadas de Europa, y aun del mundo, comiendo en su mano, sino que además todos nadarían en la abundancia. Y cuando Nick asistía a la buena nueva en el Noticiario Cinematográfico Español, *NO-DO*, en el cine parroquial antes del enésimo pase de *Raza*[13] —cinta a la que el operador de la cabina de proyección recurría cada vez que se le quemaba la película del programa, sin que, ¡oh, fatalidad!, sospechosamente la jodida sustituta sufriera nunca el menor percance— se preguntaba si a partir de entonces tendría que vestir como los beduinos que aparecían en las imágenes de archivo que el noticiario pasaba para ilustrar la explotación de unos campos petrolíferos en la lejana y enigmática Arabia.

Después se supo, aunque ya ningún medio se hizo eco, que el cacareado pozo petrolífero Ayoluengo n°1, en Sargentes de La Lora (Burgos), daba para poco más que un par de mecheros como con el que Faustino encendía sus cigarrillos Celtas. Pero hasta entonces todos fueron muy felices anticipando los futuros bienestares.

# 10.

Según se salía de la casa de Nick, si se tiraba por la derecha en dirección a la carretera general, estaba la casa de Adela y Faustino, los padres de Desirée, si en cambio se tiraba a la izquierda por el camino rodeado de prados, se llegaba a Santa Gertrudis; en ese trayecto, a un poco menos de doscientos metros, se alzaba en una finca bastante extensa otra casa, de dos plantas, grande, de buen fuste y que no encajaba con las casas de labor del resto del vecindario, a la que había conocido siempre cerrada, con las persianas a listas verdes y blancas perennemente bajadas, y en letras de forja, en un pilar de los que sostenían el portón, un letrero que rezaba: *Villa Clotilde*; que según se decía pertenecía a un misterioso propietario al que todos se referían como *El Argentino,* pero al que pocos habían visto o sabían de su paradero más allá de lo que parecía indiciar su apodo. El caso es que la casa se conservaba bien y por lo que se veía a través de los portones de hierro la finca no ofrecía un aspecto abandonado.

Como quiera que fuese, una mañana del mes de julio a finales del curso, en 1965, de camino a la escuela se encontró Nick, como novedad, con los portones abiertos y varios vehículos, furgones y camionetas, dentro, y pudo ver cómo albañiles y pintores se afanaban en arreglar desperfectos y repintar fachadas. En días sucesivos instalaron sobre el tejado una antena para la televisión y de los aleros colgaron faroles. En el jardín delantero, delimitado por cuatro palmeras se hallaba un estanque de aguas limosas que los obreros, tras vaciar, limpiaron, le añadieron una islita central sobre la que colocaron una fuente con la figura de un Manneken Pis, lo rellenaron de agua limpia y lo habitaron con peces de colores.

Una tarde de finales de ese verano un coche enorme como nunca se había visto por aquellos parajes, de una marca desconocida e impronunciable —que al poco fue identificado por los vecinos entendidos en automoción como un *Haiga*[14]— bajó por el camino proveniente de la cercana carretera general, pasó primero por delante de la casa de los padres de Desirée, después por delante de la de Nick, meciéndose muellemente al paso por los baches del maltratado firme, ronroneando el motor casi imperceptible y se detuvo ante la entrada de la casa recientemente remozada; hizo sonar el claxon, un sonido grave, atrompetado y poderoso, y durante el breve tiempo que tardó en aparecer una mujer con cofia que franqueó desde adentro la entrada, una niña algo mayor que Nick le observaba curiosa desde el asiento del copiloto, cómo, alelado, a menos de un par de metros miraba, mientras se comía una rebanada de pan con margarina y azúcar, a los ocupantes de la reluciente máquina.

El misterioso propietario había aparecido y pese al sobrenombre no provenía de la Argentina, sino del Uruguay. La muchachita era lo que se podría decir una niña pija y había nacido en Montevideo, donde su padre, un emigrante con fortuna, era propietario de una cadena de ferreterías que, tras morir Clotilde, su mujer y madre de la chiquilla, decidió regresar a la patria y tomar posesión de la propiedad, desde hacía años adquirida pero inhabitada.

Durante las vacaciones de verano, Nick acostumbraba a juntarse con los demás golfillos del poblado cercano y para matar el tiempo solían, además de constituirse en horda gamberra que asolaba las macetas pobladas de geranios de las viviendas de las plantas bajas, dedicarse a asaltar los frutales y las huertas de las cercanas casas de labor por el simple placer de destrozar, o a otras tareas tan edificantes como no dejar sana, a golpe de tiragomas, ninguna de las bombillas del escaso alumbrado público de las calles de la barriada, o apedrear a cuanto perro, pájaro, o cualquier otro semoviente, se les ponía a tiro; o se acercaban a la charca que se había formado en la abandonada cantera cercana a buscar salamandras, ranas, o cualquier infeliz batracio, a quien torturaban frívolamente con la excusa de estudiar sus entrañas mientras los animalitos se retorcían en los estertores de la muerte. Y hasta en una ocasión, por comprobar si era cierto que tenía siete vidas, arrojaron un gato desde lo alto del campanario de la nueva iglesia en construcción —porque la prefabricada ya se estaba cayendo —. Al parecer el animalito debía de haber malgastado con anterioridad en a saber qué lances las otras seis, pues quedó espachurrado. En los anales de Santa Gertrudis, a día de hoy, no se guarda constancia de si entre aquella piara de briboncillos habría algún oriundo de Manganeses de la Polvorosa.

Todo esto cambió con la sorpresiva aparición de la nueva vecinita. Se pasaba las horas agarrado a los barrotes del portón de la finca, alzándose sobre la punta de los pies para superar la parte ciega y alcanzar a espiarla por entre las rejas.

Sentada de medio lado sobre el borde del estanque bajo la sombra de una palmera, la cabeza inclinada hacia la superficie del agua que manotea desganadamente, propone un cierto ensimismamiento; la media melena suelta, cayendo sobre la cara se la oculta parcialmente y delimita el perfil de la nariz ligeramente respingona; los vértices del arco de cupido apuntados levemente hacia arriba, componiendo un mohín que sugiere una expresión de confortable aburrimiento, una sutil indolencia de señorita aburguesada. El sol de la tarde se filtra por entre las palmas, espejea sobre el lienzo líquido y emite bruñidos dorados que dibujan en la piel tostada de la niña destellos caramelizados.

Uno de esos días en que la observaba cómo jugueteaba con un barquito de vela en el estanque, la niña se le quedó mirando, se levantó de pronto, le dio la espalda y al tiempo que se inclinaba hacia adelante con la gracia de una bailarina, se alzó la falda y mostró las braguitas maravillosamente azules y deliciosamente ceñidas al culito. Nick se quedó alelado con los ojos como platos, la sangre amontonándosele en las mejillas y orejas. Luego, ella, se puso de pie sobre el borde empedrado y mientras le dedicaba una mirada burlona comenzó muy despacio a levantarse el pichi. A la muchachita se le marcaban ya rotundamente las tetitas, y ante el imprevisto striptease —aunque no tenía ni idea de que aquella clase de juego se llamase así— Nick se las prometía muy felices. Mas resultó que en cuanto se hubo desembarazado, la niña, del vestido por encima de la cabeza, comprobó decepcionado que lo que llevaba debajo no era otra cosa que un bañador de cuerpo entero, por lo demás nada escueto. Sonrió triunfal la mocita, adivinando la frustración del muchacho, compuso una figura atlética de consumada saltadora y se zambulló, mientras él se descomponía en una mueca de desencanto y se quedaba con dos palmos de narices.

Desconcertado y abochornado solo se le ocurrió gritar un insulto: “¡calienta pollas!”, y se alejó corriendo.

Durante días se abstuvo de acudir al portón; sin embargo no hizo otra cosa que efectuar caminatas, ante la entrada, por el camino fingiendo cumplir atareados mandados de su madre, o de no se sabe quién, mientras oteaba por el rabillo del ojo si acaso intuía la presencia de la niña.

Obtuvo al cabo éxito su torpe estrategia de correcaminos: al tercer día de ajetreado ir y venir, pasar y repasar llevando esto o aquello o lo otro, la vecinita entreabrió a su paso una de las hojas del portón y preguntó, con un interés visiblemente exagerado, aludiendo a los atosigados deambulares de acá para allá.

—¿Es qué te mudas?

No pasó desapercibido para el chicuelo el chacotero retintín y aunque se había dicho a sí mismo —con el regodeo insano y masoquista, en la propia desgracia, de los maridos que se han descubierto burlados— cien veces que la mandaría a paseo cuando tuviese oportunidad, se detuvo en seco y con la cabeza dándole vueltas sin ser capaz de elaborar una respuesta pertinente, para ganar tiempo preguntó a su vez.

—¿Cómo dices, niña pija?

Mas ella mostró la capacidad, innata en su género, para desarticular cualquier presupuesto masculino con una facilidad alarmante y descorazonadora para Nick, que ya en tan tempranos momentos comprendió de inmediato que no iba a ser otra cosa que un pelele en sus manos.

—Anda pasa, *sonso*— casi miagó, como una gata, desplegando por primera vez ante él, que en su vida no había oído, el zalamero acento rioplatense tan musicalmente susurrado.

Pasó; ella giró en redondo con las manos hacia atrás, apoyando la espalda, descargando el peso del cuerpo sobre el portón entreabierto hasta que se cerró, le estudio detenidamente de arriba abajo: desaliñado, los pantalones cortos sucios y medio andrajosos, asomando por un bolso a medio desgarrar el tiragomas; las rodillas marcadas de arañazos, en una un manchón de mercromina; el niqui, a rayas, desajustado, sometido a medias; asomando un pulgar por el agujero de una de las alpargatas. Lleno de zozobra, violentado, se sentía además desubicado, pues Vitorina con un pantalón corto, rosa, de peto estampado con una figura de Minnie Mouse, sobre una blusa también rosa y en los pies unas playeras de rayas multicolores, lucía rutilante.

—Y vos, cómo te *llamás* —rompió al fin la incómoda situación, regalándole de nuevo con aquel sonsonete tan agradable que le remitía a remotos y desconocidos territorios.

—Nick —respondió, pronunciando con desmedido orgullo su nombre de claras reminiscencias norteamericanas esperando epatar, siquiera momentáneamente, a la estirada señoritinga.

Pero al parecer el abolengo de su nominativo para alguien que como ella provenía, nada

más y nada menos, del insólito Uruguay no significaba gran cosa y distaba bastante de causarle la impresión favorable que confiaba promover.

Arrugando un tanto el gesto y la naricilla la niña, sin inmutarse, como quien piensa, pues vaya cosa, le soltó:

—Vaya nombre más raro para un gallego.

La imprevista respuesta le procuró una inquietud a añadir a su azoramiento cada vez más irritante.

La niña pija muy guapita, pero está empezando a fastidiarme. ¿De dónde saca esta que soy gallego?, pensaba Nick que ante lo que consideraba incomoda encerrona empezaba a plantearse tomar las de Villadiego. Pero no antes de decir:

—Es que no soy gallego.

Pero ese sentido de la oportunidad que las féminas detentan, al parecer ya desde niñas, se abrió paso en las entendederas de la muchachita y, muy convenientemente, compuso un mohín que envió una sutil señal, un reconocimiento de fastidio consigo misma y su comportamiento, abatió la cabeza en un movimiento casi imperceptible, pero suficiente, se mordió, apenas, el labio inferior de un modo que a él se le antojó encantador y bajando los ojos musitó.

—*Perdonáme*, parezco *gil*, quise decir español —y a continuación —¿Cuántos años *tenés*?

—Trece.

—Yo catorce.

El súbito cambio de comportamiento tuvo la virtud de serenar el ánimo de Nick, y para desandar aquella incómoda situación preguntó a su vez.

—Y tú, cómo te llamas.

—Victoria, en Uruguay mis amigos me llamaban Vicky, pero mi papá y María me llaman Vitorina.

Y para no abundar en el desencuentro reciente, Nick se aguantó las ganas de responder a su vez: “pues ese sí que es un nombre gilipollas, y por duplicado, Vicky y Vitorina”, y se limitó a asentir al tiempo que recogía como una evocación:

—Uruguay…

—¿Sabes dónde está?

—Pues claro, en América. ¿Te piensas que soy tonto?

—¡Pues a que no sabes cuál es la capital! —exclamó Vitorina, con incuestionables ganas de aprovechar para encarrilar definitivamente los derroteros de la conversación por sendas más apacibles.

Sorprendido en falta, para eludir su desconocimiento, contraatacó a su vez.

—¿Y tú, sabes cuál es la capital de Norteamérica?

—Qué Norteamérica —inquirió ella con cierto resabio.

—Qué Norteamérica va a ser… Norteamérica —replicó un tanto confuso.

—Washington…—acabó por contestar Vitorina, sobreentendiendo la pregunta.

—¡Pues no, señorita! —exclamó exultante por el sorpresivo triunfo sobré la sabihonda niña —Alburquerque —sentenció haciendo gala de la reciente erudición mal adquirida de la mano de Desirée.

—¿Alburquéee? —preguntó sorprendida la niña, más ilustrada desde luego que él, que no debía de dar crédito a la insólita y errada respuesta.

Fue aquel, sin duda, un delicado momento en el devenir de su ulterior relación, pues de haber persistido en el empeño de apearle del equivoco, muy posiblemente Nick, que todavía se hallaba ciertamente susceptible, habría acabado por despacharla con cualquier lindeza e irse, muy a pesar, empujado por esa estúpida obligación de hacer valer un ridículo sentido del pundonor, sobre todo si se es aún muchachito, que pesa sobre los varones. Pero afortunadamente la jovencita calzaba de largo bastante más que él y cambiando de tema, con un desenvolvimiento admirable, propuso.

—¿Te gusta *Rin Tin Tin*?[15]

—Bueno, sí, pero solo lo veo a veces, no tenemos televisión —admitió.

Lo cierto era que durante un tiempo siguió la serie en el receptor del bar Delicias, poseedor del único televisor público de Santa Gertrudis donde, durante la emisión, una algarabía de chavales se adueñaba del local que Antonio, el dueño, soportaba con una resignación solo propia del santo Job, y del que junto a unos cuantos más fue expulsado tras conocerse que eran los autores de la rotura del luminoso, recién estrenado, de *Cervezas el Águila Negra*, durante una de sus razzias nocturnas en un ejercicio de puntería con el temible tiragomas.

Sin añadir más, Vitorina, le tomó la mano, rodearon el estanque, atravesaron el jardín y accedieron, por la planta baja, a un salón en el que cabían cómodamente un par de casas como la de él, amueblado con no sé cuántos sofás, cada uno varias veces mayor que su cama, de gruesa y lustrosa piel; mesas de madera pulimentada como espejos; una librería enorme que iba desde el suelo hasta el techo a lo largo de toda una pared y que contenía tantos libros cómo, suponía, debía de haber en el mundo; con lámparas de pie en casi cada esquina y junto a cada mueble; todo ello bajo el amparo de otra lámpara muy grande que colgaba del altísimo techo, llena de cuentas de cristal que se le antojaban valiosísimas gemas. Y presidiendo la sala, encastrado en un mueble, un rutilante y enorme televisor Zenith, cuya pantalla negra, todavía apagada, emitía bruñidos preñados de misterio, promesa de revelaciones asombrosas.

Faltaban unos minutos para el comienzo del episodio y asistía a la proclama publicitaria previa donde desfilaban, de la mano de la bellísima Carmen Sevilla, el último grito en electrodomésticos Phillips, *mejores no hay*, según aseguraba el spot.

Afuera sonó un claxon ya conocido y Vitorina salió corriendo para abrir el portón. Nick observaba a través de los ventanales cómo accedía al volante del formidable automóvil el padre de la niña, al que esta abrazó y besuqueó en cuanto puso pie a tierra y juntos, mientras ella le contaba no sé qué, se encaminaron al salón donde esperaba, ahora bastante azorado y más pendiente del juicio que habría de hacerse de él el adulto, que de la sintonía que ya anunciaba el inicio de las aventuras del televisivo can.

Enfundado en un traje claro de verano, el pelo cano, casi blanco, y ondulado, unas gafas de pasta negra de gruesos cristales tras los que bullían unos ojos pequeños pero intensos, emanaba una dignidad de patricio de un modo natural, sin aparente esfuerzo, ajeno a artificios, como algo consustancial a su persona. Miró a Nick, a medias por encima de las gafas, de arriba abajo pero, curiosamente, sin hacerle sentir demasiado incómodo.

—¿Y vos, pibe…?

—Se llama Nick, papi…

—Nick…—repitió el hombre, sin un propósito aparente, como quien corrobora lo que ya da por sentado.

—…de la casita —puntualizó Vitorina.

—¿La casita…? Ah sí, claro —concluyó, y después —Me voy arriba, nenes, tengo *laburo,* no armen demasiado *quilombo,* ni incomoden a María, que la pobre está ya un poco mayor.

La casita. Era la primera vez que alguien se dirigía en términos tan amables a su chabola.

La tácita conformidad de don Salvador Hevia Vallina, nombre completo del hasta entonces conocido en el lugar como *El Argentino*, vino a suponer el aval que certificaba el libre acceso a la mansión y, lo que era más importante para Nick, a Vitorina.

# 11.

Se levantaba todas las mañanas temprano, se lavaba y repeinaba a conciencia bajo la atenta mirada de su madre que no estaba acostumbrada al reciente afán en una cuestión, hasta entonces, tan secundaria para el rapaz como el aseo. Y luego acudía ante el portón de Vitorina con la misma fiel devoción con que un chucho acude a la espera de su amo. Hasta que la muchachita asomaba a la ventana de su habitación envuelta en la camisa de un pijama estampado; unos días de ositos rosas, otros de estrellitas azules y otros de no sé cuántas cosas más, tantos pijamas tenía la niña, se desperezaba pausadamente y solo después le dirigía una mirada de aprobación y saludaba con estudiada benevolencia. A lo que él correspondía con una beatifica sonrisa de oreja a oreja, reprimiendo un pataleo de impaciencia mientras esperaba largamente a que, una vez desayunada, apareciese por la puerta del salón que daba al estanque, recorriera el jardín y le abriese el portón.

Al otro lado de la casa, formando parte de la propiedad, se abría un extenso terreno que alcanzaba hasta los confines de Santa Gertrudis; partiendo de la fachada norte lo cruzaba una alameda que conducía hasta un bosquecillo de tilos, castaños de indias y nogales, y en medio del cual, en un claro a propósito, se alzaba un cenador de planta hexagonal y piso de mármol blanco y negro, como los escaques de un tablero de ajedrez, al que se accedía subiendo tres escalones, con bancos de maderas nobles adosados a la verja de forja que lo circundaba; seis columnas de hierro fundido, con capiteles jónicos, soportaban unas arcadas modernistas, también de hierro, sobre las que descansaba una cúpula semiesférica, o más bien de corola invertida, con cubierta de pizarra.

Es Aquiles o Héctor u Odiseo. Los rubíes engarzados en los gavilanes de su espada despiden brillos metálicos de muerte y trazan arcos rojos de sangre mientras reparte mandobles a diestro y siniestro, cercenando manos y cabezas, abriéndose paso entre cientos de enemigos que ansían acabar con su vida puesta a precio. Es Paris cuando se arrastra herido sobre la tierra desolada, humeante; un dardo en la espalda, la espada quebrada, rotos los estandartes, sucios, grises, de su tropa derrotada; apenas un hálito de vida le resta mas continúa reptando, la mano derecha extendida hacia la luz que reina en lo alto del baluarte: la bella Helena que transida de pena se acerca, se arrodilla y, temblorosa, le toma la cabeza entre las manos y aproxima la boca a sus labios urgentes y resecos. Pero surge de repente a su espalda un grito estridente que llama su atención, duda, le mira con infinita tristeza y se incorpora dándose la vuelta hacia la voz que clama: “¡Vitorina, Vitorina, a merendar!”

La vieja María se acerca con un bocadillo de foigras y mira susceptible, con un atisbo de reproche, al chaval que permanece tendido sobre las escaleras del cenador, émulo fallido del actor Jacques Sernas, encarnando el personaje del príncipe Paris en la película *Helena de Troya,* pasada en *Sesión de Tarde* en televisión.

—¡Pero pibe!, ¿…qué *hasés* ahí tirado?

Menea la cabeza, le tiende el tentempié a Helena, transmutada de repente y de nuevo en Vitorina, y se aleja refunfuñando algo ininteligible y, de paso, le deja compuesto y sin princesa aquea que llevarse a la boca. Aunque el sacrificio no ha sido del todo en vano, pues la princesita, tal vez abrumada por su exceso heroico, tiene a bien repartirse el bocadillo con él.

Apuran los últimos días de vacaciones escolares entre baños en el estanque de los peces dorados e incursiones en el más recoleto, y a salvo de miradas indiscretas, kiosco de la alameda, escenario de sus ensueños cinematográficos.

La tarde se cubre de gris, un viento húmedo levanta las prematuras hojas otoñales y trae desde el oeste negras nubes de tormenta. Mientras persiguen en balde a las ardillas que se aprovisionan de nueces previendo el fin del verano, gruesas gotas anticipan el inminente aguacero que se les viene encima y corren a refugiarse bajo el techado de pizarra. Permanecen ensimismados contemplando la lluvia, ajenos al mundo que les rodea.

Miraba a Vitorina sentada sobre el banco, los brazos apoyados en la barandilla de hierro, el mentón sobre las manos, la boca empucheradita, el viento meneando sus cabellos.

La imagen le provoca una ternura indescriptible, y a la vez una vaga sensación de nostalgia anticipada ante la pérdida de lo que ya se sabe inaprensible. La ve como una posibilidad lejanísima pese a la cercanía física; como una joya valiosísima…como el *Camión Paya*[16] con

el que soñaba los días previos a Reyes, al que miraba y remiraba tras el cristal de los escaparates de las jugueterías, tan cerca que casi lo acariciaba con las puntas de los dedos, pero tan lejos de sus posibilidades que se le antojaba una quimera.

Habría pasado la eternidad contemplándola de no ser porque algo debió alertarla, tal vez ese sexto sentido que nos advierte cuando alguien nos observa con intensidad.

La niña volvió la cabeza y se percató de su ensimismamiento, y, quizás para romper ese estado casi místico, de sopetón le preguntó.

—¿Vos, qué vas a ser de mayor?

Le sorprendió tanto la pregunta que, sin contestar y aparentemente desinteresado, se limitó con desgana a preguntar a su vez.

—¿Y tú?

—No sé…—dudó, y después, tras breve meditación— enfermera, a lo mejor…—y luego retomó.

—¿Y vos?

—Americano —respondió.

—¿Cómo americano…?

—Pues eso, americano.

—No seas bobo, uno no puede elegir ser o no americano, uno es de donde nace.

—Pues yo seré americano —perseveró en la respuesta.

—Y eso cómo.

—Cuando sea mayor me casaré con una americana y me iré a vivir a América.

Entretanto atesoraba en la cabeza las imágenes de las postales que Desirée recibía de la tía de América, complementadas con el recién descubierto universo de confort que se desprendía de los telefilmes de procedencia norteamericana que veían en el aparato Zenith.

—Yo soy americana —respondió ella en un alarde de lógica.

—De esa América no.

—¡Ah, vaya! Así que soy poco para el señorito —se enfurruscó.

El imprevisto enfado de la muchacha le pilló un poco a contrapié, se ruborizó ante lo que implicaba: acababa de descubrir un interés superior al supuesto hacia él. Y para huir de la situación no fuera a revertirse debido a un posible enojo el interés de la niña, un poco a tontas y a locas dejó caer lo primero que se le vino a la cabeza…

—Enfermera…humm… —y recordó con cierta angustia un antiguo pinchazo muy doloroso, en el brazo, propinado por una enfermera de aspecto caballuno en un dispensario del centro al que lo llevó su madre, con motivo de una vacuna de no sé qué, e instintivamente se le fue la mano hacia el hombro agredido.

—¿No te gusta enfermera?

—No es eso…

—Pues que sepas que es más importante que ser americano, para ser enfermera hay que estudiar mucho, para ser americano solo hay que nacer en América y que yo sepa eso no requiere ningún esfuerzo; yo misma soy americana, aunque sea de la América que a vos no te gusta.

—No, no, no es que no me guste enfermera —quiso aclarar, no dispuesto a permitir que el enojo de Vitorina fuera a mayores —es que una vez una me mancó mucho…aquí —y señaló la marca de la vacuna, remangándose la manga corta de la camiseta —, ¿ves…? —y luego, sin pensarlo —pero no era tan guapa como tú.

Vitorina le dedicó una risita y, repentinamente interesada en el objeto de su aflicción, posó un dedo sobre la marca y la acarició con delicadeza.

—Además, las vacunas no se ponen ahí — opuso, y volvió a sonreír, esta vez con un atisbo de picardía

—¿Y dónde se ponen entonces? —preguntó él, verdaderamente interesado.

—En el trasero.

—¿Ahí…? —inquirió ciertamente incrédulo, porque para él en el culo solo se ponían las *inyecciones*, como las que le habían puesto cuando la tosferina, claramente diferentes de las *vacunas* según su entender.

—Ahí —confirmó la muchachita asintiendo con firmeza para que no hubiera lugar a duda.

—¿Tú también…?

—Pues claro, así no se quedan marcas feas en los brazos.

Una idea comenzó a abrirse paso en la sesera de Nick, de modo que decidido a probar suerte, y presa de una excitación que a duras penas podía disimular, se atrevió a sugerir.

—¿Me la enseñas?

Vitorina se ruborizó visiblemente, pero no acertó a reprimir la risita picaruela que pugnaba por salir.

—¡Claro, qué listo! —protestó sin demasiado énfasis.

—Yo te enseñé la mía —adujo él, nada convencido del éxito de su empeño.

Pero contra todo pronóstico, sin demasiada dilación, la muchachita se levantó la falda lo suficiente como para que pudiera verse la puntilla inferior de sus braguitas.

—Está ahí —dijo, volviendo el trasero hacia él que, postrado de rodillas, estiraba el cuello con los ojos como platos, asombrado del inesperado éxito de tan tonto ardid, hacia el pompis maravillosamente recachadito y prieto.

—Pues no veo nada… —dijo después de demorarse todo lo posible en la contemplación de tan fascinante panorama.

—Bajo las *bombachas*, tonto.

—Pues estará pero yo no la veo…

Y con el atrevimiento al que daba alas la creciente excitación, se atrevió a remangar la prenda, mas esta no era la lencería fina y elástica más propia de mujeres adultas, sino más bien de un punto parecido al perlé y muy poco escotada; era, en fin, una braguita de niña, con lo que sus torpes intentos no obtuvieron éxito alguno. De tal modo que Vitorina, con un punto de fastidio que denotaba un grado de impaciencia, en un gesto impetuoso se bajó la prenda de ese lado, el derecho, dejando totalmente desnudo, ante sus narices, un glúteo primoroso; delicadísima piel de melocotón en sazón.

—¿La ves ahora, *sonso*?

Incapaz de articular palabra se deleitó en tan maravillosa sensación; era la primera vez que sentía tan cerca, y al alcance, el cuerpo de la enigmática criatura, objeto perenne de las elucubraciones más inquietantes e irresueltas del sexo masculino cualquiera que sea la edad de este, niño, púber u hombre maduro, en cualesquiera de los tiempos por haber, que son o han sido, pretérito, presente o futuro.

En lo alto del muslo externo, en el inicio de la nalga, ahí estaba, como una medallita ovalada, la cicatriz de la vacuna antivariólica. La tocó primero con un dedo, después con dos y luego, al fin, con la mano entera. Sintió la piel de Vitorina erizarse al contacto de la suya. Deslizó la mano despacio, entretanto ella se agitaba quedamente a cada centímetro que invadía, en una exploración torpe pero profundamente devocional, hacia coordenadas más tórridas hasta que sintió, notablemente turbado, la sensación sedosa, apenas tangible, del incipiente vello púbico y luego el tacto mórbido y febril de su rincón más íntimo. El hallazgo le causó una momentánea sorpresa, la interina confusión de quien no tenía más que un sucinto conocimiento de la genitalidad femenina, adquirido en la observación casual del sexo mudo de las muñecas desmembradas con que jugaban las niñas del barrio, o la contemplación poco interesada de alguna pequeña orinando en cuclillas desde los brazos de su madre. En lo que a Nick concernía, hasta fechas relativamente recientes, lo que las chicas tenían ahí no era más que una rajita insulsa y sin propósito. Pero enseguida, en medio de la agitación de ambos, ella le detuvo, le obligó a alzarse y Nick vio la cara arrebolada, las perlitas de sudor que brillaban sobre el labio superior y las sienes palpitantes. Se llevó la jovencita la mano de él, que sostenía entre las suyas, al pecho, le miró durante un instante, los ojos como brasas, y sin decir palabra le estampó en los labios un beso limpio, se arregló las ropas en un visto y no visto y echó a correr hacia la casa.

Con el inicio del nuevo curso algunas mañanas, de camino a la escuela, se la cruzaba con su uniforme de colegiala: faldita plisada a cuadros, medias hasta debajo de las rodillas, un jersey lila por el que asomaban los cuellos de la camisa blanca; la cabeza baja, eludiendo su pesquisa; la melenita color castaño se desplegaba a los lados de la cara hurtándole los ojos, como si él no existiera, cerrando el portón mientras su padre la espera en el coche para acercarla hasta el colegio, exclusivísimo, en el centro de la ciudad.

Agonizó los días sucesivos. A la vuelta de la escuela rondaba la casa al acecho; solo anhelaba una mirada suya, verla, que le dijera algo, le dedicara una sonrisa. Mas ella, que regresaba junto a su padre, solo se apeaba del coche en contadas ocasiones, si María no acudía a franquear la entrada, y cuando esto sucedía seguía ignorando sus mudas imploraciones.

# 12.

Llovía mansa pero obstinadamente y regresaba empapado, enfundado en un *Piuma D'Oro*[17], prenda esta de la que nunca acertó a comprender por qué diablos la llamaban impermeable, aplicándose en sortear los charcos del camino sin asfaltar, por lo que su atención iba dirigida más hacia el suelo que a ninguna otra cosa, y cuando quiso darse cuenta casi se echó encima del coche que se detenía a la entrada de Villa Clotilde.

Se apeó la niña y, sin transición, se subió María que esperaba bajo un paraguas; maniobró el vehículo El Argentino y reinició el camino alejándose.

Quedaron los dos frente a frente, a un par de metros uno del otro, ella la cabeza baja, él sumido en un paralizante estupor, ambos sin saber qué decir, pugnando por hilar alguna idea coherente que rompiese aquella situación absurda por inesperada. El agua menuda arrollaba por la cara de él y se vertía por la nariz yendo después a estrellarse en la puntera de los zapatos. Vitorina vestía un impermeable amarillo con capucha, brillante por el efecto de la lluvia, calzaba unas botas de agua un tanto holgadas alrededor de las pantorrillas, una media asomando sobre la caña, la otra caída, medio oculta, sugería una delicada vulnerabilidad mientras sujetaba un paraguas rojo y oponía un contrapunto de color a la atmósfera gris y desapacible de la tarde, ofreciendo una estampa que a Nick le resultó irresistiblemente adorable.

Fue ella, finalmente, quien rompió aquella quietud autista ofreciendo cobijo bajo su paraguas.

—Te vas a empapar.

La lluvia arreció momentáneamente y el pequeño paraguas apenas los cubría. Hubieron de arrebujarse uno al otro y permanecieron así unos instantes mágicos, hasta que ella propuso.

—Vamos adentro o nos pondremos como sopas.

Caminaron bajo el paraguas, muy juntos, cruzando el jardín, y crepitaba la grava blanca del sendero bajo los pasos; un sonido que a Nick le hacía figurase en la antesala del edén.

Descalzó las botas, con un movimiento brusco de los pies, que se quedaron tiradas sobre la gruesa alfombra, se quitó el impermeable y lo dejó en el suelo, sin que pareciera importarle lo más mínimo el puntual desorden causado, y se arrellanó en uno de los sofás; la corta faldita dejaba al descubierto las piernas, tan largas y bonitas, hasta muy arriba de los muslos.

Entretanto Nick permanecía de pie, cohibido, sin tener muy claro si tal estado se debía a lo inesperado de la situación o al reguero de agua que iba dejando en su trayectoria por el salón.

—¡Pero qué *hasés, quitáte* eso! —señaló Vitorina hacia el Piuma calado por el agua.

Se desembarazo de él y lo sostuvo en la mano sin encontrar un sitio que le pareciese adecuado.

—Anda, dame. —dijo ella, con un punto de condescendiente impaciencia. Y lo depositó sobre un revistero próximo sin atender a la suerte que corrieran las revistas.

Solo se le ocurrió preguntar.

—¿Y tu padre y María?

—María lleva un tiempo que no se encuentra bien y papi la lleva a un médico muy bueno de la capital. No sé cuánto demorarán pero imagino que bastante porque María dijo que me dejaba cena.

Se levantó y encendió el televisor. Todavía estaba la Carta de Ajuste, chasqueó la lengua en señal de fastidio y protestó.

—Qué asquito —y después —En Montevideo hay más canales —y de vuelta al sofá empujó levemente al chico, señalando el sitio a su lado.

—Bueno, ¿y a vos, qué tal te va en el cole?

Nick no podía evitar una sensación de incomodidad, pues sabía que sobre los dos gravitaba lo sucedido en el último encuentro y se debatía en la contradicción; por un lado deseaba suscitar de alguna manera un hilo que les condujera hasta donde lo habían dejado pero, a la vez, temía que si las cosas tomaban ese cariz y puesta ante la tesitura, ella tomara por la calle de en medio, zanjase el reencuentro y lo mandase a tomar viento fresco. Así que, un tanto ajeno al palique de Vitorina, se devanaba los sesos en busca de la fórmula mágica que los condujese, sin levantar demasiadas suspicacias, de camino hacia el interrumpido lance. Como consecuencia de sus calenturientas elucubraciones, en vez de contestar con alguna coherencia

a las interpelaciones de la niña, se perdía en divagaciones pueriles que a nada conducían, si acaso a que la muchacha terminara por asumir que era rematadamente imbécil.

—¿Te acuerdas de las ardillas? —preguntaba sin venir a cuento.

Ella le miraba con una cierta dosis de confusión, como si interpretara que él había entendido otra cosa.

—¿…*Tenés* alguna asignatura nueva…?

Y él, inasequible al desaliento, se llevaba la mano al hombro contrario, se rascaba y decía:

—¡Ay!, me duele un poco la vacuna…

Vitorina le observaba, de hito en hito, como si no acabara de creérselo.

Y de nuevo, mientras no paraba de hacer mojigangas y cosas raras, él:

—Nos dijeron en la escuela que a lo mejor nos hacían la prueba de la tuberculina.

Y fue en una de esas cuando, por el rabillo del ojo, observó que Vitorina, sentada al lado, se echaba un poco hacia delante en el asiento y lo miraba con una risita asomando bajo la nariz; se le notaba el esfuerzo de contención.

—Pues ahora te toca a ti— dijo al fin, y sorpresivamente para Nick, sin disimular más lo que ya era risa a todas luces, y se le quedó mirando fijamente, con una clara carga de reto en los ojos.

—¿…A mí…el qué?

—Pues qué va a ser, mostrármela— replicó visiblemente desafiante

—¿La…vacuna?— ahora, una vez llegados a este punto, resultó que se sentía súbitamente cohibido.

—La *pijita*—zanjó.

—La ¿qué? —pretendía hacerse el remolón a tales alturas.

Pero Vitorina no estaba dispuesta, una vez las cosas habían llegado hasta allí, a torcer el brazo.

—Ya sabes.

El caso es que, pese a la cobardía sobrevenida, la tórrida plática le provocó una erección notable que se veía aumentar por momentos ante la cada vez más interesada inspección que la chica parecía dedicar a su entrepierna

—Tú me viste a mí —insistía ella con determinación, decidida a no permitir que, rajándose, él diera marcha atrás.

Con toda la torpeza del mundo, sin levantarse, fue desabrochando los botones de la bragueta, en un ejercicio agónico, por lo interminable, mientras sentía la cara al rojo vivo y la mirada expectante de Vitorina que añadía impericia a sus dedos. Tras pelear lo que le pareció una eternidad, primero con la abertura del calzoncillo donde se le había introducido y después el elástico, donde se le enganchaba, tras un ¡uf!, quedó el miembro al fin liberado, inhiesto, bien descapullado y apuntado levemente hacia la derecha, donde se sentaba Vitorina que lo miraba, los ojos bien abiertos, claramente impresionada por el vigor y el tamaño inopinado del instrumento.

Tras un tiempo de fascinada contemplación, desvió la mirada hacia la cara del chico y dijo.

—¡Qué grande!

Y luego acercando la mano timoratamente, preguntó.

—¿Puedo…?

Asintió, sin pronunciar palabra, con la cabeza.

Ella lo tomó, jugueteo con él, pasó un dedo suavemente circundando el glande, echó hacia adelante el prepucio, después vuelta hacia atrás. Nick cerró los ojos, jadeó. Ella se detuvo. Volvió a abrir los ojos. Vitorina le observaba, curiosa, la cara. Después repitió el movimiento.

—¿Así?

Volvió a asentir y cerró otra vez los ojos. Sentía la caricia rítmica, acompasada, y la respiración pesada, sin llegar al jadeo, de ella. Echó la cabeza atrás, hacia el respaldo del sofá, y se fue como un conejito, derramándose sobre el propio vientre y la mano de la muchacha que la apartó al instante y emitió un gritito, no excesivamente alto, un contenido "¡Ay!".

Fue una eyaculación clarita, desleída; y pensó: lo hace mucho mejor que Enrique y, desde luego, que yo.

La impresión era ilusoria dada la falta de maña que cabía esperar en la mocita. Él nunca lo supo, pero la improbable pericia que llegó a suponerle la adquirió durante el verano en que, llegados de Montevideo, pasaron algunas semanas en la finca de unos tíos, en el pueblo de Guadarrama a la espera del final de las obras, de las que Nick había sido testigo, en su futura casa.

Los tíos tenían dos hijos, una niña de edad aproximada a la suya y con la que hizo enseguida buenas migas, y un mozalbete que rondaba los quince años. Durante las correrías estivales por los campos de la finca, una de las diversiones preferidas de ambas primas consistía en espiar, las dos muertas de risa, las maniobras masturbatorias de su primo, y hermano, que aprovechaba cualquier momento de lo que él creía soledad al resguardo y la sombra refrescante de los pinos, para dar salida a las calenturas producto de la ebullición, lógica en su edad, de tanta hormona descontrolada.

Aquella noche Nick apenas pudo conciliar el sueño. Recapitulando lo acontecido unas horas antes, comprendió: así que es eso, se dijo; no es que Vitorina haga las pajas mejor que Enrique, es porque es una chica, concluyó un tanto atolondrado por la reciente revelación: ya me parecía a mí. Cierto que, desde hacía algún tiempo, la contemplación de las nalgas de Desireé le provocaban una desazón desconocida y que muchas veces, mientras la miraba o pensaba en ella, experimentaba una erección, pero eso le había sucedido antes, recordando las pajas de Enrique, y también el verano pasado, antes de que llegara Vitorina, cuando en vacaciones, al caer la noche el grupo de gamberretes del que formaba parte, en la antigua cantera aburridos de los juegos insulsos, de tan repetidos, con las ranas y sapos y lagartijas, encendían una hoguera y a su alrededor divagaban acerca de no sé qué cosas, y de pronto alguien hacía referencia a fulanita, que la habían visto con no sé qué chico; o que mengano había sorprendido a zutano meneándosela tras la higuera del tío Perico, y entonces se escuchaban risitas; o alguien recordaba las clases de don Timoteo y sus escabrosas alusiones y el caso con La Tontita, y entonces de común acuerdo se masturbaban colectivamente, y luego cada vez que se acordaba volvía a pajearse. Pero esto no tenía nada que ver, era diferente, lo sabía y lo notaba, y se masturbaba, esta vez pensando solo en Desirée y Vitorina, ni en Enrique, ni en la panda de pajilleros, ni en La Tontita; pero al cabo, ya próximo al clímax, todo se desdibujaba y en la mente vacía de todo lo demás, solo quedaba sitio para la figura de Vitorina con el impermeable amarillo, el paraguas rojo y las botas de agua, flojas.

El doctor dictaminó que María habría de tomarse una temporada de reposo en cama; una cucharadita de miel cada mañana, muchos caldos de gallina, de vez en cuando una copita de quina, y batidos de huevos frescos con banana.

El Argentino contrató temporalmente a una fámula; Concha, una mujer de unos cincuenta años, bien entrada en carnes, para que asumiera los quehaceres de la convaleciente, y que pasaba las horas libres junto a la cabecera de la enferma haciendo encaje de bolillos y quejándose de dolores en las articulaciones, mientras ambas escuchaban por la radio los consejos de doña Elena Francis, una dama, al parecer sapientísima, que lo mismo enseñaba a las esposas hispanas cómo quitar una mancha de tomate de las corbatas de sus maridos que a sobrellevar sumisamente y con la dignidad requerida los ataques de cuernos, cuando no los maltratos.

Nick y Vitorina, proseguían solazándose en sus inocentes juegos iniciáticos que convenientemente trasladaron, dado los rigores invernales y la presencia de la enferma y su cuidadora, desde el kiosco de la alameda y el salón de las visitas, al desván de difícil acceso para doña Concha, o a la caseta de aperos de jardinería, aprovechando los domingos en que don Salvador acudía a un club muy exclusivo de la ciudad.

Durante ese tiempo fue aprendiendo que la muchacha, en lo relativo al conocimiento de su propia sexualidad, no era tan parva como suponía, desde luego mucho menos que él; y así supo de algo que hasta entonces no era más que una especie de rumor, una suerte de equivoco nunca bien comprendido entre los chicos de su edad: la regla de las chicas; esa leyenda de la que todos se hacían eco y aparentaban saber más que nadie: "pues la hermana de Cuatrojos se lavó la cabeza teniendo la regla y se quedó medio lela", decía alguno, "pues Inés, la del tendero, el otro día echó a perder una lechera entera porque tocó la leche". Lo único cierto era que, durante esos días, Vitorina se mostraba remisa y no quería saber nada de juegos eróticos. Y aprendió también que a la jovencita no le eran desconocidas las equivalentes prácticas onanistas. En esto él, generoso, se mostró siempre solícito a cumplir con la oportuna contrapartida; y así lo hizo alguna vez, pero por unas u otras causas, "¿seré demasiado bruto?", solían concluir o bien como en el día del salón, o ambos mirándose frente a frente o codo con codo, sobándole él las tetitas, ardiendo los cuerpos y quemando las miradas, autocomplaciéndose. Nunca pasaron a mayores, no porque él no lo intentara, pues a pesar de sus confusas certezas en lo concerniente a esas cuestiones, ya había alcanzado la conclusión de que *eso* debía de ser el colofón pertinente. Pero ella siempre declinó; unas veces amablemente: "no, *sonsito,* ¿no ves qué ya *tenés* juguito?" otras más bruscamente: "*sos* un

boludo, si te *ponés* impertinente se acabó el *jueguesito".*

Así fue, y estuvo bien, hasta que coincidiendo con las vacaciones navideñas a bordo de un coche, no menos grande y ostentoso que el de don Salvador, apareció por la finca el matrimonio de Guadarrama con sus dos hijos.

Nick asumió con naturalidad que en tales circunstancias, ante la concurrencia de invitados, procedía una prudente postergación de sus esparcimientos a la espera de tiempos más propicios; pero para lo que no estaba preparado era para su total soslayamiento. Cuando, como tantas veces, acudió a la hora acordada junto al portón, la niña no se presentó. Primero se impacientó, después se inquietó, luego se indignó, y de ese estado pasó a buscar posibles justificaciones y disculpas: a lo mejor está enferma, aventuraba, o se puso peor María; y luego a un decaimiento de la autoestima. Al cabo de hora y media de agonizante espera regresó descorazonado a casa. Aquel día, el 22 de diciembre, mientras el Gordo de la lotería, el 49.873, dejaba una lluvia de millones en Madrid —"como siempre" había dicho su padre—, cumplía quince años Vitorina, y él acudía con un humilde presente, adquirido con lo atesorado con paciencia durante los dos últimos meses de la exigua paga, tres pesetas —que su padre a veces, si no se lo había gastado antes en putas, tenía a bien asignarle— o de lo sisado en alguno de los recados que su madre le encargaba de la tienda de Germán, y que consistía en una cucharita de lo que él creyó plata. Naturalmente era una baratija, no del noble metal sino de un material bastardo que llamaban alpaca, pero que le había llamado la atención porque tenía incrustado en el extremo del mango un sol pequeñito de cristal amarillo que relacionó inmediatamente con el de la bandera uruguaya que ella en una ocasión le mostró.

Incapaz de sustraerse, en los sucesivos días emprendió una ardua labor de espionaje; se encaramaba a lo alto del paredón frontero al camino, oteando sin éxito la presencia de la muchacha; bordeaba el cierre de Villa Clotilde hasta donde la pared de ladrillo daba paso al seto de zarzamora, en la parte de la finca más lejana a la casa, donde el bosquecillo del cenador, en silencio, prestando oídos si escuchaba algo. En una de sus rondas encontró en el zarzal una brecha, poco más que una gatera pero suficiente para abrirse paso hasta el interior. Debía de ser la hora de la siesta y no se veía a nadie; medroso, merodeo a resguardo de los árboles y se acercó a la caseta de aperos; en esta había un ventanuco, mas para alcanzarlo tenía que alzarse sobre una especie de zócalo y temía que cualquier crujido de la madera le delatara a quien pudiera estar dentro, así que arrimó la oreja a la pared de tablazón y le pareció escuchar algo, esperó, no sintió nada más, me engañan los oídos, pensó; con mucho cuidado rodeó la caseta; un nudo de la madera desprendido de una tabla dejaba un agujero, pegó el ojo y escudriñó.

Quien le había expulsado del Paraíso no era el ángel iracundo de la Historia Sagrada, era el zángano de Guadarrama, y lo que blandía no era una flamígera espada, sino una picha enorme —casi mayor que la mía, pensó— y a sus pies postrada de rodillas, y no precisamente orando, Vitorina se agarraba con las dos manos al miembro; mientras la prima asistía, al parecer con cierto arrobamiento pues se llevaba la mano a la boquita, pero con mayor entusiasmo si juzgamos por los saltitos que daba, a la lección magistral de magnifico sexo oral que su prima y hermano accedían a representar desinteresadamente para ella.

"Esto no se me ocurrió a mí" maldijo Nick, y se fue corriendo hacia la gatera.

Después, en la abandonada cantera, tras hacer pagar convenientemente su malhumor a un tritón, un par de lagartijas y antes dos gatos, un can y un burrito que pastaba en un prado cercano, arrojó la cucharita de falsa plata a las aguas verdes y cenagosas de la charca.

# 13.

Tras las vacaciones navideñas marchó el coche matrícula de Madrid. Las clases dieron comienzo y el curita joven solicitó la colaboración de cuanto escolar se ofreciese para efectuar la mudanza desde la provisional iglesia prefabricada hasta el templo de reciente construcción, a poco más de trecientos metros de aquella, que la diócesis estaba interesada en inaugurar, Dios mediante, el próximo 22 de febrero por ser miércoles de ceniza, con la asistencia del arzobispo.

El trabajo era arduo: limpiar los restos de las obras de la nueva sede y trasladar todo el mobiliario, incluidos los bancos. La diócesis sabía muy bien dar órdenes pero en cambio atinaba muy mal a proveer los fondos necesarios; así que el curita Alejandro, que además trabajaba repartiendo electrodomésticos y no andaba sobrado de tiempo, visto en un aprieto solicitó ayuda a los chicos de la escuela, y como todo el mundo lo tenía por buena persona y se hacía querer, además de los estudiantes acudió también algún ama de casa. Se organizó el trabajo en brigadas que se ocupaban en organizar los enseres en paquetes y cajas; otros los cargaban en la furgoneta del propio cura o en la carreta tirada por la pollina, *Romera*, que prestó Faustino, y un tercer equipo lo descargaba en la iglesia nueva. Se tuvo especial cuidado en el traslado de la imagen de la Santa: una burda figura de escayola con alma de esparto de poco más de cuarenta centímetros de altura, policromada o, para decir mejor, pintarrajeada. En el primer grupo se encontraba Nick que a raíz de su desengaño amoroso meditaba sobre la posibilidad de tomar los hábitos y ponderaba una posible consulta al respecto con don Alejandro, y, además, necesitaba ocupar la cabeza en algo que mantuviera alejado el recuerdo de Vitorina.

Tal fue el entusiasmo popular suscitado que se realizó el traslado y acomodo de lo mudado con antelación sobrada para la prevista inauguración. En días posteriores se repintaron los bancos y confesionarios.

Manufacturado por las mujeres, bajo la diestra dirección de don Alejandro, se confeccionó un ajuar acorde a los méritos, la alcurnia y el escudo de armas de la Santa.

La víspera se engalanaron las puertas, la principal y dos laterales, con guirnaldas de laurel, y primorosos ramos de mimosa se colocaron alrededor del altar; de tal modo que, además de ser una gloria para la vista, el templo entero olía que era una delicia en espera de la visita del prelado.

La esperada consagración de la nueva iglesia parroquial suponía todo un acontecimiento para Santa Gertrudis y congregó prácticamente a todas las gentes del barrio y aledaños, que esperaban en el interior, expectantes, la llegada de la más alta autoridad religiosa después del Papa. Entre la multitud se encontraba Vitorina acompañada de don Salvador, que acudieron atraídos por las expectativas suscitadas por la sacra ceremonia. Estaba encantadoramente deliciosa, del brazo de su padre, vestida con un abrigo corto de mouton rosa, una bufanda negra al cuello y tocada con un gorrito al modo cosaco, del mismo mouton rosa; las piernas, enfundadas en leotardos negros y unas botas de piel de media caña, se le antojaron a Nick larguísimas. Habían llegado de los últimos y como la iglesia estaba repleta se quedaron de pie casi a la puerta y el relente mañanero le provocaba un enrojecimiento en la naricilla. La miró desde su puesto en un lateral, fuera de los bancos, ajeno a todo a su alrededor; a los niños que cantaban y a quienes a su lado aplaudían, hasta que ella se percató de su presencia, esbozó una sonrisa, sacó la mano derecha, enfundada en un guante, del bolsillo del abrigo y la agitó en un saludo que él devolvió mientras el corazón le golpeaba, violento, el pecho.

A pocos minutos de la hora convenida, Alejandro que con motivo de tal ocasión previamente había formado con los escogidos, de entre los más tiernos infantes, un coro de voces blancas y llevaba ensayando desde el día en que le notificaron la buena nueva, se subió al podio habilitado a propósito, dio tres golpecitos con la batuta sobre el atril para llamar la atención de los niños y público en general y dio comienzo el *Avemaría* de Schubert. Ciertamente la labor del cura, además de titánica, era desde luego encomiable pues había sido capaz, en tan breve tiempo, de conjuntar adecuadamente aquellas voces angelicales y el público irrumpió entusiasmado en aplausos. Después se entonó el *Aleluya* de Mozart que, además, en atención a la nacionalidad de la Santa Patrona, se cantó en lengua alemana; esta vez el entusiasmo de los presentes fue tal que comenzaron a aporrear sobre los bancos y se temió que la iglesia se viniera abajo. Y como Alejandro, previsor por si la comitiva se retrasaba, tenía preparado un más que suficiente repertorio, el coro continuó con *In Dulci*

*Jubilo*; luego el *Satabat Mater*; tras este el *O Fili…* y así hasta que los niños enronquecieron.

Por allí no apareció ni Dios, con quien ya no se contaba, pero es que tampoco su representante, el señor arzobispo, hizo acto de presencia. La multitud se cabreó y a pique estuvieron de saquear y prender fuego a la iglesia y todo lo que contenía, y así habría sido de no intervenir, pistola en mano, la pareja de la Guardia Civil que asistía al evento con uniforme de gala.

Lo que pasó fue que el dictador que regía los destinos del país, ante la cada vez más decepcionante ausencia de fusilamientos, para mitigar su sed de sangre —cuando no estaba pescando salmones en los ríos norteños o cazando ballenas a bordo del Azor por los mares peninsulares— entretenía los días tiroteando torcaces, perdices, faisanes, gamos, corzos, ciervos y en general cuanta ave o ungulado se ponía ante su punto de mira. Y para no hacerlo solo —qué ciencia tenía la cosa si nadie halagaba su puntería— aprovechando que tenía un yerno de sangre azul acostumbraba a invitar a marqueses, condes, duques y otros grandes de España. Con el tiempo estos se hartaron de comer caza a diario y, aparte de someterse a una dieta macrobiótica, comenzaron a declinar las invitaciones; que los nobles son muy suyos y cuando quieren cazar lo hacen en sus propios predios sin falta de que los invite un advenedizo. Y de ese modo lo notificaron al yerno: “tú verás lo que le dices, pero a esas carnicerías nosotros no nos presentamos más”. Entonces el Caudillo procedió, con el mismo fin, a convocar a los titulares de las constructoras enriquecidas con las obras públicas del régimen y a otros industriales de éxito. Al cabo, cuando, como los anteriores, también se cansaron de regresar a casa con el loden hecho unos zorros, perdido de plumas y encharcado en sangre, y como era difícil eludir a los motoristas de El Pardo, que se presentaban en casa a cualquier hora intempestiva con la invitación, el aludido solía escribir en el reverso del mismo billete, y de propia mano: “Nada me placería más, Excelencia, pero asuntos de empresa urgentes requieren de mi presencia en Panamá”, y cogían el avión para el istmo, o: “Créame, Eminencia, si le digo que por nada del mundo me perdería esa montería, pero debo acudir sin falta a suscribir el contrato para la construcción de una planta desaladora en Argelia”, y tomaban el barco a Orán para quitarse de en medio.

Así las cosas, el Generalísimo comentaba con sus allegados:

—Hay que ver lo emprendedores que me han salido estos chicos, pero ahora, ¿a quién invito yo?

—¿A quién, Excelencia, ha beneficiado por encima de todos su Cruzada de Liberación?

—Ah, no sé, ¿a los obreros tal vez?

—Sí Eminencia, a los obreros los ha beneficiado, pero a otros mucho más.

—Pues ahora no caigo, mira, ¿a los terratenientes quizás?

—A los terratenientes también, Ilustrísima, pero a otros aún más.

—Hay que joderse oye, a cuánta gente he beneficiado casi sin pretenderlo. ¿A los estraperlistas?

—Pero magnánimo benefactor, estraperlistas ya no quedan, gracias a usted en la España actual todos nadamos en la abundancia.

—¡Coño, Tobal!, no sé, déjate de rodeos y sácame ya de esta incertidumbre.

—A la Iglesia, mi centinela de occidente, por encima de todos a la Iglesia, y de la Iglesia sobre todo a los jerarcas, a los obispos y cardenales, a las órdenes religiosas…

—¡Hostia, tú!, es verdad, vaya alivio, ya pensaba que me ibas a decir que a los comunistas.

Para ser justos, los historiadores y economistas en sus crónicas deberían señalar la importancia de la figura del Caudillo y lo que supuso la falta de fusilamientos, y las consiguientes cacerías por los montes de El Pardo, en la creación y surgimiento de las multinacionales de cuño español que hoy asombran al mundo entero y por doquier lo mismo construyen aeropuertos, ferrocarriles y plantas eléctricas, que ensanchan canales como el de Panamá.

De este modo los monseñores de todo el país fueron requeridos a una cacería que se celebraría, precisamente el 22 de febrero, el día en que estaba prevista la solemne consagración de la nueva iglesia parroquial de Santa Gertrudis, acto que se hacía necesario postergar, pues no convenía desairar la invitación del más grande, y mejor, paladín de la Santa Madre Iglesia que los tiempos conocieran.

Cacería que al final no se llevó a cabo porque el Caudillo, que ya se acercaba a una edad provecta, se había olvidado —hasta que un secretario se lo recordó— de que aquel día tenía la agenda sumamente cargada, pues se hallaba programada la audiencia con el embajador del Paraguay y un montón más de altísimas personalidades, entre las que se incluían marquesas,

generales y las damas organizadoras del rastrillo benéfico *Por Solo Un Durito Bautice Un Negrito*, por lo que hubo de suspenderse la jornada cinegética, si bien con gran pesar de todos, incluido su Excelencia que ya tenía preparadas las más de cuarenta escopetas de que se hacía acompañar en esas ocasiones.

Como los obispos y cardenales, con sus séquitos, ya se encontraban en Madrid, para no desperdiciar el viaje se dieron un garbeo por la capital. De resultas de ello durante toda la jornada en las posadas y figones y otros establecimientos hosteleros de la villa y corte, y alrededores, hubo gran movimiento de gente. Y al anochecer también fueron muy concurridas las casas de lenocinio, y de entre estas, según se dijo, gozó de gran aceptación *El Palacio del Edén,* donde mostraba sus encantos, y prestaba sus servicios, una meretriz de origen francés y de mucha fama que respondía al nombre de Mademoiselle Mimí, refinadísima cortesana, tanto que para ser merecedor de sus atenciones se requería ejercer, por lo menos, de deán para arriba.

A cambio en Santa Gertrudis todo resultó un desastre y el curita acabó solo, sentado sobre el escalón de entrada en el quicio de la puerta, la casulla sucia y desgarrada en el forcejeo con la muchedumbre en defensa de los bienes de la humilde sede parroquial a la que tantos afanes habían dedicado, llorando como un alma en pena.

A partir de entonces no volvió a ser el mismo; entró en una aguda depresión y se le veía deambular por la parroquia abstraído en quién sabe qué torturados pensamientos, sin atender como era debido sus obligaciones pastorales. Y a veces, cuando procedía con la ceremonia de la eucaristía, le faltaba el vino o las sagradas formas y pretendía suplir las obleas con trozos de pan, que si bien una vez bendecido adquirían la misma cualidad sagrada, pues fue con pan, y no otra cosa, con lo que Nuestro Señor Jesucristo instituyó el Sacramento, desde luego no era digno que en ocasiones, además de duro, alguien se encontrara algún manchón de grasa o restos de chorizo. Así de errático resultaba su comportamiento, hasta el punto de que cuando el prelado tuvo a bien proceder a la consagración, un par de meses después, el atribulado sacerdote no hizo siquiera acto de presencia; aunque no falta quien afirmó haberlo visto a la puerta dedicando, a su eminencia, unos cortes de manga con mucho garbo y muy bien ejecutados. Después nadie supo más del curita Alejandro, bien porque perdida la fe se ausentó voluntariamente o por expulsión fulminante, con excomunión incluida, como consecuencia de su difamante proceder.

Vitorina y su padre habían salido prudentemente a la calle cuando los ánimos empezaron a caldearse tras la malograda consagración. Nick les imitó, y cuando iniciaron el retorno a casa desentendiéndose de cuanto comenzaba a pasar, él los siguió a prudencial distancia de camino a la suya.

A medio trayecto comenzó a nevar; unos copos grandes que descendían meciéndose como plumas blancas. Oyó cómo la pareja irrumpía en una exclamación de alegría y entre risas, cogidos de la mano, echaron a correr; ella se llevaba la otra mano al gorrito, sujetándolo.

Nick siguió a su paso. Un sentimiento de tristeza, o melancolía, como la tarde tormentosa aquella en el kiosco de la alameda, se adueñó de su ánimo. La visión de la pareja le suscitó una sensación indefinible; una mezcla agridulce de emociones. Envidiaba, y a la vez admiraba, aquella camaradería paterno-filial, un continente de afectos cotidianos desconocido para él. Como envidiaba, también, la despreocupada indolencia con que, al correr, pisoteaban los charcos sin importarles las salpicaduras de barro que se adherían a los zapatos y bajos del pantalón del hombre y las botas, antes impecablemente lustradas, y los leotardos de Vitorina; o el desdeño de la bufanda flameando sobre el hombro, a punto de desprenderse y caer sobre el barro, y todo lo que ello evidenciaba. Porque para Nick, de aquella negligente actitud solo se podía desprender una cosa: la conciencia de pertenencia a una clase superior, acostumbrada al confort y a la seguridad que proporciona el saberse escogidos por la fortuna. La auto indulgencia de quienes se sienten a salvo de incomodas estrecheces. Tan lejos de sus afanes, a menudo infructuosos, por mantener un cierto decoro. Cuántas veces su madre le había lavado los únicos pantalones largos por la noche, puestos a secar sobre la lumbre encendida, para volver a ponérselos por la mañana demasiadas veces húmedos.

No corrió, para que no pudieran ser testigo de la profusión de lágrimas que, contra su voluntad y pese al esfuerzo, le arrasaban la cara.

Pasó por delante de Villa Clotilde apurando el paso en la esperanza de que Vitorina y su padre se hubiesen guarecido ya en la casa.

—¡Nick!— la voz cristalina de Vitorina le llegó como un mazazo.

Siguió caminando, pugnando consigo mismo.

—¡Nick!

Se detuvo al fin, incapaz de hacer oídos sordos a la llamada, por otro lado desesperadamente anhelada.

Vitorina, desde el otro lado del portón, agarrada a las rejas:

—Qué te pasa. ¿Lloras?

—Es el frío que me salta las lágrimas —contestó sin ninguna convicción.

Ella le miró. Los ojos zalameros, entornados los párpados.

—¿Vendrás esta tarde? Podemos hacer los deberes juntos… si quieres.

Y ante la momentánea duda de Nick, que de ninguna manera correspondía a la reflexión sobre qué decisión tomar, sino a lo inesperado de la propuesta, añadió.

—Papi, se va después de comer —y sin dar tiempo a respuesta alguna, se alejó corriendo hacia la casa —¡A las tres te espero! —quedó la invitación flotando en el aire invernal.

Cuando Nick salió de casa hacia Villa Clotilde, la chica ya se hallaba apostada a la ventana y tan pronto lo vio acercarse bajó a abrir. Era la primera vez que no se hacía esperar.

La tarde, seguía nevando, invitaba al confort del calor hogareño, pero Nick insistió en quedarse a jugar con la nieve. Así que tras un breve rifirrafe con María, ya repuesta, que les decía si estaban locos, ambos salieron hacia la alameda.

Juguetearon y se arrojaron bolas de nieve hasta que transidos de frío se refugiaron en la caseta de aperos.

No bien se hallaron en ella, Nick quiso volver a sus pasados juegos; pero la niña, aterida, en cuanto que le puso las manos encima las rechazó, medio entre risas, aduciendo lo heladas que las tenía. No asumió bien este rechazo él, que insistió hasta que, a fuerza de volverse pesado, acabó por enojarla y amagó con marchar.

Nick se puso ante la puerta.

—De aquí no sales.

Ella se lo tomó a broma e hizo ademán de acercarse a la salida.

—De aquí no sales si no me haces lo que al otro.

—Pero qué *desís, ¿sos* tonto? —y se abalanzó sobre él con la intención de apartarlo.

Nick la empujó sobre unos sacos que había en una esquina.

—Si no me haces lo que le hiciste al otro no sales.

—¡Pero qué le hice a quién! —levantó la voz ya seriamente enfadada.

—Al que vino en el otro coche. Yo te vi cómo se la chupabas.

El tono grosero y la falta de tacto la sacó de quicio, de modo que, haciendo acopió de toda su saña, le espetó:

—¡Te la va a chupar tu putísima madre, so asqueroso! —y empezó a gritar.

Se abalanzó sobre ella, que respondió arañándole le cara, le dio un bofetón brutal, la arrojó al suelo, le puso una mano en la boca, que ella mordió sin resultado alguno; le arrancó el pantalón, los leotardos y las bragas a zarpazos y se arrojó encima de un modo salvaje, animal, como nada hacía suponer en un chiquillo de trece años. En el forcejeo, violento sobremanera, ella pudo por fin desasirse de la mano que le oprimía la boca y amenazaba con asfixiarla y gritó, desgarradoramente, aterrorizada con los ojos saliéndosele de las orbitas.

Fue cuando Nick pareció volver en sí y tomar conciencia de lo que estaba cometiendo, se levantó como impulsado por un resorte, con los ojos muy abiertos, la cara descompuesta en una mueca de horror o de incredulidad. Miró hacia Vitorina que temblaba de pánico arrebujada sobre sí misma, llorando, la voz quebrada, balbuciendo penosamente.

—¡Dios mío… Dios mío…! ¡No… no por favor Nick…! ¡Por favor… por favor…!

En la entrepierna de la niña había sangre. Miró sus propios genitales; también tenían sangre. Huyó.

Durante seis días, que pasó en cama, no ocurrió nada. Al séptimo sucedió lo que aguardaba con agonía. Picaron a la puerta y abrió su madre. Salvador preguntó por él; Manolita lo llamó, pero se negó a salir. Escuchó a El Argentino: “mire señora, mejor no, que no salga, pero una cosa le voy a decir, cuide que no se acerque a mi hija, si se acerca lo mato”.

Vitorina, en un primer momento, desorientada y avergonzada, había tratado de guardar el secreto pero cayó en un estado de profundo abatimiento; se sobresaltaba ante cualquier ruido y le sobrevenían terrores nocturnos. Finalmente acabó confesándole a María lo sucedido.

Tal vez hoy la fechoría de Nick hubiese tenido una respuesta diferente y habría arrostrado serias consecuencias. Pero en aquella España donde las únicas mujeres a salvo de cualquier sospecha eran las muy ancianas, las monjas o las niñas muy pequeñas; en un país donde se celebraban matrimonios entre niños de catorce o quince o dieciséis años, *de penalti*, según el

socorrido eufemismo; y donde incluso algunas madres no veían mal que niñas de la edad de Vitorina fueran pretendidas por hombres hechos y derechos y acabaran por casarse con ellos, al fin embarazadas; exponer a la muchacha a una causa legal, máxime cuando el agresor era año y medio menor que la víctima, hubiera supuesto un trance inasumible, probablemente inútil, y un serio peligro para la reputación y la salud mental de la niña. Y el padre lo sabía.

No pasaron más de quince días antes de que los mismos camiones de mudanzas que el verano anterior aparecieran por Villa Clotilde, regresaran, cargaran todos los enseres y desaparecieran por el mismo camino por donde habían llegado.

Días después alguien colgó, en el portón de los ensueños de Nick, un cartel con la leyenda: *se vende*.

Como El Argentino no dio más explicaciones, a Nick, por más que insistió su madre en interrogarle, no hubo modo de hacerle soltar prenda, lo mismo dio que le abofeteara o que amenazara con todos los males del infierno. Y cuando la mujer recurrió a la autoridad paterna, lo que vino a ser lo mismo que nada, su marido despachó el asunto con: “el señorón apunta más alto para su hija, cosa normal, a los pobres no nos quiere nadie”. Y con ese apostrofe dio el caso por concluido y Manolita acabó por suponer que la inquina del padre de Vitorina se debía, en efecto, a la más que evidente diferencia social entre la una y el otro. Aunque cuando vio la retahíla de camiones y furgones desfilar por delante de su casa, procedentes de Villa Clotilde, sintió un punto de inquietud que al cabo desechó. Prefirió no hurgar más en el asunto, y si El Argentino, con su hija, optaba por marcharse, tanto mejor, así se quitaría de encima el desasosiego que no paraba de importunarla. Muerto el perro se acabó la rabia.

# 14.

La marcha de Vitorina supuso para Nick lo que para los bizantinos debió de suponer la irrupción de los otomanos sobre las murallas de Constantinopla: el fin de una era, la desaparición de un universo promisorio y resplandeciente. Al principio, cada vez que pasaba por delante de Villa Clotilde con el cartel de *se vende*, las persianas blancas y verdes herméticamente cerradas, el agua de la alberca retornando a su primigenio estado de putridez, los arrayanes del jardín creciendo salvajes, los senderos de grava acosados por las hojas muertas, lo hacía a toda prisa, la cara vuelta, y su estado de ánimo se derrumbaba. Pero con el tiempo, de esos escombros surgió un sentimiento victimista que le incapacitaba para asumir culpa alguna y fue elaborando un castillo de justificaciones y eximentes. Primero se la echó al zángano de Guadarrama: "quién era aquel imbécil con la cara llena de granos que pretendió interponerse entre Vitorina y yo". Después a la propia niña: "desde luego esa tonta creía que podía hacer lo que le diese la gana con el primero que se presentara". Y finalmente al padre: "mejor hubiese hecho vigilando a su hija que amenazarme a mí y no habría ocurrido nada de esto". Cualquier cosa antes que admitir su comportamiento de alimaña en celo. Y como consecuencia proyectó su frustración contra todo y todos. Se convirtió en un huraño insufrible y despótico.

Regresó junto sus antiguos compañeros de correrías, los más desvergonzados e inciviles de toda Santa Gertrudis. Solían ser, estos, hijos de familias numerosas —lo cual no significa que automáticamente todos los hijos de familia numerosa se convirtieran, también, en sospechosos de hijos de puta, pero el caso es que se daba esa infeliz coincidencia, qué se le va a hacer— o desestructuradas, y en ocasiones las dos cosas, desestructuradas y numerosísimas, cuyos padres, las más de las veces embrutecidos e iletrados, tenían bastante con trabajar hasta reventar y cuando no, se dedicaban a pegarle primero a la botella y luego a la señora; como para ponerse a enseñar buenas maneras y costumbres de las que carecían ellos mismos. Con el correr del tiempo la mayor parte de estos personajillos ingresarían en una carrera de pequeños hurtos y delitos menores y acabarían por conformarse como patibularios miembros de lo siniestro, bien entendido que este último calificativo no tenía nada que ver con la pertenencia a alguna cofradía de zurdos sino más bien a una de miembros del lumpen y amigos de lo ajeno. Pues hasta ellos acabaron al poco tiempo rechazándolo, hartos de él.

Sin embargo, al margen de estas hordas de desarrapados, criminales en ciernes, que asolaban las calles de Santa Gertrudis, era posible encontrar también familias normales, numerosas o no, cuyos vástagos andaban limpios, no se dedicaban a romper farolas ni apedrear a perros y gatos, ni mucho menos a utilizar como diana el cartel del bar Las Delicias; además solían ser buenos estudiantes. Esto los convertía inmediatamente en bichos raros que eran objeto de chanzas y mortificaciones de todo tipo por parte de los súbditos de Atila.

Uno de estos muchachos era Bruno. Si alguien tiene una idea estereotipada sobre el arcángel San Gabriel, seguro que coincide con la pinta de Bruno: tenía el pelo de un rubio dorado y brillante, los ojos azules y límpidos, nariz griega y boca de labios, más que bien dibujados, perfectos, de color rojo, casi como si se pusiera carmín. Para más joder era espigado y de miembros bien proporcionados. Pero el encantamiento se iba en cuanto pronunciaba una palabra. De modos un tanto amanerados y voz pelín meliflua —como el angelote, seguro— era víctima propiciatoria de los Bárbaros gertrudénses que, no bien lo divisaban en lontananza, cargaban sobre él con improperios de todo tipo que en demasiadas ocasiones culminaban en agresión; si tenía suerte se limitaban a apedrearlo desde la distancia y salía del trance corriendo, si no, podía acabar con sus huesos en un charco: "anda, marrano[18], ve que te lave mamaíta" le decían los pillos, no sin cierta estupefacción al ignorar ellos mismos a qué obedecía tan infamante calificativo, pues bien veían que Bruno iba siempre más limpio que todos ellos; no hacían más que repetir lo que oían a sus mayores.

Es obligatorio, aquí, hacer un paréntesis para explicar el sobrenombre aplicado a Bruno.

Resulta que, Bruno, a despecho de su apariencia de querubín germánico, arrastraba una pesada macula. Y es que la bendita alma era, ni más ni menos, hijo de un moro, sí. Un moro rifeño, para desmentir los arquetipos y socorridos tópicos al uso. Cosa que por otro lado no debería de resultar extraña a quien tenga un algo más que parco conocimiento de los variados afluentes que confluyen en el río de la historia. Y conviene entonces una breve sinopsis…

bueno o no tan breve, de ese acontecer histórico.

Como, seguramente, quienes peinen canas recordaran de la época de la antigua escuela —donde entre otras cosas inútiles se nos enseñaba la lista de los reyes godos—, con la decadencia del Imperio Romano a manos de las hordas bárbaras, nuestra piel de toro sufrió una serie de invasiones protagonizadas por un conjunto de pueblos, procedentes de centroeuropa, que fueron denominados en un sentido muy amplio visigodos —la rama occidental del genérico más extenso, godos—; sin embargo esta generalización, como tantas otras, es errónea o cuando menos inexacta, pues entre estos se incluyó también a algunos pueblos que, por su sobrada particularidad, tenían una entidad propia suficientemente diferenciada de los visigodos; son los Vándalos, Suevos y Alanos, como los anteriores también de procedencia germánica, excepto los Alanos de origen iranio, que llegaron a Hispania antes, empujados precisamente por los visigodos que a su vez se desplazaban hacia el sur y el oeste huyendo de los Hunos. Se establecieron los suevos en lo que hoy es Galicia; los alanos en el centro de la península, en la *Lusitania* y la *Cartaginense*; y en el sur, *en la Bética*, se asentaron como federados del moribundo imperio hacia el año 409, los vándalos liderados por el rey Gunderico; quedando solo la *Tarraconense* bajo el control, más que nada nominal, de Roma.

Después de asolar cuanto se encontraron a su paso, para ir haciendo honor a su nombre, y saquear *Carthago Nova* e *Hispalis*, entre tanto follón murió en extrañas circunstancias —bueno, tal vez en aquel entonces no fueran tan extrañas— el tal Gunderico, heredando el trono Genserico, que continuó la edificante obra de su medio hermano completando su conquista en el sur hasta el confín peninsular. Entre razzia y razzia el nuevo rey tenía por divertimento volar una cometa —arte aprendido de los alanos, que a su vez la habían adoptado de los hunos y estos de los chinos— sobre el lomo de la peña de Gibraltar, que entonces no se llamaba Gibraltar, ni siquiera *Ẏabal Tāriq* (Monte de Tariq), —entre otras cosas porque todavía no había dado señales de vida el tal Tariq— y en los días despejados alcanzaba a vislumbrar la costa africana. En esas ocasiones, haciendo visera con las manos, no dejaba de preguntarse, “¿qué coño habrá allí?”. En el año 429 fletó unos cuantos barcos, metió en ellos nada más que a unos 80.000 súbditos, junto con unos cuantos Alanos huérfanos recientemente de rey, y cruzó el estrecho, que como habrán adivinado tampoco se llamaba de Gibraltar, y fue a desembarcar, más o menos, por donde quedan ahora Ceuta y Tánger. Nada más poner pie en aquellas playas descubrió Genserico que, lejos de lo que suponía, la región estaba muy habitada por bereberes romanizados y, además, cristianos en su mayoría —salvo algunas tribus que vivían apartadas en las montañas y que profesaban religiones animistas—, tanto que la región dio al cristianismo varios Papas, y hasta se dice que la Hispania romana fue cristianizada por monjes procedentes de aquellas tierras. Y percibió también, el rey vándalo, que su fama le precedía y que las gentes del lugar no mostraban precisamente la mejor de las disposiciones hacia tan indeseables extranjeros; con lo que procedió a lo que mejor sabía: saquear cuanto se encontró de camino, y tras comprobar que ni con esas suscitaba el menor de los entusiasmos, como el hombre era a la vez altanero, pues se dijo, “ahí os quedáis”, y emprendió ruta hacia el este, eso sí arrasando cuanto tropezó de paso hacia lo que en nuestros días corresponde a Túnez, o por ahí, donde estableció un reino, harto como estaba ya de tanta galopada por el polvoriento desierto. Pero por el camino algunos miles de los que le acompañaban se quedaron, mezclando sus genes germánicos con los habitantes de la Berbería. Genes que alcanzaron hasta nuestros días; por ello es posible todavía hoy encontrar en algunos lugares apartados —más proclives a cierta endogamia— del Riff habitantes de pelo rubio, ojos claros y tez blanca.

En julio de 1936, tras el Alzamiento, Franco organizó con la ayuda de los Junkers de la Lutwaffe alemana lo que fue considerado el primer puente aéreo de la historia, para transportar a las tropas indígenas del protectorado de Marruecos a luchar en la Guerra Civil Española. A estos combatientes, en principio tropa voluntaria, cuando llegaron a la península sin más explicaciones se les dijo: “Venga *p’alante*, a pegar tiros si no queréis que os maten”. Utilizados como carne de cañón sufrieron numerosas bajas que fue necesario reponer. Para convencer a los futuros reclutas de restitución se les ofrecía algunos meses de paga adelantada y a los más reticentes, en un alarde de contradictorio cinismo, se les decía que si la República —a la que estos golpistas tildaban de atea— triunfaba les bautizaría cristianos a la fuerza; “y si os pegan un tiro luchando por el Islam y la católica España, resucitáis de nuevo aquí en África”. Cuando los rifeños más avispados empezaron a suponer que había gato encerrado, tras comprobar que del otro lado del mar no volvía nadie por la vía de los Junkers que se los habían llevado, ni tampoco por la del barco, ni mucho menos por la de la resurrección, se

negaron a alistarse; con lo que los militares franquistas procedieron a saco en las kabilas rifeñas, reclutando por la fuerza a cuanto varón encontraron de 16 años en adelante, y si alguno no los tenía se falsificaba la fecha de nacimiento en los papeles y listo.

Entre estos infelices reclutados a la fuerza, con quince años, se encontraba Ibrahim Uahbi, formando parte de un Tabor de Regulares[19], un descendiente precisamente de las tribus germánicas que acompañaron 1500 años antes al rey Genserico en sus correrías por la Berbería. Y cuando los oficiales españoles se fijaban en el chaval moro, de muy buen porte, más de metro ochenta, el pelo lacio y rubio, la tez blanca y los ojos azules, se decían, muertos de risa, entre sí: “esto es que a su madre se la habrá tirado algún bigardo legionario de los nuestros”. Ignorantes, a la par que ciegos, eran incapaces de ver que ellos mismos, aparte de no superar el metro sesenta, eran bastante más acetrinados.

Combatió Ibrahim con mucho arrojo en cuanto frente fue destinado, al punto de resultar herido varias veces, aunque salió con bien y recibió por ello varias medallas al valor.

Una vez acabada la guerra, el Generalísimo Franco, en una de sus fabulaciones imperiales, se otorgó una Guardia Mora —que quedaba la mar de bien para recibir a los embajadores extranjeros, que por aquella época no eran más de tres o cuatro— e Ibrahim fue seleccionado para tan alto honor y sirvió en ese puesto durante bastantes años.

Un día de lluvia que la Guardia escoltaba al caudillo en uno de sus paseos por La Castellana, avenida que el dictador gustaba mucho de mostrar —probablemente porque era la única que se podía tildar de tal en el Madrid de entonces—, en compañía del embajador de Dahomey, país tan importante que hoy ni siquiera existe, el caballo de Ibrahim resbaló y este se fue al suelo cayendo debajo del animal y tronzándose una pierna.

Cuando los médicos del hospital militar que atendieron al herido se encontraron, sorprendidos, con la facha de este, al pronto exclamaron:

—¡Joder, tú! ¿Qué moro es este?

—Qué coño moro, ¿no ves que es rubio?— contestó un segundo.

—¡Carajo!, pues eso digo yo. ¿Qué hace un no moro en una Guardia Mora? Este es un impostor.

—Pues yo a impostores no atiendo, y menos si es moro.

—¡Coño! ¿Pues en qué quedamos, es o no es moro?— adujo el primero con cierta confusión, característica esta al parecer muy habitual entre los militares de cualquier país.

Total que, para salir del paso, le remendaron de mala manera la pierna al pobre Ibrahim que quedó cojo de por vida. Con lo que los responsables de la Guardia Mora le dijeron: “mira chaval, como comprenderás un moro cojo no pinta mucho en la Guardia Mora del Generalísimo, y menos si ni siquiera es moro”.

Y desoyendo las protestas de Ibrahim en el sentido de que él sí era moro, más o menos legitimo —pues ya empezaba a albergar dudas—, le licenciaron con una paga de trescientas pesetas.

Se vio de pronto en la calle y abocado a la miseria, pues trescientas pesetas ya en aquellos años, principios de los 50, empezaban a ser poco más que nada.

Como durante la contienda, para encender su ánimo belicoso, a los moros se les dijo que los que tenían enfrente eran perros sarnosos, infieles que tenían por practica perversa, si llegado el caso algunos caían muertos en sus manos, la de envolver sus cadáveres en pieles de cerdo para privarles del merecido Paraíso, algunos cometieron verdaderas atrocidades —no muchas más, sin embargo, que los falangistas—, resultando de esto que los moros no gozaran de muy buena prensa entre la sufrida población de la posguerra, y comprobó entonces Ibrahim lo penoso que resultaba en aquel país del diablo ser musulmán, moro y rubio. Escarmentado de su experiencia se dijo, ya que suponía tanto problema, “como me llamo Ibrahim que dejo de ser moro”. Y como primera medida, para empezar a no serlo, dejó de responder al nombre de Ibrahim y se puso a sí mismo Abraham, que sonaba muchísimo menos a moro.

Cuando, en atención a su acento, alguien le preguntó su lugar de procedencia, Abraham, sorprendido por la pregunta no esperada, dio el nombre del primer país que, por cualquier extraño motivo, acudió a su mente sin tener siquiera idea de dónde se situaba en el mapa; “de Madagascar”, dijo. Como el interlocutor medio resultaba ser tan ignorante en esas cuestiones geográficas como el propio Abraham, la respuesta era tomada por buena; con lo que durante algún tiempo comenzó a correr por España el absurdo bulo de que las gentes de Madagascar eran todas altas y rubias y, por asimilación, hubo quien situó al misterioso país en el círculo polar ártico, en algún lugar indeterminado entre Noruega e Islandia.

Sería prolijo detallar aquí las vicisitudes que condujeron al flamante Abraham, desde Madrid, a los recónditos territorios del norte, pero parece ser que algo tuvo que ver el que, durante la guerra el entonces Ibrahim, estuviera destacado en uno de aquellos frentes. Resumiendo: de grado o por fuerza se convirtió al cristianismo, se ignora si falsa o sinceramente, y comenzó a frecuentar las iglesias mostrando una devoción, incluso en aquellos tiempos, inusual. Y tras vueltas y revueltas acabó por arribar, ya casado con una española y con el hijo de ambos, Bruno, por Santa Gertrudis donde sentó sus reales y estableció plaza de zapatero remendón.

El cómo acabó trascendiendo su verdadero origen pertenece aún a la órbita del misterio; aunque hay quien aventuró que la cosa fue descubierta cuando hubo de presentar, para aspirar a la casa, la partida de nacimiento. El caso es que, por las causas que fueran, acabó por conocerse que el nórdico de Madagascar era en realidad un moro de Xauen.

Pero volvamos junto a Bruno que se hallaba, recordemos, en un peligroso trance cuando quiso la casualidad que pasase Nick por allí.

—¡Eh, vosotros! Ya estáis dejando al chaval en paz —conminó a sus ex correligionarios.

—¡Anda tú!, mira este ahora por donde nos sale —dijo uno de la jauría.

—Pues igual si no te vas acabas recibiendo tú también —dijo otro.

—¿Qué pasa, qué se te marchó la niña repipi y ahora vienes a jodernos? Lárgate aguafiestas, no queremos nada contigo —añadió un tercero.

Esto último fue lo peor que se le podía haber ocurrido a aquel mequetrefillo. Nick se abalanzó sobre él sin dar tiempo a que el otro reaccionara y, con la saña de una fiera, comenzó a propinarle golpes a una velocidad tal que nadie fue capaz de contarlos; juntos cayeron al charco y tras un par de revolcones Nick quedó encima y continuó con el inclemente castigo. Tal fue así que los consortes del vapuleado huyeron despavoridos sin esperar el resultado del lance ni interesarse por la suerte de su compañero.

Mal habría acabado la cosa de no ser por un par de adultos que intervinieron, no sin gran trabajo, para arrancar a la víctima de las fauces de la fiera.

Pudo huir malparado el zascandil y los mayores la habrían emprendido con Nick si el todavía atolondrado Bruno, ex víctima propiciatoria, no hubiese aclarado el malentendido: “esos brutos querían tirarme al charco y este lo impidió”.

Quedaron aquellos bastante asombrados, pues la fama de Nick le precedía de largo, y el asunto concluyó definitiva y felizmente cuando la madre del morito, alarmada por el griterío, hizo acto de presencia y explicados los pormenores resolvió que el paladín defensor de su retoño pasaría antes por su casa a adecentarse como era debido.

—Faltaría más hijo mío, a tu casa no te vas de esta facha, que lo que has hecho, dígase lo que se diga, es de muy bien nacidos.

Quedó establecido que en adelante —en realidad quien lo estableció fue el propio Nick— Bruno sería escoltado por el tunante que convirtióse en su sombra.

Como el maestro a su pupilo le instruyó debidamente e hízole participe de sus conocimientos y más ocultos saberes. Fue así como, de cuando en cuando, incursionaban a través de la gatera en el paraíso perdido de Villa Clotilde, cerrada y abandonada a la espera de comprador, y vagaban a sus anchas por la alameda y el cenador del bosquecillo mientras Nick refería al otro los pormenores de sus escarceos amorosos con Vitorina, omitiendo, por supuesto, lo acontecido el infausto miércoles de ceniza, pero a cambio enriqueciendo en mucho, con algún detalle añadido de su cuenta, las erotizantes fabulaciones. Para concluir sentenciaba que si El Argentino y su hija se habían ido, era porque la niña se había encaprichado de él hasta tal punto que sometió a su padre a una dura disyuntiva: o se casaba con Nick o se fugaba con él. El anonadado Bruno durante esos relatos, siempre prolijos en detalles reales o inventados, entraba en una calentura permanente y de ese modo un día, en la caseta de aperos, cuando se quisieron dar cuenta había adoptado el rol de Vitorina y Nick el del zángano de Guadarrama. No recibió mal la propuesta el rubito y demostró haber asimilado debidamente todo lo aprendido y como alumno aplicado remató por su cuenta todo cuanto había escuchado. Aquello no tenía nada de particular, lo que le pasaba a Bruno era que empezaban a aflorar sus inclinaciones sexuales.

Iniciose así una tormentosa relación, pues Bruno, que en la intimidad más estrecha, como todos los timoratos y apocados, demostraba fogosidad a raudales, educado en la más severa moral religiosa cuando bajaba la marea pasional padecía de profundos remordimientos y entonces entraba en una escalada mortificante infligiéndose toda clase de vejaciones. Durante temporadas no salía de casa si no era para acudir a la iglesia, pero como no se atrevía a

confesar lo que para él era el más nefando de los sacrilegios, indigno a todas luces de perdón, permanecía horas arrodillado ante el Cristo con garbanzos bajo las rodillas para que la penitencia fuera más rigurosa. Pero en ocasiones la semidesnudez del *eccehomo* le provocaba pensamientos lúbricos y entonces, abrumado, se levantaba y corría hasta la imagen de la Santa a pedir perdón de nuevo por la doble ofensa, y se prometía a sí mismo, y a la Santa, que no fijaría a partir de entonces sus ojos más que en las chicas; y de nuevo acudían a él imágenes pecaminosas procedentes de las confidencias de Nick, y se descubría imaginando a la sor alemana con la cara de Vitorina y en poses sugerentes. Y para alejar de sí tan obscenas ensoñaciones solía, en el colmo de un sadomasoquismo patológico, concluir la purga de sus pecados quemándose las plantas de los pies en la llama de los cirios que antes remojaba en la pila de agua bendita. Hasta que extenuado por tan atroz contrición se sentía, al fin, en paz y su alma reconfortada, y entonces por una temporada, creyendo la cuenta anticipadamente saldada, se entregaba de nuevo con Nick a la más desenfrenada de las lujurias. Y así hasta que consideraba acabado el crédito y vuelta a las andadas.

Era de esperar que tal montaña rusa emocional acabara por socavar seriamente la salud mental de Bruno y una noche fue descubierto por su madre en la cama con las venas abiertas, afortunadamente a tiempo. No se sabe de dónde los apenados padres aunaron recursos para enviar a su hijo a una casa de reposo, que era como se llamaba entonces a los manicomios de pago. Ocurriendo esto el 1 de Agosto de 1966, el mismo día en que Franco ordeno el cierre de la frontera con Gibraltar a todo el tráfico rodado.

De la casa de reposo salió Bruno, pasados unos meses, para ingresar en un seminario que después abandonó para marchar voluntario a la mili.

Luego se supo que el muchacho había hecho carrera: abandonó el ejército con el grado de cabo primero e ingresó en la Policía Armada. Durante los convulsos tiempos de nuestra transición política anduvo dando, dicen que con mucha saña, palos con las Compañías Antidisturbios. Después se hizo escolta de un político con quien, se rumoreo, también mantuvo amoríos. Y unos años más tarde, tras la muerte de sus progenitores y caer en una nueva depresión, se fue al Xauen de su padre, ocupó la casa familiar en trance de ruina, se convirtió al Islam, renegó de su nacionalidad española y se afilió al Istiqlal[20], cerrando de ese modo el círculo que iniciara Ibrahim en los lejanos años de la Guerra Civil Española. Desde entonces anda por allá maldiciendo y echando pestes contra todo lo que tenga que ver con España. Pero esta es otra historia, que a nada nos conduce y además ya no interesa.

Muy por el contrario, Nick no tenía remordimiento de clase alguna. Tal vez para definirle, aparte de la sociopatía que apuntaba, hoy se diría de él que era bisexual pero entonces se decía que le iba lo mismo el pelo que la pluma.

Poco después del intento de suicidio de Bruno y su posterior ingreso en la institución psiquiátrica, Nick entró a trabajar de aprendiz en un garaje, dado el escaso rendimiento académico, por decisión de su madre, “mira guapo ya es hora de que te ganes las lentejas”, que era quien tomaba las decisiones, toda vez que su padre, Saturno, no aparecía por casa más que para que Manolita le lavara, remendara y planchara la ropa —cosa que por otra parte esta hacía con gusto con tal de librarse de su presencia— desde que se había echado una amiga entre las hetairas de *Las Cacitas*: una doble viuda sifilítica. Sifilítica porque fue quien portaba la cepa *Treponema pallidum* que vía Saturno infectó a Manolita. Y doblemente viuda tras la muerte de su segundo marido, un comisario de la Brigada Político Social que fue coautor de las torturas que a la postre, varias semanas después y por eso no figuró como fallecido en los incidentes, condujeron a la muerte del primer marido de *La Juana*, como después fue conocida en el argot del puterío, un huelguista de los disturbios de 1962.

El comisario, que tenía la debilidad de acudir de incógnito a los funerales de sus víctimas, quizás por ver si de paso fichaba a algún otro rojo peligroso, quedó prendado de los encantos de la viuda, “es una pena que ese culo y esas tetas se queden para vestir santos”, y con engaños y subterfugios, sin dar a conocer su identidad, la cortejó y al cabo, desamparada, terminó seduciéndola con regalos y zalemas y promesas de prosperidad futura hasta que se la llevó, en segundas nupcias, al altar.

Como era de esperar, tras la boda bajó la guardia el policía y Juanita, como era conocida antes de ingresar en la cofradía del puterío, al conocer quién era su reciente marido quiso abandonar el hogar. Pero la mujer de un policía no era nada si no era mujer de policía y podía afrontar serias responsabilidades e incluso acabar en la cárcel, como le sucedió por supuesto, y falso, adulterio, hasta que *el propietario* se dignó sacarla de entre rejas. Entró en una vorágine autodestructiva, se dio al alcohol y las drogas —morfina, de la que previamente

era adicto el comisario— y acabó por frecuentar las casas de citas, valga la redundancia, de *Las Cacitas*, vendiendo su cuerpo por nada, pues según propias palabras era puta no por necesidad, ni siquiera por vocación, sino por venganza.

Cada dos por tres el policía, como represalia, organizaba una redada y La Juana acababa en el calabozo y no se privaba de contar a todo quisqui que era la mujer del comisario Manzano, ofreciéndose incluso a los números que hacían la guardia, "ven aquí guapo que te la va a chupar la mujer del comisario", con lo que las acciones de este se volvían contra él mismo, que acabó por pegarse un tiro. Las autoridades dijeron que había sido un accidente; porque los policías del régimen, y menos si eran de *La Social*, no se suicidaban nunca, ni aunque la mujer fuera una puta sarnosa y sifilítica y él un hijoputa degenerado. La Juana, tras enviudar por segunda vez se entregó, si cabe, con mayor tesón al oficio, "para ciscarme en su memoria", decía. De ese modo acabó, ya en los últimos estadios del deterioro físico y mental, medio amancebada con el padre de Nick.

## 15.

Alguien, puede que el dueño, le adjudicó a Nick el puesto junto a un oficial: un tipo malencarado, alrededor de los treinta años, un poco contrahecho; lo que tenía de feo lo tenía también de bruto; sin ser demasiado alto era corpulento y se le adivinaban unos bíceps de gorila, lo que junto a las arqueadas piernas le darían una apariencia simiesca de no ser por la mirada, bizca, que denotaba mucha menor inteligencia que la supuesta a cualquier macaco. Aparte de ser un animal con ropa hacía gala de un humor perruno, puede que por ser consciente de su mala facha o por ser de natural perverso. Se encargaba de reparar los motores y cajas de cambios en el taller; cometido este del que se jactaba con desmedido e inmerecido orgullo, como quien se jacta de ser ingeniero aeronáutico. Los otros componentes de la plantilla se reían de él desde que descubrieron, entre sus cosas, unas tarjetas que el majadero se había hecho imprimir con la leyenda: *Segismundo Mala Saña. Maestro Mecánico.* El primer apellido del fulano era en realidad *Malasaña*, pero, como era un ignorante, cuando el impresor le pidió que apuntara su nombre lo escribió como rezaba en la tarjeta, de modo que parecían dos apellidos; aunque entre sus compañeros se aseguraba que su verdadera pretensión era omitir su segundo, *Rabocorto*, por vergüenza, según decían merecida.

Por lo demás el nombre, verdadero o impostado, hacía justicia a su carácter; era un mal bicho que mortificó a Nick cuanto pudo.

En aquellos años, sin querer decir con esto que fuera lo más corriente pero sí en exceso frecuente, un aprendiz de corta edad, que eran todos, sobremanera en aquellos talleres chamizo propios del tercer mundo, era un don nadie, más que operario en fase de aprendizaje, un medio esclavo, por 100 pesetas a la semana, con obligación de hacer todo lo que su *amo*, que solía ser el oficial a cargo, le ordenara. Y aquellos malos tratos solían sustanciarse demasiadas veces en agresiones físicas. Así se vio Nick haciendo de criado para todo de Rabocorto.

—A ver chaval, vete a echarme la quiniela.

Y cuando no:

—Vete a buscarme un bocadillo de tortilla de chorizo.

Y al regresar del encargo, según estuviera de humor Rabocorto:

—¡Idiota! ¿No ves que la tortilla está poco hecha? —y, ¡zas!, pescozón —ahora mismo te vuelves a que te la hagan más.

Y durante el duro invierno, cuando los charcos se hacían cristales de hielo y en aquel chamizo inmundo penetraban el viento y la lluvia por los agujeros de las decimonónicas uralitas, Rabocorto le hacía lavar las piezas de los motores, que iba desmontando, con gasolina, “porque quedan mejor”, cuando se podía hacer con gasóleo que era mucho menos frío, y a Nick se le inflamaban las manos de sabañones. Y no bien acabado:

—Me vas lavando el coche —un 600 de quinta mano que el indecente cuidaba como a la niña de sus ojos —y que no quede ni una mota de polvo.

## 16.

Al cabo, Desirée acabó por echarse un novio; un pobre diablo cinco años mayor que ella y eterno opositor. Pertenecía a una de aquellas familias, muy comunes entonces, que a pesar de no tener dónde caerse muertos hacían gala de unas ínfulas propias de una familia burguesa con más posibles. Y todo porque el padre, don Mariano, era mutilado de guerra.

Cuando nuestra contienda civil dio comienzo, Mariano fue llamado por segunda vez a filas. Ya casado y con Celsa embarazada el hombre, de un modo u otro, se arregló para no ser enviado a primera línea y sirvió en intendencia al cargo de una reata de mulas, acarreando pertrechos y municiones de acá para allá por montes y quebradas, entre otros sitios en el frente de Aragón. Y resultaba que una de las mulas, la cabezalera, era por demás terca y tendía, más que a obedecer órdenes, a detener la marcha cuando se le antojaba, lo mismo daba que fuera en medio de una ensalada de tiros; o bien se arrancaba cuando, tras cualquier peñasco, se resguardaban de una balacera a rebuznar y dar coces y se echaba a caminar ella sola; de modo que Mariano, harto de la necedad de la bestia, se lio un día a propinarle una manta de palos, con tan mala suerte que en una de estas la acémila se revolvió y, al vuelo, de una tarascada se llevó en un bocado dos dedos del hombre. Y por ello disfrutaba de un puesto de simple bedel, ujier u ordenanza, que no sé muy bien cómo se les llamaba entonces, en la Organización Sindical.

Su labor consistía en estar a la puerta vestido con un uniforme lleno de entorchados, cordones dorados y otros abalorios que tal parecía un general, almirante o cargo aun superior… qué sé yo… brigadier o comodoro del aire, y de esas trazas recibía a los posibles consultantes. De modo que cuando alguien acudía a recabar asesoramiento relativo a los dudosos derechos laborales, el mariscal preguntaba:

—Qué ramo.

—¿Qué ramo de qué?

—De qué va a ser, metal, construcción, comercio…

—Ah, pues no sé… ¿los mamporreros a qué ramo pertenecen?

—Hum…no sé, digo yo que al agropecuario, suba usted al tercer piso. Y ese era el cometido del padre de José Antonio, nombre que le fue dado en honor del, eternamente ¡Presente![21], fundador de la Falange. El caso era que como Caballero Mutilado del bando vencedor —los del perdedor ni eran caballeros ni nada por muy mutilados que fueren—, aunque ganaba cuatro perras tenía derecho a una vivienda subvencionada y acceso a becas de estudio para su hijo, “las niñas ya se casarán”, y mal que bien el muchacho se licenció en derecho y cumplía ya su cuarto año de pertinaz opositor, aspirante abogado, al organismo sindical en el que trabajaba su padre.

Movía cielo y tierra don Mariano para allanar el camino del niño, pero como había muchos por delante en el escalafón que también pugnaban por sus retoños, y además más mutilados que él, por muchos esfuerzos y resortes que trataba de mover a favor, el puesto de José Antonio no acababa de lograrse. Y así llevaba suspirando por el cargo del vástago largos años, no se sabe bien si por simple orgullo paterno o para que dejaran de tomarle por el pito del sereno cuando su hijo ingresara en la carrera, ya que cualquier vulgar chupatintas o pasante de la delegación estaba por encima suyo y no paraban de mortificarle.

—Vaya a buscarme un café Mariano.

—Lo que usted ordene don Fulano.

—A ver Mariano, ves al estanco a por dos pitos de Bisonte.

—Aquí tiene los cigarrillos, don Baldomero.

—Pero mira que llegas a ser burro, Mariano, te dije Bisonte, no Tres Carabelas.

—Perdone usted don Baldo, pero no quedaba.

—Pues se va a otro estanco. Sí que estábamos apañados si tuviéramos que haber ganado la guerra gracias a ti, anda vuelve a tu puesto… ya te daré las dos pesetas mañana que ahora no tengo suelto.

—Hombre don Baldo es que ya me debe usted cuatro pesetas de la semana pasada.

—¡Ay desagradecido!, con lo que yo intercedo por el puesto de tu chico, cría cuervos cría…

—No se lo tome usted a mal don Baldomero, no se hable más… es que este mes ando muy

justo, como tengo que comprarle la toga al niño.

—¿Toga, qué toga, para qué quiere su hijo una toga?

—Hombre don Baldo, para qué va a ser…

—Ah, ya, claro, claro, qué cabeza la mía.

—Oiga don Baldo, ¿volverá usted a tocar a don Recesvinto para lo del niño?

—Claro Mariano, eso no se duda, mañana sin falta; hala ve, ve, que pueden estar buscándote.

—Muy agradecido don Baldo, muchísimas gracias don Baldo, preséntele mis respetos a su señora… y por las seis pesetas no se preocupe.

La madre, era Dama de la Sección Femenina[22] e impartía clases de Punto de Cruz a las jovencitas que realizaban el Servicio Social[23], y entre todas confeccionaban unas servilletas muy monas con citas piadosas bordadas, tales como: *"Jesús te ama"* u otras más patrióticas: *"¡Franco, Franco, Franco!"*

Mujer y marido eran miembros activos de la Adoración Nocturna.

Cuando doña Celsa se enteró de que su hijo pretendía a Desirée, en cuanto pudo se presentó en los salones de esta, como clienta y de incógnito, a fin de comprobar la alcurnia de la agasajada y si merecía, o no, las atenciones de su hijo abogado en ciernes, Dios mediante merced a las gestiones de su marido y a las velas ofrecidas cada semana a Santa Rita, patrona de los imposibles.

La Visita le valió, además de ciento cincuenta pesetas de la época, un dispendio para una economía de tan escasa magnitud como la suya, el descubrimiento de una atmósfera desconocida y desde luego impensable en los salones de medio pelo que frecuentaba.

Doña Celsa fue recibida, como todas las demás clientas de tan selecto sitio, con una deferencia a la que no estaba acostumbrada. Una muchacha muy peripuesta y pizpireta se encargó de recogerle el abrigo, le ofreció té y pastas y la condujo a una estancia contigua a la peluquería propiamente dicha desde donde podía contemplar a las oficialas, también muy jovencitas, uniformadas con batas blancas, para su gusto muy cortas, evolucionando alrededor de las cabezas de damas de muy alto copete, en una suerte de coreografía que Desireé se encargaba de organizar con muy buen criterio y mejor eficacia.

Le deslumbraban los blancos suelos de linóleo y apabullaba, y se le antojaba cuasi cibernética, la modernísima batería de secadores dotados de pilotitos verdes y rojos; las redondeadas formas plásticas y brillantes de los lavaderos de cabezas; los focos incrustados en los altos techos; las mesitas de cristal sobre las que reposaban, en un aparente pero estudiado desorden, las ya legendarias *Elle* o *Vogue* de texto en francés; los ampulosos sofás del salón donde aguardaba la vez junto a señoras enjoyadas que fumaban, en larguísimas boquillas de nácar, cigarrillos Camel y L&M gentileza de la casa, y que relacionaba con las imágenes de Soraya y Farha Diva[24] que relumbraban en las portadas del *Hola* y el *Diez Minutos,* y todos cuantos oropeles se desplegaban a su alrededor.

Se sintió incomoda y desplazada, fuera de sitio, igual que muchos años atrás, y sus pensamientos volaron hasta el día en que llegaron, en pos de una vacante para su marido, a aquella ciudad desabrida, sucia, en la que cuando no estaba nublado llovía y cuando ni lo uno ni lo otro, amanecía cubierta de una siniestra boina de humos negros y pestilentes, con gentes mal vestidas y hombres mal afeitados: obreros malencarados, si no borrachos, pululando hacia sus trabajos en talleres y obras. Con tan pocas iglesias y aún menos conventos. Tan diferente a Ávila o Burgos, en las que se había criado, con sus cielos límpidos y aire transparente, donde se podía escuchar el tañer contento de las campanas las mañanas de los Domingos de Resurrección y otras festividades importantes. En las que paseaban militares engalanados y gallardos por los bulevares. Echaba en falta el caminar reposado de las parejas de monjas y los frailes y curas ensotanados; el bullicio contenido de los seminaristas y novicias; el trato afectado de que era objeto, como correspondía a una hija de la Benemérita, por parte de los vecinos y tenderos. No como aquí, donde trataba todo el mundo a su marido, ella bien lo sabía, como a un pobre monigote.

Hija de un guardia civil y educada en los usos y costumbres de la carcundia más carpetovetónica, salió de allí sumida en un mar de dudas contradictorias. Desde luego la muchacha, estaba bien a la vista, era de posibles, pues un salón tan postinero en su vida había visto, ni siquiera en las ciudades capitalinas de las que procedía y que ella consideraba el colmo del buen gusto y refinamiento. Pero albergaba serias dudas en lo concerniente a la moralidad de la joven que su hijo cortejaba. Era claro que no había sido educada como correspondería a una muchacha cuya máxima aspiración habría de ser el matrimonio, la

tranquilidad placentera del hogar y el cuidado de los hijos. Bien cierto que ella misma atendía tareas fuera de casa, en la Sección Femenina. ¡Cómo, si no, habrían podido sacar adelante a sus cuatro hijas y afrontar los estudios de José Antonio! Pero en todo caso, ella, solo se había dedicado a sus clases a medida que las hijas se iban haciendo ya mocitas y podían socorrerla en las tareas domésticas, y, además, a tal menester no dedicaba más de tres días, de tres horas, a la semana. Y por supuesto era intolerable que la chica, además de plaza, hubiera sentado también casa y en ella viviera sola. ¡Santo Dios! ¿Es que no tiene padres? A saber las cosas que harán mi hijo y ella cuando están a solas. ¡A solas! Y quién me asegura a mí que esa descarada no tuvo antes otros novios. ¡Válgame Dios, no quiero ni pensarlo! Y con ellos, en su casa y en su alcoba, hizo cuanto le vino en gana. Que mi hijo estudia muy bien y tiene mejor corazón, pero el pobre de estas cosas no sabe nada de nada, ni se entera si la lagarta esta ha sido ya mancillada.

Doña Celsa se preocupaba por nada ya que el niño, cuando no estudiaba, era arrastrado por ella misma a las sesiones de la Adoración Nocturna, o si no a los ejercicios espirituales, que frecuentaba con exagerada asiduidad, en una de las pocas casas de recogimiento: un convento de Capuchinos. Y los domingos, y otras fiestas de guardar, acompañaba al matrimonio a misa de doce, y por las tardes, en casa, se rezaba El Santo Rosario, y debía de acudir puntual cada día, a comer, a las dos, y a la cena, a las nueve y media si no quería que sus padres le montaran una escena; con lo que poco tiempo le quedaba para esparcimientos de naturaleza sexual, ya que Desirée, entre unas y otras cosas, no cerraba el salón hasta casi las nueve de la noche. Y como la casa de José Antonio, quedaba al otro extremo de la ciudad y tampoco le sobraban perras para el tranvía, pues había de ir andando a recogerse y si tenía, con mucha suerte, cinco minutos libres, ambos podían darse con un canto en los dientes.

Lo cierto era que nadie se explicaba, ni siquiera ella misma, por qué se echó aquel novio y, la verdad, tampoco demostraba estar demasiado interesada en él.

En realidad, Desirée, si quería a José Antonio era para que la acompañara al cine alguna tarde de domingo, entre El Rosario y la hora de la cena, o porque de vez en cuando, el muchacho, se presentaba con un par de rosas, u otra flor de temporada, un poco mustias eso sí, que hurtaba con mucho cuidado en los jardines del Parque Francés que los jardineros municipales cuidaban con gran esmero, pues era el único digno del calificativo *parque* que tenía la ciudad y por lo tanto, de ser sorprendido, se arriesgaba a la iras de aquellos o a ser multado con quince pesetas por un municipal; y ello le hacía gracia y enternecía a la muchacha. Pero para lo que de verdad lo quería, en las raras ocasiones en que el mozo encontraba la manera de sustraerse al control paterno, era para pasearse en el Dauphine por la ciudad, las dos ventanillas abiertas, gafas de sol y pañuelo al viento, José Antonio de acompañante para que todo el mundo viera que la que manejaba era ella, algo muy poco corriente en aquellos años donde si ya eran escasos los coches, más lo eran mujeres conduciendo, y el varón no era más que un simple objeto de transporte que debía acomodarse al rumbo por ella fijado, y que allí, en el coche como en otras muchas cosas, era ella quien mandaba. Y además quedaba la mar de chic.

# 17.

Al salir del trabajo, Nick nunca tenía prisa por regresar a Santa Gertrudis. Desde la marcha de Bruno allí no le quedaban amigos, de modo que acostumbraba a demorar el regreso a casa hasta bien tarde, deambulando por el centro urbano, rumiando para sí sus desgracias, un poco a tontas y a locas mirando escaparates. Le atraían especialmente las tiendas de electrodomésticos, donde pasaba las horas bobas admirando la nívea factura de los frigoríficos y las máquinas automáticas de lavar, que se le antojaban artilugios tan insólitos e inaccesibles como si provinieran, a través de un misterioso túnel del tiempo, de un futuro lejano. Como el anochecer en que se refugiaba, al abrigo del entrante de uno de estos escaparates, de un súbito chaparrón y le llamó la atención un fulgor apegado a una fachada próxima; era el ostentoso cartel luminoso de *Desirée Coiffure.*

Así halló la dirección, ya olvidada, que le refiriera Desirée. Dirigió sus pasos hacia el portal, donde una placa junto al panel de los timbres indicaba el piso de la peluquería: *Desirée Coiffure 1º*. Picó, subió las escaleras y halló a Desirée en el descansillo junto a la puerta abierta esperando a ver quién era.

—¡Caray, Nick! Buenos ojos te vean. Por fin te has decidido a visitarme. Sí que te vendes caro chico, no se te ve el pelo. Pasa, pasa.

Aquella jornada 14 de diciembre era medio festiva. Por orden gubernativa las empresas estaban obligadas a dar medio día de asueto, mañana o tarde, a fin de que sus empleados pudieran votar en el referéndum[25] que se celebraba en el país, y aunque Nick al ser menor de edad no se beneficiaba del permiso, como el taller cerró esa tarde del mismo modo disfrutó del descanso. La peluquería estaba vacía, y José Antonio tenía esa noche sesión en la Adoración Nocturna para rogar junto con sus padres por el feliz resultado de la consulta.

A la luz del interior observó Desirée que el muchacho se hallaba empapado.

—¡Huy!, pero si vienes pingando. Vas a coger una pulmonía. Tendrás que quitarte esa ropa.

—No… no, si ya me iba a casa, pero vi tu cartel y…

—¡Cómo que no, chico!, no puedes irte así, ven.

Y sin atender a las protestas procedió a desnudarlo, pero ante las reticencias de Nick, Desirée esbozó una sonrisa.

—Ten, anda —le puso en las manos una bata suya de andar por casa y le indicó la puerta del baño —ya veo que estás hecho un hombretón. Cámbiate ahí que te pongo la ropa a secar en el radiador.

Atendía anonadado a cuanto veía a su alrededor. El cuarto de baño era tan grande como la mitad de su casa; en la enorme bañera cabrían él y Bruno, a lo largo y ancho; el lavabo enorme, sobre su peana, adosado a una pared que era toda un espejo en el que se reflejaba entero el cuarto de baño; los armarios, en los que curioseó, estaban llenos de cosas que él no sabía para qué servían; el inodoro extremadamente limpio —lejos de la mugrienta taza de su casa en la que tenían que verter un caldero de agua cada vez que hacían uso porque seguían careciendo de agua corriente, y donde siempre olía a pis—, con la cisterna baja, sin la ridícula cadenita del váter de las casas de Santa Gertrudis e incluso de la propia casa de los padres de Desirée; y el otro chisme parecido al inodoro del que no tenía idea de para qué podía servir; el papel higiénico de suave tacto, no como el de periódico, de color rosa como todo: la loza, los azulejos hasta el techo… Solo, a través de una puerta entreabierta, en la casa de Vitorina había vislumbrado algo parecido a ese nivel de desahogado confort.

Nick se despachaba una tortilla francesa con azúcar, como a él le gustaba, que Desirée, recordándolo, le había preparado, mientras lo miraba embelesada acodada en el otro extremo de la mesa de la cocina.

Hay que ver, pensaba la peluquerita, el criajo este lo que ha medrado, si ya es casi un hombre, fijándose en la barba incipiente, que él cultivaba afeitándose; el pelo color ala de cuervo, el rizo rebelde de la frente y los insolentes ojos negros. Recordaba las veces que lo había sostenido en brazos, y se le escapaba una sonrisa evocando cómo alguna vez le había pillado en falta atisbándole las tetas o las nalgas. Y se fijaba en las piernas atléticas, ya con abundante vello, que asomaban bajo la bata rosa. Está alto y potente, se decía.

—¿Cuántos años tienes ya?

—Catorce.

—Pues aparentas más, tranquilamente dieciséis.

Tenía razón; el trabajo duro al que estaba sometido y la carga genética de quien había sobrevivido a unas condiciones extremas sin más aditamento que su propia naturaleza rocosa, estaba labrando la constitución física de Nick; su musculatura evidente y el ultimo estirón en la talla, unido a una manera de ser un tanto reconcentrada y algo adusta, le hacían parecer mayor.

Acabó de dar cuenta del tentempié y manifestó su intención de marcharse.

—Tchit, tchit —chasqueó ella —no puedes irte con las ropas mojadas.

Nick se encogió de hombros.

—Te vas a dar un baño para quitarte el frío de los huesos, después, cuando se acabe de secar la ropa, te acercaré en coche a tu casa.

Era la primera vez en su vida que Nick se daba un baño en una bañera, y pensaba que aquello debía de ser lo más aproximado al cielo. La misma Desirée la había llenado y echado sales al agua espumeante y caliente. Tal era el grado de bienestar que experimentaba que tras juguetear un rato con el agua hasta la barbilla, se quedó adormecido bajo la blanca sabana de espuma perfumada.

Le despertó el frío; quitó el tapón, dejó vaciarse un poco la bañera, volvió a tapar, abrió de nuevo el grifo de agua caliente y añadió más sales de baño del tarro que Desirée había dejado sobre el borde azulejado.

Se dejó transportar hacia su mundo de fabulaciones: Vitorina le acompañaba en la bañera y se entregaban a los más inverosímiles y húmedos —lógicamente, puesto que se hallaba en la bañera— juegos; después Bruno tomaba su lugar, pero luego la cara de este se tornaba en la de Desirée, y el cuerpo, un tanto escuálido, se iba transformando en las formas voluptuosas de esta. A medida que se regodeaba en tales alucinaciones experimentó una erección tan urgente que le resultaba casi dolorosa y decidió aliviarse.

Ensimismado como estaba en su propia autosatisfacción no oyó los golpecitos en la puerta, de Desirée que alarmada por su tardanza terminó por abrir.

Asistió con pasmo la peluquera a la ostentación de los repletos atributos de Nick, que, entre aspavientos, chapoteaba en el agua sin saber adónde meterse ante la sorpresiva aparición de Desirée que emitió un gritito, más de admiración que de susto, e inmediatamente no pudo evitar comparar con la esmirriada y acobardada pirulilla que esgrimió José Antonio en el par de ocasiones en que habían intentado algo y que acabaron desastrosamente ante la premura de él, eyaculador precoz, dejándola frustrada y preguntándose si aquello era lo que tanto parecían anhelar algunas. Y después, ante el azoramiento del chico, moderna como era, reaccionó y dijo:

—Perdona, no sabía… no te preocupes… no debes avergonzarte, es normal en chicos de tu edad.

Asistía Nick estupefacto, entre la vergüenza y la conmoción, a estas argumentaciones. El miembro, repentinamente flácido, se le escapó de la mano. Entretanto ella se acercó al borde de la bañera y le acarició la cabeza sin asomo de enfado sino aparentando una cierta melosidad; después, poco a poco, fue trasladando sus caricias al pecho lampiño del chico y prosiguió deslizando la mano, bajo el agua, hacia el vientre.

Desirée se desvistió —mientras él asistía aturdido a la contemplación de un cuerpo de mujer hecha; el poblado sexo, la rotundidad de las caderas y la madurez completa de los senos— y se introdujo en la bañera.

Como Nick había adquirido, de su relación con Bruno, la costumbre, después de penetrar el *Templo* de Desirée un par de veces por el pórtico, quiso hacerlo una tercera por el ábside, pero como esta, a pesar de que se consideraba abierta a toda suerte de innovaciones, no estaba avezada a semejantes practicas aberrantes, se resistió, ambos forcejearon y, en un desgraciado lance, resbaló ella en la bañera y se golpeó la nuca con la grifería, quedando muerta en el mismo instante.

Nadie había visto a Nick entrar, ni tampoco salir huyendo, tal vez porque todo el mundo estaba en sus casas apegado a la radio por ver cómo había transcurrido la jornada, si habría de salir el *SÍ*, como se suponía y que prometía parabienes superlativos, o el improbable *no*, que presagiaba desgracias sin cuento. De modo que la policía, cuando fue descubierto el cuerpo al día siguiente por una oficiala de confianza de Desirée que poseía un juego de llaves, achacó la muerte a un accidente de baño y dio el caso por cerrado.

La muerte de Desirée sumió en el dolor a sus padres y a toda Santa Gertrudis, que acudió,

prácticamente en su totalidad, a la casa de Adela y Faustino donde se hallaba el cadáver de cuerpo presente; pues tras la huida años atrás del incordiante chinche don Timoteo, las aguas habían vuelto a su cauce y la muchacha que era alegre, siempre tenía una sonrisa en la boca para todo el mundo, y buena persona, conservaba el aprecio de su antiguo barrio.

De los Estados Unidos de América vino la tía pudiente y, pese al comprensible duro impacto que le causó el fallecimiento de su protegida y sobrina y comparecer arrasada en lágrimas, todo el mundo pudo comprobar el buen porte y la extrema dignidad que tan ilustre visitante irradiaba, así como el indudable parecido entre ambas; tanto que alguien, no se sabe, desempolvó un viejo rumor, ya casi olvidado, según el cual Desirée no sería hija de quienes pasaban por ser sus padres, incapacitados, bien la una o el otro, para engendrar, sino hija de soltera de la hermana de Faustino, la americana ahora presente, producto de las relaciones ilícitas durante los años de la hambruna con un inspector de abastos, y que para huir del oprobio entregó la niña a aquellos antes de exilarse a Nuevo México.

Su novio, José Antonio, se abrazó al féretro sin que hubiera modo de despegarlo, balbuciendo frases inconexas, llorando a moco tendido, acompañado por su padre don Mariano que, de natural tierno, del mismo modo derramaba algunas lágrimas, y la madre, doña Celsa que, ahora tras la irreparable pérdida, parecía estar ponderando las posibles ventajas y comodidades que le habrían reportado, de no mediar el trágico desenlace, a su retoño un matrimonio con Desirée; sobre todo a la vista de las fincas de los padres de esta, y el aroma a señorona, “y de las ricas”, se dijo, que desprendía la tía de América, de la que la finada habría sido única heredera. Y tuvo que ser la tía la que, sobreponiéndose al dolor e imponiendo su autoridad, se dirigió al apenado novio en un español, por tantos años pasados fuera de la patria, un tanto macarrónico, “a ver don usted, haga el favor de comportarse como un hombre y permita que le demos cristiana sepultura y descanso eterno a esta criatura del cielo”. De no ser por ella a pique habría estado de no concluir el sepelio, o concluir con dos, uno vivo y la otra muerta.

Nick asistió a las honras fúnebres y, según estuvieron de acuerdo todos, después de los padres, el novio y la tía de Desirée, pareció el más conturbado de los presentes, “es que la muchacha y el pilluelo este, parece mentira, estaban muy unidos”, aseveraron.

# 18.

El mal trato y las agresiones de Rabocorto, lejos de aminorar con el trato, iban en aumento. Y como Nick se hallaba por su parte también un tanto irascible, debido a los dramáticos y luctuosos acontecimientos más atrás citados, una mala tarde le contestó al falso maestro mecánico de malos modos, aunque no tan malos si tenemos en cuenta que se lo tenía merecido por el trato vejatorio que tenía por costumbre someter al chico, y el malnacido la emprendió a golpes con él, infligiéndole un brutal castigo, mientras sus compañeros, no menos canallas, asistían al espectáculo entre risas y chanzas sin apiadarse ni intervenir a favor del muchacho. Tuvo que ser un cliente, un señor mayor y atildado, que en ese momento entraba en el taller al volante de un Mercedes negro —una rareza entonces, en que solo los muy pudientes podían importar ese automóvil— quien a la vista del denigrante espectáculo intervino llamando al orden al bellaco y exigiendo ver al dueño a fin de urgir explicaciones; si bien este, como casi siempre, al no hallarse en el garaje se libró de las reconvenciones.

Probablemente la intervención del gallardo cliente libró a Nick de un mayor quebranto. Con todo, salió de aquel episodio mal parado, con la cara como un pan, los ojos tumefactos y la nariz manando sangre.

Mientras otro operario le cambiaba una rueda pinchada, se ofreció el caballero a acompañar a Nick a la Casa de Socorro a fin de que le fueran restañadas las heridas, cosa a la que se negó el chico con rotundidad inamovible; solo accedió a que lo acercara a Santa Gertrudis.

Nadie contaba con que Nick apareciese al día siguiente por el taller. Pero a las nueve menos diez esperaba a la puerta a que el dueño abriera el garaje, quien alertado el día anterior por los otros operarios de lo sucedido dio un respingo al comprobar el estado del chico. Quiso mandarlo a casa, "un par de días de descanso", pero Nick se negó y exigió que tomara medidas en el asunto. Cuando Rabocorto compareció el dueño se limitó a propinarle una leve regañina. Pareciéndole a Nick insuficientes las escasas recriminaciones al caso, amenazó con acudir a *la sindical*, a lo que el dueño respondió con un encogimiento de hombros.

Acudió, pues, el muchacho al citado organismo muy ufano, elucubrando sobre las severas amonestaciones que sin duda le serían administradas al maltratador desde el magno instituto, y que deberían alcanzar, según estimaba él, hasta el despido disciplinario.

Fue recibido a la puerta por un almirante que le pareció el padre de José Antonio, al que tuvo ocasión de atisbar durante el entierro de Desirée, y fue reportado por él al segundo piso, "puerta tres", le dijo. Esperó paciente su turno y entró. Y salió pitando, desde luego con mayor celeridad de la que había entrado. Quien estaba tras la mesa era el contable que, para sacarse un sobresueldo, por las tardes asistía al taller a elaborar facturas y llevar las cuentas por encargo del jefe que, además, era su cuñado.

Regresó Nick al taller y sin mediar palabra se reincorporó a su puesto junto a Rabocorto, ante la sorpresa de este que desorientado por el proceder del chaval, y probablemente algo mosca, durante una temporada bajó el nivel de exigencias. Situación que no duró mucho más allá de un par de semanas, hasta que volvió a hacerle encargos y mandados que iban más lejos de las obligaciones cabalmente asumibles en el horario laboral, teniendo en cuenta que se trataba del coche particular del fulano. Así, en cierta ocasión le ordenó:

—Vas y me pintas los bajos del coche.

—Lo que usted mande Segismundo.

Era esta una tarea en suma desagradable, que consistía en la aplicación de una pintura bituminosa cuyos efluvios y emanaciones producían en la piel enrojecimientos y sarpullidos y afectaba a las vías respiratorias, por lo que la labor debía llevarse a cabo con la debida protección de mascara y la pertinente ventilación forzada. Pero en aquellos tiempos y en aquellos talleres de mala muerte no se estaba al corriente de las medidas de protección de riesgos y salubridad u otros melindres por el estilo. De todos modos Nick se aplicó a la ingrata tarea aparentemente con diligencia y se introdujo en el foso, bajo el Seat 600, provisto con brochas y botes de pintura; y una hoja de sierra, oculta en el mono de trabajo, con la que se aplicó a serrar cuidadosamente, en una zona poco visible, hasta justo un poco antes del punto de rotura, una de las tuberías metálicas del circuito de frenos.

Cada vez que Rabocorto montaba en el coche para volver a su domicilio, una casa solitaria a siete u ocho kilómetros en una carretera comarcal, donde vivía con su mujer a la que seguramente también amargaba la vida, Nick esperaba que fuera la última; pero al día siguiente el oficial hacía acto de presencia.

Estaba determinado a una mayor contundencia y maquinaba hacerse con otra hoja de sierra de mayor calidad, cuando una lluviosa mañana, bien entrado el mes de abril, Rabocorto no acudió al trabajo y como no tenía teléfono en su casa no hubo manera de averiguar qué pasaba. El dueño conjeturaba que se habría puesto enfermo, los compañeros que seguramente se habría emborrachado la noche antes, de modo que solo cabía esperar una llamada. Durante toda esa mañana Nick vivió en un sobresalto; cada vez que sonaba el teléfono se le helaba la sangre en las venas sin que acabara de concretarse lo que esperaba. Cerca de la una de la tarde sonó el teléfono y la mujer comunicó, desde el hospital, que Segismundo estaba ingresado y permanecía grave tras estrellarse, a las nueve menos veinte, camino del trabajo.

Como Rabocorto, a falta de otras virtudes se creía émulo de Graham Hill, piloto de moda en la Formula 1 de aquellos años, tenía por costumbre circular a toda mecha y a la entrada de una curva de la carretera comarcal, cuando quiso pisar el freno, no respondió y el 600 se salió de la calzada, cruzó por el aire un arroyo adyacente y fue a aterrizar, no sobre el tren de aterrizaje sino sobre el techo, encima de la línea férrea por la que se acarreaba el carbón procedente de las minas hasta el puerto.

A la hora de cierre el jefe, acompañado de los compañeros, estos más por el qué dirán que por sentimiento, acudieron a interesarse por la salud del accidentado; Nick no los acompañó ni tampoco nadie lo esperaba.

Media hora después, cuando los otros salieron por la puerta, él, que merodeaba por los alrededores, se introdujo en el hospital casi furtivamente y dio con la habitación. En ella encontró al herido y apegada a su cabecera, en una incómoda butaca, a la señora de Rabocorto: una muchacha de unos veinte años, el pelo arrubiado pero sin brillo, como paja sucia, apocada, de maneras cohibidas; apenas alzaba la mirada que se adivinaba de resignada sumisión. Interrogó al recién llegado con los ojos —unos ojos con una rara particularidad, observó Nick desconcertado, uno de cada color, azul y marrón— como si no se atreviera a preguntar de viva voz o entrometerse en las relaciones concernientes a su marido que, inconsciente, asemejaba una momia, lleno de escayolas y de vendajes literalmente hasta la coronilla con solo una ventana abierta alrededor de ojos, nariz y boca.

Explicó Nick su relación con el paciente.

—Era…es mi maestro— dijo profundamente conmovido.

Atendía la mujer con una mirada que podría haber denotado cierta perplejidad, de no ser por la morosidad que transpiraba, como si dudara de que su marido pudiera ser maestro de alguien en nada.

—Mucho gusto…—apenas musitó, no sin antes buscar con la mirada —aquella inquietante mirada heterocrómica— una señal de aprobación de Rabocorto, cosa perfectamente inútil dado su estado calamitoso.

Interesóse el chaval por el estado del convaleciente, no sin gran esfuerzo auditivo de su parte —la mujer apenas sacaba un hilo de voz— y gran paciencia, pues el casi inaudible relato veíase interrumpido cada vez que Rabocorto, entre las tinieblas de la inconsciencia, emitía algo que pudiera parecerse a un quejido y entonces, tras un sobresalto, acudía la mujer presta a la cabecera, pero notábase bien a las claras que no era la solicitud de quien siente amor por quien está en la cama, sino más bien premura de quien teme, si no es diligente, una posible amenaza.

Comprendió Nick que aquella alma en pena era otra víctima de la alimaña, quien por su parte se había roto la mandíbula, una clavícula, el cráneo, tenía el cerebro lleno de coágulos, hundidas varias costillas y una pierna rota. A decir de los médicos no se explicaban cómo estaba vivo, solo la extrema fortaleza del hombre podría obrar el milagro. De todos modos se lo habían pintado difícil a su cónyuge.

Nick tomó por habito acudir al hospital al salir del trabajo, y también los días de fiesta, cuidando siempre de hallar a la mujer sola con, naturalmente, el doliente; cosa fácil pues después de un par de días ni su jefe ni los compañeros volvieron a hacer acto de presencia.

En una ocasión, al aproximarse a la habitación, vio a una pareja mayor y concluyó que debían de ser los padres debido al asombroso parecido del hombre con Rabocorto —la madre era, si acaso, más fea, por lo que me ahorro describirla— y se ausentó discretamente.

A cada visita se ocupaba en confortar a Isabel, así se llamaba la esposa, con atenciones

corteses prodigándole parabienes que poco a poco fue, hábilmente, trocando en velados piropos. Un día acudía con un par de pasteles, “mujer tienes que comer para que no se te vayan esos hermosos colores” otro subía desde el bar un par de cafés. Siempre se esmeraba en hacerle ver lo agraciada y limpia y buena mujer que era; lo sacrificado de su proceder y, tal vez, lo poco agradecido de su marido.

En esas ocasiones ella le miraba con cara de pasmo, abrumada o, quizá, fascinada ante la audacia, que ella confundió con madurez, del muchachuelo, y en una de estas preguntó:

—¿Qué años tienes?

—Dieciocho —contestó él.

Ella pensó que mentía, “puede que dieciséis”, se dijo.

Él mentía y ella se equivocaba. En agosto cumpliría los quince.

Una noche, cuando ya se despedían, puede que por debilidad o desamparo, ella se sinceró, rompió en llanto y contó una sórdida historia de humillaciones y vejámenes. De cómo el infame que se moría en aquella cama la había camelado siendo muchacha con apenas quince años, toda vez que se encontraba huérfana y sola en el mundo, hija póstuma de resultas de la muerte por tuberculosis de su padre venerado —aunque no lo conociese de nada—, durante la dura posguerra en la cárcel por causas políticas, por lo demás inocente de ninguna culpa. Y poco después de nacer ella, con muy pocos meses, falleció su madre de pena, y un ataque de sarampión tardío, por lo que se hicieron cargo de ella las autoridades que la entregaron en fideicomiso a unas monjitas muy buenas donde se crio felizmente entre las atenciones de las hermanas, los maitines y las vísperas y las caricias cariñosas que le prodigaba el capellán en las nalguitas. Como era muy aplicada, lo mismo en las lecciones de texto que en los rezos, y se sabía de memoria todos los misterios del Rosario, por las tardes le permitían salir a la puerta del convento a jugar al hula-hop y a la comba. Hecho que aprovechó el taimado Segismundo, que la sedujo a base de caramelos y promesas lisonjeras: “te trataré como a una reina”. Hasta que consiguió, si bien con engaños y subterfugios, que se fugara con él. Luego, una vez desflorada, no se atrevió a volver al convento y un mal día se vio casada. Después las ofrendas y juramentos quedaron en el olvido y el depravado la encerró en casa, donde consumió las horas y los días entre gritos, insultos y alguna bofetada, hasta fechas recientes.

Por aquel resquicio del alma de Isabel se introdujo Nick como la cuña del cantero se introduce en la grieta del duro granito. De vez en cuando, como que hablaba para sí mismo: “lastima de vida desperdiciada”. Si ella en alguna ocasión se amohinaba y venía abajo, con gran tacto y circunloquio le hacía ver que ya había cumplido con creces; las pocas posibilidades que tenía su marido de salir del trance; que tal vez fuera lo mejor para todos, “si vive, a saber cómo queda”, y lo joven y prometedora que era, “tienes toda la vida por delante”. Y una vez, enterado de su cumpleaños, se presentó con una rosa, “has de arreglarte un poco, que no se te ve lo guapa que eres”.

Una vez interiorizada la improbable recuperación del marido, la mujer se fue liberando, dejó de tenerle miedo primero, después respeto y al final resolvió que, por la bestia aquella, no era merecedora de tanto sacrificio. Si bien los buenos modales y las normas de urbanidad requerían que, según se esperaba, siguiera acudiendo junto al lecho de su marido. Pero llegado un punto lo hacía como lo hace una enfermera y no como una esposa afligida.

Con el paso del tiempo dejó de pasar en el hospital las noches. De todos modos el personal médico le hacía ver lo innecesario de su presencia nocturna.

Al no tener automóvil se retiraba antes de las diez de la noche, que era cuando pasaba el último coche de línea, siempre escoltada por Nick que la acompañaba hasta la parada y se decían hasta mañana y buenas noches. Y era cuando aprovechaba para dejar caer el muchacho la suerte que tendría él si alcanzara a tener, algún día, una novia como ella.

Hasta que una noche, sin mediar pregunta, se subió al coche de línea y cuando estuvo sentado al lado de Isabel leyó en sus ojos bicolores una mirada de inteligencia.

Así transcurrieron las cosas de plácidamente hasta que una tarde, al llegar a la habitación, se encontró a Isabel hecha un manojo de nervios, temblorosa y de nuevo apegada al lecho de su marido.

No bien vio a Nick, se precipitó junto a él.

—Ha vuelto.

—¿Quién ha vuelto?

—Ha despertado. ¡Dios santo! Me lo comunicó el médico cuando llegué esta mañana —añadió ella retorciéndose las manos en un estado de ansiedad alarmante.

—Pues que bien, ¿no? —dijo Nick tranquilamente, al tiempo que le echaba un vistazo a

Rabocorto; y después —, pues no parece muy despierto.

—Ahora duerme —advirtió Isabel desabridamente, molesta ante la reacción tranquila del muchacho —Claro, ahora tú tan tranquilo… pero yo… si se entera me mata. ¡Qué loca he sido!

Aquella noche, y las siguientes, Isabel no fue a casa; permaneció atada a su marido.

En los días sucesivos Nick, a pesar de todo, siguió acudiendo aunque se quedaba esperando en el pasillo, ante la histeria de Isabel si se le ocurría entrar en la habitación, a que le fuera dando novedades.

—Anoche, aunque con un hilo de voz, me llamó por el nombre… bueno, me dijo: ¿dónde estás raspa? Y después murmuró no sé qué de los frenos— le informó.

Y otro día:

—¡Jesús, Jesús! ¡Qué va a ser de mí! Me ha dicho el doctor que si sigue progresando antes de un mes me lo manda a casa.

Y así durante diez días hasta que, aprovechando una tarde en que Isabel había acudido a un recado o a consultar no sé qué con enfermería, se acercó a la cabecera de la cama y arrimando la cara a la del otro:

—¿Sabes quién soy, Segismundo?

Se movió con cierta inquietud el aludido, y le pareció a Nick escuchar algo parecido a un sí.

—¿Puedes oírme?

Volvió a removerse.

—Tranquilo hombre, no te fatigues. ¿Eso es que sí? Si lo es asiente con los ojos.

Obedeció el enfermo.

—Pues escucha, Rabocorto, estás bien jodido, parece. ¿Te acuerdas de algo, de que te estrellaste?

Asintió de nuevo.

—¿Seguro?

Pestañeó repetidamente el otro, impaciente, casi con furia.

—Pues quiero que sepas que yo te jodí los frenos del puto 600, cabrón, y además que me estoy tirando a tu mujer Isabelita, y me ha dicho que de verdad tienes un rabo de mierda y que en tu asquerosa vida la has hecho gozar como goza conmigo, hijoputa.

Después se marchó, sin esperar la vuelta de Isabel.

Rabocorto murió esa noche, fallo cardiaco dijeron, entrando el 1º de junio de 1967, el mismo día en que un grupo de melenudos, de los que Nick no había oído hablar en su vida, en Londres lanzaban al mercado un disco: *Sgt. Pepper’s Lonely Hearts Club Band*, que al parecer fue la rehostia.

Algunos días después, al salir del trabajo, Nick se encontró a la puerta del taller a Isabel, esperando; en la cara una súplica muda. Él pasó a su lado sin dirigirle siquiera una mirada.

# 19.

Regresó la normalidad al taller, otro operario tomó el puesto de Rabocorto y Nick siguió con su quehacer, si bien con mayor tranquilidad pues el sustituto no era tan mal bicho como el fallecido.

Un par de meses después reapareció el Mercedes negro, una tarde de agosto al final de la jornada. Se interesó el caballero por la suerte de Nick; y el jefe, al percatarse del buen ambiente entre ambos, le encargó que se ocupase de las tareas requeridas por el señor del Mercedes, que consistían en un simple cambio de aceite y sus correspondientes filtros.

Desenvolvióse diligentemente el muchacho en su cometido, ansioso como estaba de demostrar el agradecimiento debido al caballero, ante la mirada atenta de este que no dejó de preguntar cómo le iban las cosas y si el oficial pendenciero seguía haciéndole objeto de sus agresiones; a lo que Nick refirió lo del accidente adoptando un aire grave y afectado.

Como al acabar la labor ya se echaba el cierre, después de darle cinco duros de propina, que era más de lo que Nick ganaba en un día, se ofreció don Aurelio, así se presentó, a llevarle en el coche hasta su casa, a lo que accedió gustosamente; si bien no más abandonar el garaje propuso el caballero parar de camino a tomar un refrigerio, sin que el muchacho opusiera objeción alguna, y así lo hicieron en un bar donde Nick se tomó una Coca-Cola y el señor un brandy, y de allí se fueron a otro y don Aurelio pidió otro brandy y Nick otra Coca-Cola, y de ese a otro más donde acabaron por cenar, mientras el caballero se interesaba por la vida del chico; que cuántos años tienes, “quince el día ocho”, si tenía hermanos, si vivían sus dos padres, que qué tal le iba y si le gustaba el trabajo, que qué aspiraciones tenía; a lo que Nick respondía a unas cosas que sí, a otras que no, y a otras más con evasivas. Muy avanzada la noche y con algún síntoma, aunque no alarmante, de embriaguez por parte del caballero, este lo dejó sano y salvo a la puerta de casa.

Antes de un mes regresó don Aurelio con su Mercedes y Nick se volvió a aplicar en la resolución de lo pertinente, tras lo que volvió a propinarle con las veinticinco pesetas y de nuevo se ofreció a acompañarle, no encontrando motivo alguno Nick para negarse. Y de nuevo pararon en cuanto bar se encontraron por la carretera, y aun en otros para lo que fue necesario desviarse

Y luego otra vez, al par de semanas. Las visitas de don Aurelio terminaron por ser rutina; tal se diría que en vez de un Mercedes tuviera cualquier otro vehículo de menor prestigio y peor resultado, porque siempre hallaba alguna cuita que reparar. Volvió a llevárselo de cena y prosiguió con el interrogatorio acostumbrado, pero centrado esta vez en los asuntos sentimentales del chico.

—Tienes novia.

—¿Yo? Que va…

—Hombre, alguna te gustará.

—…nnno sé.

—¿Te gusta esa? —y señalaba Aurelio hacia la camarerita que les había servido: una muchachita poco mayor que Nick y que aguardaba, modosita, a prudencial distancia por si se requería de sus servicios.

—Pssse…no está mal —respondía moroso Nick.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—El qué.

—¡Anda hombre! ¿Qué va a ser?

—Puede…

Reía las respuestas del chico, don Aurelio, pues al parecer le resultaban graciosas, y mientras tanto iba tomando, una tras otra, copas e insistía en que Nick también probara.

—Una copita de Calisay, es dulce y no hace daño a nadie, si lo toman hasta las mujeres.

Nick declinaba cortés, pero firmemente.

—Prefiero la Coca-Cola.

Y después procedió a glosar, don Aurelio, como hombre de mundo sus extensos conocimientos sobre las particularidades del sexo débil, “a buen seguro todavía un enigma para ti, muchachito”, así como los ardides imprescindibles para camelarlo y ganarse sus favores; sus muchas aventuras amorosas pasadas y aún por venir. A medida que avanzaba el

hombre en el despliegue de sus innatas cualidades de seductor irresistible, iba engrosando el tono, tornando procaz el vocabulario y explicitando la localización anatómica de los pormenores, mientras miraba a Nick por si daba muestras de arreboles. Pero el chico, muy circunspecto, no daba indicios de nada; si acaso, atendía con indudable interés por adquirir tan indispensable ciencia para convertirse en un crápula impenitente como don Aurelio.

De camino a casa de Nick, ya muy tarde, Aurelio detuvo el coche en un apartadero de la carretera. Para tomar el aire, dijo.

—Creo que he bebido de más.

Cosa que Nick no dudó en absoluto. Se limitó a esperar y observar con indisimulada sorna los rodeos que daba el otro, que bajó las ventanillas del Mercedes, después las volvió a subir, se apeó, dio dos o tres vueltas alrededor, orinó, abrió la puerta, hizo ademán de entrar, cambió de idea, la cerró, la volvió a abrir y se subió. Sudaba; se aflojó la corbata y al fin, con un temblor en la voz:

—¿Te haces pajas?

—A veces —respondió con tranquilidad Nick.

—¿Y te gusta?

—Claro.

—¡Ay pilluelo! ¿Te harías una ahora?

—No.

—¡Te daré mil pesetas!

Embarulladamente, con torpeza, sacó la cartera y extrajo un billete que puso ante los ojos de Nick. Este lo tomó, abrió la ventanilla del Mercedes y lo dejó escurrirse hasta que se lo llevó la brisa nocturna y a continuación se llevó la mano a la bragueta.

Si la luz incierta del cuarto menguante hubiera sido de plenilunio, Nick habría podido observar cómo de la comisura de los labios del viejales se descolgaba un hilillo de baba.

El viejo carcamal era un redomado pederasta y se felicitaba; acababa de ganar un pupilo.

Se equivocaba de medio a medio. Nick lo vio venir desde el primer día en que se lo llevó de bares. Naturalmente no tenía ni idea de lo que era la pedofilia, pero estaba más que familiarizado con las relaciones homosexuales y enseguida capto de qué pata cojeaba Aurelio. Por lo que a él concernía la diferencia de edad no tenía nada de particular; él mismo había mantenido relaciones con más de una mujer hecha y derecha, la única limitación que concebía a ese respecto eran las propiamente relativas a la atracción física. El abuelete don Aurelio, del que por lo demás no tendría inconveniente alguno en ser su nieto, le resultaba, para esos otros ejercicios, francamente repulsivo. Pero eso era algo orillable en atención a otros intereses.

# 20.

Aurelio Sánchez Arrate, nacido en 1903 en Torrelavega, provincia de Santander, nunca en su vida había dado un palo al agua y se hallaba en París estudiando Bellas Artes, o eso decía, cuando estalló la Guerra Civil Española. Estudios que, a pesar de que ya sumaba treinta y tres años, sufragaba su padre, Anselmo Sánchez —que confundía la holgazanería del hijo con el amor al arte—, un industrial metalúrgico y viudo que sin ser escandalosamente rico gozaba de una posición económica que se podría calificar como mucho más que sólida y, pese a ello, convencidamente republicano. Porque era de la convicción de que los males de España devenían fundamentalmente de tres fuentes: la monarquía, los militares y el clero. Provenía esta fobia desde que fuera en sus años mozos —cuando todavía no era rico ni nada, ni, claro, disponía de las dos mil pesetas que costaba librarse del servicio— alistado por la fuerza y embarcado, también a la fuerza, a pelear por el rey en la guerra de Cuba, según le decían los militares mientras los sacerdotes castrenses despedían el barco a golpe de hisopo. Sin que nada de esto significara que fuera socialista, comunista, ni mucho menos anarquista a los que detestaba por encima de todos, sino más bien simpatizante del Partido Republicano Radical de don Alejandro Lerroux[26], del que admiraba su anticlericalismo y antimilitarismo de los primeros años. Admiración que se vio un tanto defraudada cuando el político cordobés pactó con "esos meapilas —en propias palabras de don Anselmo— de la CEDA de Gil Robles" para llegar al gobierno. Pero renovada cuando el mismo político, siendo Presidente del Consejo de Ministros, ordenó sofocar a sangre y fuego la revolución de octubre de 1934 en la vecina Asturias. Que una cosa era ser republicano y otra permitir que la chusma obrera se apoderara de su empresa. Con todo, cuando el pronunciamiento militar del 18 de julio de 1936 —aunque probablemente tuviese algo que ver el hecho de que él y su negocio se hallasen en la zona republicana—, se mantuvo fiel a la República; a pesar de que su admirado Lerroux, después de contribuir todo lo que pudo a animar el incendio, en cuanto se pusieron las cosas calientes echó pies en polvorosa y se fue, a esperar mejores tiempos, al vecino Portugal.

Cuando los comités de obreros amenazaron con intervenir la fábrica, don Anselmo movió Roma con Santiago, declaró su lealtad republicana, izó la bandera tricolor y, para despejar dudas, invirtió una buena suma en Bonos de la República y evitó que la fábrica fuera ocupada por los de la FAI que, en justa reciprocidad dada su animadversión hacia los anarquistas, le tenían bastantes ganas.

A medida que pintaban bastos, el norte quedó aislado del resto republicano, la fábrica destruida e incendiada por los bombardeos, y la caída de un caza de la correspondiente batalla aérea, se vio don Anselmo atrapado en una ratonera y en agosto de 1937, con un centenar de sellos en la cartera que valían una fortuna —el oro pesaba mucho y era voluminoso y los billetes de curso legal de la República Española empezaban a gozar de gran aprecio entre los usuarios de los retretes— se embarcó en un mercante repleto de refugiados rumbo a Francia. Mercante que fue atacado sorpresivamente en medio de la noche por un navío franquista, probablemente *El Chulo*, que barrió la cubierta atestada del fugitivo con sus ametralladoras antiaéreas. El carguero logró huir internándose en un súbito banco de niebla pero en el ataque murieron varias decenas de personas, se produjeron muchos heridos y algún desaparecido. Entre los últimos se encontraba don Anselmo, el empresario republicano y padre de Aurelio.

La noticia de la muerte de su padre dejó a Aurelio desolado, lógicamente por la pérdida de su progenitor, pero también porque con él se acabaron los envíos de dinero; encontrándose de repente con que no contaba con más que 10.000 francos, depositados en una oficina del Credít Lyonnais. Suma que, con ser respetable, no alcanzaba para cubrir por mucho tiempo su vida de disipación y juergas por el *quartier* de Pigalle acompañado casi siempre de púberes que solía reclutar entre los golfillos que merodeaban los muelles del Sena. Razón esta última por la que, entre sus compañeros de correrías, era conocido como Hamelín; puede que por alusión al flautista del cuento que, tras llevarse a las ratas, arrastró consigo a los niños de la ciudad alemana cuando sus moradores se negaron a pagarle, o porque, según sugerían otros, obedecía a la corrupción del nombre Aurelin —como le llamaba su difunto padre cuando aún no era difunto—, con que acostumbraba a presentarse en los círculos parisinos, dando como resultado que los franceses pronunciasen algo así como: *Oguelín*; y como él siempre se

empeñaba en tratar de corregirles silabeando: "*au, re, lin*", ante la dificultad de tan enrevesado nombre al cabo del tiempo acabaron por referirse a él como Amelín, con lo que luego un avispado, seguramente alguna noche de hierba y absenta, ante la afición de Amelin por la tropa menuda le antepuso la *H* inicial, y en lengua gabacha sonaba: *Jamelín.*

Ante la desgracia sobrevenida, y la escasez monetaria, Aurelio —entre nosotros para que nos entendamos— terminó por desarrollar un odio cerval a los *nacionales*, los asesinos de su padre. Y como de sus asiduidades por los cafés de Montmartre llegó a tomar contacto con los ambientes frecuentados por intelectuales españoles procedentes del exilio republicano, que empezaban a llegar, terminó por arreglarse para introducirse en su círculo, e inmediatamente se puso a conspirar contra el bando *Nacional.* Conspiración esta suya de escasa consistencia y magros resultados, pues Franco acabó por ganar la guerra, y de la que de todos modos fue expulsado cuando los otros descubrieron que, además de sus escabrosas aficiones, no era otra cosa que un farsante.

Dadas las dificultades económicas Aurelio pasó, de pagar, a cobrar por los servicios sexuales, aunque para ello hubiera de mudar sus preferencias hacia partenaires más maduros, ya que los jovencitos solían andar escasos de peculio. Industria que acabó por reportarle pingües beneficios, sobre todo cuando París fue ocupado por el ejército alemán y sus valerosos guerreros, pues como era bien parecido llegó a gozar de gran predicamento entre algunos de los muy gallardos oficiales de las *SS*, cuerpo que eligió, entre los muy diversos del aparato militar tudesco, al quedar deslumbrado por lo bien que les lucían a hombretones tan apuestos aquellos glamurosos uniformes de Hugo Boss. Aunque se suscitan algunas dudas sobre si su indudable éxito obedecía verdaderamente a la calidad de sus servicios —que por otro lado prestaba de mil amores— o a la delación de sus antiguos correligionarios de conspiración, de paso que deslizaba alguna información, para sacarse un dinerito extra, a los agentes del gobierno de Franco desplazados a París a cazar rojos españoles. Cometido este que a punto estuvo de costarle la vida en una ocasión cuando miembros de la resistencia tirotearon el coche en que viajaba en compañía de un aguerrido *SS Obersturmbannführer[27]*. Trance del que salió, más o menos, bien librado merced a sus habilidades carnales, ya que al ir postrado, con el culo en pompa, sobre el asiento trasero practicándole un buen *francés* al bizarro oficial, solo recibió un tiro en las posaderas; los demás, treinta y ocho, fueron a incrustarse repartidos entre la cabeza y el torso del *SS*, el abdomen y piernas del conductor, un *Oberschütze[28]* natural de Hamburgo, y la carrocería del Mercedes Benz 320.

De aquel percance posiblemente devenga un latiguillo que llegó a ser muy popular en los ambientes bohemios del París de postguerra, que consistía en decirle a cualquiera cuando se le quería mandar a hacer gárgaras, "aller à sucer la bite d'un mort", que más o menos vendría a ser algo así: "anda, vete a chupársela a un muerto".

Cuando en el devenir de la guerra las cosas comenzaron a ponerse de perfil para los alemanes, Aurelio, provisto de su reputación de delator, en 1944 cruzó la frontera hacia España, donde fue recibido bien, pero no con el entusiasmo que esperaba merecer. Cosa que comprobó cuando quiso reclamar los bienes de su padre, el republicano Anselmo.

Ocultando que su padre había muerto huyendo hacia Francia, sino sugiriendo que habría sido *paseado* por alguna *checa[29]*, se entrevistó con el gobierno civil y con la autoridad militar competente, y unos y otros le iban dando largas.

—Hombre, Aurelio, es que su padre fue un rojo peligroso— le decía uno.

—Cómo que rojo, de eso nada, mi padre era republicano, sí, pero de derechas.

—¡Ah! ¿Pero es que los republicanos no eran todos rojos?

—Naturalmente que no, don Alejandro Lerroux, por ejemplo, era republicano y, sin embargo, amigo del general Franco.

—¿Lerroux? No me suena de nada. Y déjese de infundios, si le vuelvo a oír decir que el Generalísimo tenía amigos rojos le empapelo.

—¡Oiga, no me amenace! Yo he llevado a cabo grandes servicios, me la he jugado por España y resulté herido en acción… y, además, Lerroux no era rojo…

—O sea, que a lo de ser un bujarrón pervertidor de niños ahora se le dice servicios por la patria. ¡Hay que joderse con el Jamelin este!— concluyó la autoridad civil.

Así que Aurelio acudió a la militar.

—Caray Aurelio, es que su padre de usted colaboró con la República.

—A la fuerza ahorcan— oponía Aurelio.

—Sí, sí, a la fuerza… ¿Y cómo es que no le incautaron la fábrica los rojos?

—Por eso tuvo que fingirse leal… precisamente para que no le quitaran la fábrica.

—Pues mala suerte, don Aurelio, si se la hubieran incautado los piojosos esos ahora nosotros se la devolveríamos a usted, pero... Además, qué quiere que le diga, en el solar de la fábrica ahora tenemos un polvorín, y en la casa de su padre se ha instalado una sede de la Hermandad de Excombatientes.

Total que, en 1946, después de muchas vueltas y gestiones, y apelar a altas instancias, Aurelio, que ya contaba con cuarenta y dos años largos y no tenía oficio alguno, consiguió que le fuera concedida una indemnización en forma de pagarés contra el Estado, que no cubría ni una cuarta parte del valor real de lo incautado, no por la República sino por los militares franquistas, a su padre. Negoció la mitad en un banco, que se quedó con un veinte por ciento, y se fue a Madrid.

Con ese capital emprendió Aurelio el fructífero negocio que le conduciría a reunir una más que respetable fortuna.

# 21.

Tras la Guerra Civil la ya exigua de por sí maquina productora española presentaba un estado calamitoso. La escasa capacidad industrial de la preguerra había sido considerablemente mermada en un país que, recordemos, era eminentemente rural. Asimismo el conflicto había terminado por arruinar, si acaso era posible, las obsoletas infraestructuras agrícolas. La tierra, donde no estaba en manos de latifundistas, se trabajaba con procedimientos inadecuados, producto de la ausencia de un parque de maquinaria y la falta de técnicas modernas, sin más aspiraciones que las propias de una agricultura de subsistencia. La que estaba en manos de grandes propietarios, una clase parasitaria y refractaria a cualquier aventura emprendedora, corría la misma suerte aunque por diferentes motivos: el uso masivo de mano de obra más que barata la hacía rentable sin necesidad de inversiones que aumentasen la producción; cosa esta, se debe reconocer, que también era compleja, pues con medio mundo en guerra los países industrializados empleaban el acero en fabricar tanques o aviones, en lugar de cosechadoras o tractores agrícolas, y con los nitratos, en vez de abonos, dinamita. Si a esto sumamos que la mayor parte de la superficie cultivable era de secano, sujeta a los caprichos de la naturaleza que tan pronto nos asediaba con una pertinaz sequía, como nos enviaba lluvias a destiempo o en demasía, o pedriscos tempranos cuando no heladas tardías, la producción alimentaria se hallaba encerrada en un círculo vicioso. Además, el nuevo régimen tenía que pagar los pertrechos recibidos de Alemania e Italia que a su vez afrontaban una guerra. Como al mismo tiempo se hacía perentorio obtener un remanente de las necesarias e inexistentes divisas, incapacitados para manufacturar otra cosa que botijos —eso sí, muy monos, sobre todo los de Talavera— u otros derivados tecnológicos de la muy pujante alfarería nacional, como platos, almireces o ensaladeras —gozaban de mucho aprecio los de Manises— y resultando que tales artículos les eran bastante inútiles a las tropas del Reich en los gélidos campos de batalla rusos, no nos quedaba más remedio que exportar materias primas y productos agrícolas.

Acabada la Guerra Mundial las cosas no mejoraron mucho; el país seguía en ruinas, continuaba sin divisas y, además, para acabar de arreglarlo se le vino encima un embargo promovido por las democracias vencedoras; las mismas que no habían movido una paja en favor de la democracia española mientras Hitler y Mussolini llenaban a rebosar los arsenales de Franco. El resultado no podía ser más que el que fue.

Ante la escasez de productos de primera necesidad se hizo necesario establecer un sistema de racionamiento, fijando a la vez precios tasados y se puso, o se pretendió, la producción de aquellos bajo la vigilancia de las Comisarías de Abastecimiento. Ejércitos de inspectores establecieron controles en las entradas de fábricas y almacenes y en fielatos en las carreteras, pero, por un lado propietarios pudientes y por el otro almacenistas y transformadores, a todos los compraron. A la vez los pequeños agricultores se hacían difíciles de controlar, pues los acarreos de su producción solían ser fragmentarios, espaciarse en el tiempo y venderse al menudeo, con lo que también distraían todo lo que podían. De este modo lo establecido en las Cartillas de Racionamiento no siempre, en realidad casi nunca, llegaba a los mercados; era desviado al mercado negro. Y como los tenderos también tenían el margen de benefició tasado, hacían todo lo posible por ocultar parte de lo asignado a la venta regulada; así era frecuente que se apañaran pesos y medidas o se apartara lo de mejor calidad para el mercado ilegal, dejando lo de ínfima al sufrido racionado que, con todo, aún había de pagar por algunos de esos productos regulados elevadas sumas, como sucedió con la leche que en ocasiones solo se dispensó con receta médica; o el aceite de oliva, el azúcar y el café. De resultas de esto el común creó, a su vez, un mercado paralelo: se inhibía del consumo de los productos más caros, hacía acopio de ellos y después los revendía con el consiguiente sobreprecio en el mercado negro para, con los beneficios, adquirir en ese mismo mercado otros productos que complementaran las raciones de hambre. Los domingos y fiestas los trenes partían de las ciudades rebosantes de viajeros hacia las afueras, allí se aprovisionaban de los huertanos, regresaban y antes de llegar a la estación se deshacían de lo adquirido por las ventanillas, donde un gentío de familiares o amigos, a los pies de la vía, se hacían cargo. De vez en cuando la Guardia Civil sorprendía a algunos incautos; en el peor de los casos eran detenidos, se les ponían multas desproporcionadas o se les retiraban las cartillas de

racionamiento, aunque las más de las veces libraban con un par de hostias y el decomiso de la mercancía que, al cabo, acababa en las mesas de los guardias.

Las clases adineradas no estaban dispuestas a pasar calamidades y pagaban lo que hubiera que pagar por determinados productos. Por otro lado era claro que los propietarios de restaurantes bien, locales nocturnos y otros establecimientos para las clases altas, con lo estipulado en el racionamiento no podían mantener sus negocios. Estaba, pues, creada la necesidad, pronto surgiría quienes la satisficiesen e hicieran de este comercio una práctica altamente lucrativa que llegó a ser forja de imperios económicos y financieros: los que tenían los contactos y el dinero para corromper a los funcionarios de abastos.

Había quien fletaba camiones y acudía a almazaras y molinos de grano, circulando de noche por veredas y, cuando se terciaba, sobornando a guardias y funcionarios introducía en las ciudades el género; pero surgieron otros individuos más sofisticados que no corrían ni esos riesgos. Acudían a lo más alto y compraban, enteras, las Comisarías de Abastos y, haciendo lo propio con los funcionarios de aduanas, traficaban con bienes más exclusivos procedentes del contrabando en la frontera portuguesa. Así era normal que fulanito se dejara caer por las lonjas y al funcionario de turno:

—¡Hombre Mengano, qué tal te va todo! ¿La familia bien?

—Buenos ojos le vean don Aurelio, pues ya ve, aquí tirando, no me puedo quejar.

—Me alegro hombre ¿Qué, cómo vamos de género?

—Bueno… la cosa está mal, hay escasez de esto y de lo otro…

—Bueno, no será para tanto… el caso es que necesito un par de sacos de café y uno de azúcar —y al tiempo le mete en el bolsillo, a Mengano, quinientas o mil pesetas, según la importancia de lo solicitado.

—Cómo no, don Aurelio, ya sabe que a usted no puedo negarle nada… Oiga don Aurelio… perdone que abuse de su confianza…es que estoy preocupado…tengo el chico pequeño enfermo y el médico ha dicho que necesita penicilina, el caso es que no la encuentro en farmacia y… la verdad don Aurelio, ya van tres días que lo busco y no hay manera, tengo miedo por el crío, si usted pudiera…

—Faltaría más, Mengano, mañana mismo la tienes, déjalo de mi cuenta. Oye, el café, que me lleven un saco al restaurante Tal y el otro al hotel Cual.

Y al día siguiente aparecía la penicilina.

—De paso regálale a tu señora estas medias de nylon, son americanas, mejor que la seda, te lo digo yo, no creo que haya más de media docena en España; verás cómo le gustan. Y que se mejore el vástago, Mengano.

—¡Muchas gracias don Aurelio! Pero no hacía falta que se molestara con lo de las medias, con la penicilina…

—Ya sabes que tú me caes bien, Mengano, y yo por los amigos…

De esta guisa se iba creando una red clientelar de favores y servidumbres, convenientemente aderezada con regalos y recompensas económicas.

Luego esto era detraído de los cupos reservados a economatos y otras instituciones, y todavía, durante el transporte, se sustraían otras cantidades; como todo iba a granel, de cada saco de azúcar o de garbanzos o de lentejas, para que no cantara la báscula demasiado, se maquilaba, por poner un ejemplo, trescientos o cuatrocientos gramos, o un cuartillo o dos de cada bidón de aceite, y cuando al fin llegaba a destino, los encargados de su custodia apartaban para sí otra pequeña parte. La gente moría de inanición en los hospitales, orfelinatos, cárceles, asilos y cuarteles. Pero en el mercado negro había de todo.

Ante esta penuria generalizada las autoridades permitieron la elaboración de sucedáneos inmundos. Apareció la achicoria o el maíz tostado como sustitutivo del café; el aceite adulterado; el pan de almortas; el asqueroso chocolate falsificado a base de algarroba, grasa y cascarilla de cacao. Fueron los años del hambre atroz y la miseria rampante; las plagas de piojos, el tifus, la avitaminosis, la disentería y la tuberculosis. Los del estraperlo.

# 22.

Don Aurelio no fue de los primeros, empezó tarde en el negocio, en 1946, pero lo hizo con muy buen pie. Se movía por los ayuntamientos, las diputaciones y los gremios sindicales donde habían hecho nido los hombres de Falange, eludía a los militares que no se dejaban impresionar tan fácilmente. Se presentaba con una condecoración alemana en la solapa, "impuesta por el Führer en persona", que había encontrado en un cubo de la basura en la frontera de Hendaya, dando taconazos muy marciales, aprendidos de los *SS* —sobre todo del tiroteado *Obersturmbannführer* Hans Frenssen que los ejecutaba muy garbosamente—, hacía el saludo fascista, se jactaba de las relaciones con los uniformados alemanes de su época en París; soltaba un nombre aquí, un tal *Sturmbannführer*[30] Schmidt, y otro allá, "como decía mi camarada el *Genereraloberst*[31] Zeitler", que dejaba muy epatados a los gárrulos de bigotillo, correaje y camisa azulete que, sin tener idea de quienes eran aquellos personajes, no se atrevían a revelar su ignorancia, pues nombres tan sonoros —no distinguían los grados de los nombres— debieron de haber sido sumamente importantes, "a lo mejor yernos de Hitler", pensaba alguno, lo cual bien podría ser cierto si el difunto Adolf hubiese tenido yernos.

Pero lo que de verdad doblegó voluntades fue el dispendio de que hacía gala: regalaba cajas de *scotch* y de habanos, concertaba comidas y cenas a las que se presentaba acompañado de alguna mujer de buen ver —no faltaban infelices: viudas con niños pequeños, el régimen las fabricaba por millares; o esposas con el marido en la cárcel o enfermo, o las dos cosas, enfermo y en la cárcel; hermanas o novias de algún tuberculoso que se prostituían por un poco de calderilla, un cuarto de mantequilla y un kilo de carne— a las que previamente aleccionaba, "le dices que estás casada con un preso rojo y que tienes dos niños, eso pone cachondos a estos comemierdas". O, según el capricho del agasajado, a veces se presentaba con un doncel, mejor imberbe si era posible.

Todo fue a pedir de boca, el dinero entraba a raudales. Había adquirido su primer Mercedes en una subasta del Ejercito del Aire —tenía querencia por esos automóviles desde sus escarceos con los chicos de las *SS*—, un 170V que había pertenecido a un comandante alemán de la Luftwaffe, piloto de la Legión Cóndor, lo que a ojos de Aurelio suponía un valor añadido.

Efectuaba esplendidas donaciones a montepíos de funcionarios e instituciones benéficas, cuidando que se supiera bien quién era el generoso, lo que le abrió las puertas de los círculos selectos del Madrid de postguerra y redundó en mayores facilidades para su actividad. Y, como la cabra tira al monte, también frecuentó los no tan selectos: tugurios y cabarets de mala nota, catacumbas nocturnas a donde los homosexuales no poderosos ni de familias respetables tuvieron que desplazar sus antros de ocio, a los que acudía en busca de descarriados con que satisfacer sus apetencias. Lo encontró en 1949: un muchacho de dieciséis años, moreno, de aspecto delicado y frágil; el hijo de un divisionario al que se dio por desaparecido en Rusia, de resultas de lo cual la madre medio enloqueció y Rubén se ganaba la vida, la suya y la de la madre, prostituyéndose, a medias por necesidad y a medias porque le iba la vida canalla. Aurelio se convirtió en su protector; lo sacó de aquellos ambientes viciados, le enseñó algunos modales, le compró ropa decente y lo instaló en una pensión, de no demasiada mala muerte, por Lavapiés. Por la tarde iban a merendar pasteles al Café La India o churros en la chocolatería de San Ginés, después lo llevaba al cine en Gran Vía, al Avenida o al Palacio de la Música, o a cenar y ver un espectáculo en Pasapoga; algunas veces lo llevaba al Teatro Eslava, y cuando llegaba la temporada a los toros en Las Ventas, y después se lo llevaba a casa, un ático en Alcalá, según el humor y las ganas de jarana, o lo depositaba en la pensión.

# 23.

En 1954 la vida les sonríe a don Aurelio y a Rubén, que se beneficia de las migajas que la esplendidez del ex-estraperlista —el racionamiento ya no existía—, recientemente reconvertido en traficante de arte, regaba por doquier.

El día 2 de abril regresan a España los últimos trescientos prisioneros de la Guerra Mundial, antiguos combatientes de la División Azul, que desembarcan, procedentes de Odessa, en Barcelona. Entre ellos un tal Francisco Rodero que al parecer había participado en la cruenta batalla de Krasnij Bor, en las cercanías de Leningrado, donde 5600 españoles se enfrentaron a cuatro divisiones del ejército rojo mientras los alemanes de la *SS Volkspolizei*, justo al lado, esperaban bajo techo a que escampara, "por si les da por venir por aquí a los *ruskis*", decían. Pero los *ruskis* no fueron porque por el camino se tropezaron con unos fulanos muy mal encarados a quienes los uniformes alemanes quedaban demasiado grandes, ateridos de frío, sucios, sin afeitar, vocingleras, soltando imprecaciones y maldiciendo a todas horas, indisciplinados, más que un ejército una horda de andrajosos que lo mismo calzaban unas botas rusas como se cubrían la cabeza con un gorro de piel, también ruso, cada uno según su entender, pero con una mala leche del carajo y tan testarudos que hicieron fracasar la operación Estrella Polar[32]; eran los *verrückt*[33] de la División Azul. Allí perdió tres dedos de la mano derecha al estallarle la granada que se disponía a lanzar sobre un grupo de rusos que se abalanzaban sobre el cráter en el que se atrincheraba, y salvó su vida cuando, tendido de espaldas sobre la nieve roja, el soldado soviético que se disponía a ensartarlo acertó a detener la bayoneta a un palmo del pecho del español cuando este, sabiéndose perdido, encorajinado de rabia bramaba en un español muy castizo: "¡Acaba de una vez hijoputa!", a lo que el otro respondió: "¡*Cagüendios,* Paco! ¿Qué cojones pintas tú aquí?". "¡Hostias Venancio!", pudo decir Paco antes de desmayarse.

Todavía Venancio volvió a salvarle la vida, pistola en mano, haciendo desistir a dos kazajos que querían abrirle la barriga empeñados en consultar en las entrañas de Paco el futuro que les depararía la guerra: si palmarían en cualquier frente defendiendo a la gran madre Rusia o volverían a sus amadas estepas de una pieza.

Paco no debería encontrarse en tamaño trance. Tendría que haber sido relevado en mayo del 42, junto a los otros casados, los menores de dieciocho años y quienes ya habían perdido un hermano. Pero quiso la fortuna, buena o mala que eso nunca se sabe, que en marzo de ese año cayese herido; un trozo de metralla se le alojó en un muslo, muy cerca de la femoral, y tras un primer intento de cura por parte de un médico inexperto a punto estuvo de irse para el otro mundo. El caso es que no fue: un sanitario oportuno acertó a parar la hemorragia y, para compensar, en vez de viajar al otro barrio lo enviaron a un hospital en Riga. Cuando se hubo repuesto y con el alta en la mano, en lugar de tomar el tren que lo devolvería al frente, Paco, camino de la estación se entretuvo en un bar, café, taberna o como se les llame por aquellas latitudes a los establecimientos donde sirven de beber. Y bebió, tanto que empalmó una borrachera con otra por espacio de una semana. Cuando lo encontró la patrulla, en un callejón, durmiendo al calor de un montón de basura, entre las tinieblas del alcohol, Paco creyó escuchar: "estás *apañao* pajarito, te van a fusilar". Nadie sabe, ni él tampoco, por qué no lo fusilaron, el caso es que lo devolvieron al frente, al que llegó unos días después de que los relevados hubiesen iniciado la partida, y todavía tardó alguno más en enterarse de la suya fallida. Cuando lo hizo notar, un oficial leyó su expediente, puso cara de mala uva, acarició la funda de la pistola, luego se lo pensó mejor y solo dijo: "pues ahora te jodes so listo, anda que no tiene jeta el andoba, te vas a comer todas las guardias de aquí a 1966". Menos mal que la guerra acabó mucho antes.

Paco y Venancio habían sido camaradas de lucha en el ejército leal a la República. Participaron en la defensa de Madrid, pelearon en Guadalajara y en la batalla de Brunete, hasta que en febrero de 1939 marcharon a Valencia como escolta de unas altas personalidades, luego el desarrollo de la guerra les impidió volver. El 30 de marzo, a dos días del final de la guerra, en Alicante ambos pugnaban con la multitud por subirse al cañonero británico Stambrook; Venancio lo consiguió y fue a parar al puerto de Orán, en Argelia; se fugó del barco donde les habían inmovilizado las autoridades coloniales francesas, huyó a Túnez acompañando a una caravana de beduinos en un periplo de mil kilómetros por el

desierto —para descubrir que también se hallaba bajo la autoridad francesa—, y embarcó como polizón en otro buque británico que le desembarcó en Port Said, y desde allí, en un barco turco, llegó a Odessa, en la Unión Soviética, el 6 de octubre, el mismo día en que los últimos defensores de Varsovia se rendían al ejército alemán.

Paco, que había dejado en Madrid mujer y un hijo de cinco años, desistió a última hora de tomar el barco y fue capturado. Mientras penaba en un campo de concentración estalló la guerra en Europa, los nazis invadieron Polonia, les dieron una paliza a los anglo—franceses en Dunkerke y después se pasearon triunfales por medio continente hasta los pies de la Tour Eiffel.

En 1941, cuando los alemanes invadieron Rusia, Venancio se alistó voluntario en el ejército rojo. Entretanto Paco se alistaba en la División Azul como único modo de salir del campo.

Venancio fue enviado a defender Leningrado encuadrado en la 45ª División de Infantería Soviética que trabó combate, el 10 febrero de 1943, con el 262 regimiento de la 250ª División de Voluntarios Españoles de la Wehrmacht y estuvo a un tris de ensartar a su amigo Paco, en Krasnij Bor, al que no veía desde marzo de 1939 cuando lo perdió en el puerto de Alicante.

De lo que no pudo librar Venancio a Paco fue de ser enviado a un campo de prisioneros, un gulag de la inhóspita Siberia, un lugar del que jamás había oído hablar ni tenía idea de que existiera ni sabía señalar en el mapa. Picó piedra, trabajó en minas, tendió vías de ferrocarril y excavó canales. De resulta de las inhumanas condiciones perdió casi toda la dentadura y arrastraba una cojera de un pie de donde le faltaban los dedos amputados por congelación.

Un día, cuando ya había abandonado toda esperanza, lo metieron en un tren en el que perdió la cuenta de las jornadas, al final de las cuales ingresó en otro campo, en Krasnopol. Después le comunicaron que iba a ser liberado; Paco no se lo creyó pero al par de semanas se vio subiendo por la pasarela de un barco fletado por la Cruz Roja junto a otros, casi trescientos, españoles. Tuvo que preguntar la fecha; alguien le dijo: 26 de marzo. ¿De qué año? De 1954. Paco se echó a llorar; llevaba 13 años fuera de España, 11 de ellos en trabajos forzados.

Llegó a Madrid el 5 de abril y se fue directo a casa, no sin cierta dificultad para orientarse, pues la ciudad había cambiado sustancialmente; la recordaba llena de sacos terreros, ahora había bastantes edificios nuevos y faltaban otros. Cuando subía las escaleras no tenía modo de saber si su mujer y su hijo seguían viviendo allí; en realidad no sabía, siquiera, si estaban vivos o muertos.

Picó a la puerta varias veces, la aporreó y estaba a punto de derribarla cuando una mujeruca legañosa, pelo hirsuto gris y desgreñado, abrió la puerta entre temblores de miedo y alcoholismo.

—Buenos días señora —dijo Paco timoratamente, pensando que su familia ya no vivía en la casa —buscaba a la señora Engracia, pero creo que ya no está aquí. ¿Usted no sabría decirme a dónde se fueron los anteriores inquilinos?

La mujeruca se echó atrás un poco para abarcar con la vista la totalidad del hombre que la interrogaba, luego pareció dudar y por fin habló.

—Yo soy la Engracia. ¿Qué se le ofrece?

Si los horrores de la guerra y el presidio no le hubieran curtido y puesto a prueba sobradamente, Paco habría huido despavoridamente. Pero en lugar de eso se sobrepuso y asumió —como solo es capaz quien ha pasado por privaciones inimaginables y se ha asomado demasiadas veces a las puertas del averno— lo que hasta ese momento no había sido capaz de imaginar y se le revelaba descarnada y brutalmente. Conteniendo, sin lograrlo, las lágrimas —nunca había llorado tanto en tan poco tiempo como desde su liberación, ni siquiera cuando tuvo que apartar, tantas veces, en el frente los restos de algún camarada arrojados sobre sí por alguna explosión cercana en las enlodadas trincheras de Leningrado—, resignado, comprendió que Engracia —¿y su hijo, dónde estaba su hijo?— había vivido un infierno seguramente peor que el suyo.

Haciendo acopio de valor dijo:

—Soy yo, tu Paco, Engracia, ¿no me conoces?

Luego hubo de poner los brazos precipitadamente para acoger el cuerpo inerme de Engracia que se venía, desmayada, abajo.

En la casa todo estaba sucio y desordenado; mondas de naranja, envases de galletas, botellas vacías de vino barato rodaban por el suelo y tropezaba con ellas casi a cada paso. Tendió a su mujer en una cama, a la que no se le habían cambiado las sabanas en meses, o tal

vez años, y busco un vaso con que darle un poco de agua.

Engracia le contó que Rubén, su hijo, ya no vivía en casa: "anda por ahí, en compañía de un ricacho, pero es buen chico, de vez en cuando viene y me trae algo de comer y un poco de dinero, si no fuera por él… Te creímos muerto, Paco, nos dijeron que habías desaparecido, que a lo mejor habías desertado, que como eras republicano igual te habías pasado al enemigo… ¿Qué enemigo, Paco?"

Llevaba dos días en casa. Había adecentado todo un poco, su mujer dormía un sueño de muertos, sin pesadillas; le había administrado somníferos porque cuando estaba despierta no hacía otra cosa que clamar pidiendo vino. Paco meditaba; no le gustaba nada lo que Engracia le contó de Rubén, aunque a veces dudaba, la pobre mujer ha perdido la razón, se decía. Sin embargo un presentimiento, como un comecome que le roía el alma, no le abandonaba. Él era un hombre liberal, además estaba curado de espantos, pensaba. En el frente había visto de todo, y en los campos de prisioneros había sido testigo… En las noches tétricas y frías de los barracones algunas veces oía gemidos: dos hombres en un camastro dándose calor y *afecto*, nada reprochable, se dijo entonces, dadas las circunstancias; por el contrario aquello le remitía a los restos, que en todos debían de quedar, suponía, de la última, o única, manifestación de humanidad en aquella desolación devastadora. Y en la guerra… ¿De cuántas violaciones había sabido o presenciado? ¿Participé yo mismo? ¡Dios mío! No lo recuerdo… ¿O no quiero recordarlo? Se le vienen, amontonándose como un alud, imágenes remotas que creyó olvidadas: él, con otro, golpeando a culatazos la puerta de una *izba*[34]. ¿En dónde era, en Possad o en Smeiko? Qué más da, no recuerdo. Una *babushka*[35] que entreabre la puerta asustada, ellos sonríen estúpidos mientras muestran un bloque de aquel pan negro y duro de la ración de soldado, ¿o eran aquellas asquerosas salchichas con la chapita de la Sanidad Alemana colgando? Adentro otro anciano y una ¿niña? No tendría más de 15 años, arrinconada en una esquina. ¡Ah, no!, no forcé a nadie, yo pagaba, aunque fuera con aquel pan mohoso y las asquerosas salchichas… ¡Estúpido cretino! Algo le retumbaba en el cerebro ¡¿Es que tenían más opciones?! ¡¿Es que os hubierais retirado como caballeretes, haciendo genuflexiones, si hubieran rechazado vuestro inmundo pan?! Su compañero gruñía como un cerdo a cada envestida; los ojos azules de la chiquilla muy abiertos hacia algún lugar del techo. Ahora se daba cuenta de que en aquella mirada no había ya ni siquiera miedo, solo algo parecido a la resignación. ¿Y yo, yo también gruñía? ¡Sí, maldito! Sí. Él también gruñía. Era la guerra.

Pero ahora estoy aquí, en España, y esto es lo único que me faltaba; mutilado, un pasado rojo y un hijo sarasa.

Sintió entrar la llave y correr el cerrojo, permaneció sentado, a la espera, en la silla de la cocina frente al pasillo. Se abrió la puerta y sintió llamar:

—¿Mamá?

Vio entrar a un muchacho, ¿cuántos años tiene ya, veinte, veintiuno?, se preguntó, atildado, bien vestido, con un paquete bajo el brazo, que se quedó sorprendido ante su presencia. Se detuvo en el pasillo sin entrar en la cocina, como en prevención.

—¿Quién es usted?

Paco se quedó estudiándolo sin contestar. Juraría que se ha puesto brillo en los labios, se dijo, y… esas patillas ensortijadas, ¡Jesús! Y los dedos llenos de anillos, y si no lleva rímel en las pestañas que me ahorquen.

—Soy tu padre —casi escupió, al fin.

Rubén se quedó quieto, seguía mirándolo. Estaba claro que no sabía qué hacer o qué decir y que aquel individuo no le ofrecía confianza. Ahora parecía fijarse en la mano destrozada, casi sin dedos, solo el meñique y el pulgar, y en la dentadura mellada del extraño.

Paco se levantó, con paso lento se acercó al chico.

—Tenía razón tu madre. ¡Maricón! —y le propinó, sin que el otro tuviera tiempo a interponer defensa alguna, un bofetón a mano vuelta, con la mutilada, brutal que lo arrojó contra la puerta de la calle que se cerró con estrépito bajo su peso.

Le sacó la dirección de la pensión a golpes. Cuando el muchacho ya se hallaba hecho un ovillo sobre sí mismo en un rincón temblando de miedo y de dolor, Paco movió una cómoda medio desportillada y de debajo desclavó una tabla del suelo y sacó del hueco, entre el piso y el falso techo de la vivienda de abajo una pistola, una Tokarev recogida en Brunete, años ha, del cinto de un miliciano muerto: el servidor de la ametralladora que él disparaba, y se la había llevado y ocultado en casa, por si acaso, pensó entonces.

Después, a empujones, lo sacó a la calle y tomaron un taxi. Una vez en la pensión le

ordenó llamar a Aurelio al Café Fuyma, el que según Rubén frecuentaba en las tardes, porque era adonde acostumbraban a dejarse ver algunos cargos de la administración franquista con los que hacía negocios.

La llamada de Rubén pilló a Aurelio en medio de la negociación sobre la venta de un códice del siglo XIII que un viejo falangista atesoraba desde que, en 1936, lo encontrase en un convento pasto de las llamas, “arrasado por las hordas rojas”, entre los rescoldos humeantes; de resultas de lo cual se lo llevó a casa, “para ponerlo a salvo”, decía. Y por eso mismo, para que siguiera a salvo, negociaba ahora un precio con Aurelio, que ya tenía comprador: un bibliófilo, viejo y chiflado, de Londres.

Se alarmó al escuchar la voz quebrada y llorosa de su *Pichurrin*, que era como lo llamaba en los momentos más álgidos de su intimidad más íntima, al que no fue capaz de sacarle qué pasaba, solo un montón de hipidos, suspiros y ayes quejumbrosos. Dejó al falangista viejales con la palabra en la boca y partió raudo en su Mercedes a ver qué le pasaba al Pichurrin.

Encontró la puerta de la habitación abierta y, sentado en la cama, a Rubén sollozando con la cara como un pan. Y detrás de la puerta a un espectro sonriéndose de un modo que no presagiaba nada bueno y que mostraba una dentadura que daba escalofríos, más aún teniendo en cuenta que aquella aparición de otro mundo sostenía en una mano, la izquierda, porque a la derecha le faltaba la mitad, un pistolón que a fe de Aurelio pesaría, por lo poco, un par de kilos y que le apuntaba directamente a la barriga.

—Usted siéntese —dijo Paco señalando una silla, y después, a Rubén —y tú para ya de lloriquear, maricón.

Se quedó estudiando a Aurelio que temblaba todo él como una hoja.

—Así que te gusta la carne tierna, ¿eh?, so asqueroso, si puede ser tu hijo.

Quiso Aurelio argüir algo.

—Oiga, mire, si quiere dinero podemos arreglarlo pero aparte esa pistola se lo ruego —y dijo esto último suplicando, uniendo las palmas de la manos.

—Rubén me ha dicho que es usted un facha de cuidado, qué curioso —se interrumpió un momento como calibrando a su interlocutor, y continuó —yo conocí a unos cuantos, ¿sabe?, y tenían más cojones que usted, me decepciona bastante, baboso, cobarde.

Estos epítetos tan vejatorios encendieron un poco la animosidad de Aurelio, sobre todo cuando, por el rabillo del ojo, atisbó la mirada suplicante de perrito degollado de Rubén. Y recordando que, como tenía por costumbre cada vez que se reunía con algún gerifalte, llevaba al pecho prendida la condecoración alemana, henchido señaló hacia la medalla.

—¡Oiga, sepa usted que soy un héroe de guerra!

Entrecerró Paco los ojos y, con curiosidad manifiesta, clavó la mirada en la placa con aquella inscripción de cifras y letras góticas y pareció, por un momento, verdaderamente interesado en desentrañar la leyenda que, en idioma teutón, allí figuraba.

Aurelio presenció cómo, por un brevísimo instante, aquella boca cavernosa se torció en algo parecido a una risa diabólica, para a continuación tornarse en una mueca espantosa de odio y rencor.

—*¡Mecagontuputamadre!* —aulló Paco.

La cosa tenía su explicación. Paco había descubierto, con gran asco por su parte, que la condecoración del corruptor de su hijo no era otra cosa que el marchamo o precinto, o como cojones se llamara la puta placa, de la Sanidad Alemana que portaban las asquerosas salchichas que tan negros recuerdos le suscitaban.

Amartilló la Tokarev, arrimó el cañón a la cara descompuesta de Aurelio, mientras le llegaban como un eco lejano los grititos de horror de Rubén, y apretó el gatillo.

Bien por falta de engrase o mantenimiento y se encasquillara, o porque la pólvora no estuviese en buenas condiciones, la pistola solo hizo ¡Clasq! Momento que aprovecho Aurelio —mientras Paco con la mano inútil intentaba rearmar la Tokarev— para salir de la habitación, bajar la escalera como una exhalación, montar en el Mercedes y dirigirse como una bala hacia la carretera de La Coruña.

Pasado el pueblo de Guadarrama rugía potente el motor del Mercedes al enfilar las primeras rampas del Alto de los Leones, anochecía, Aurelio encendió los reflectores y pensó para sí: “bah, total Rubén ya empezaba a estar talludito”. Esto era el 7 de abril, el mismo día en que los Estados Unidos, en las islas Bikini, hacían estallar una bomba de hidrógeno.

No volvió a Madrid. Siguió rodando; cuando llegó a una población llamada Benavente abandonó la carretera de La Coruña, tomó un desvío y no se detuvo hasta llegar a orillas del Cantábrico.

# 24.

Salió del coche. Bien avanzada la madrugada las nubes se teñían de rosa palo por el oriente. Aspiró la brisa que soplaba procedente del mar, se apoyó sobre la barandilla del paseo marítimo y permaneció así, escuchando el rumor de las olas roto de vez en cuando por el graznido de una gaviota, hasta que los primeros rayos oblicuos del sol naciente arrancaron destellos dorados de la arena que dejaba al descubierto la bajamar. Sacó un habano de la petaca y, mientras lo prendía, se dijo: “no está mal este sitio, me recuerda a Santander”.

Aurelio ha olvidado a Rubén y la precipitada huida de Madrid. Queda lejos aquello. Se ha buscado otros amantes ocasionales, golfillos de los barrios deprimidos.

Ha adquirido una mansión, casi un palacete, en un distrito bien, un lugar agradable cerca del mar, a medias rural, a medias urbano, donde se asientan algunas villas señoriales e historiadas, unas de antes de la guerra, otras del siglo pasado, aunque se ven también nuevas construcciones unas y otras se mezclan armoniosamente, sin estridencias, en el paisaje con las casonas de agricultores aventajados formando un conjunto idílico, campestre, bello. Y ganaba dinero, mucho dinero, más cuanto más se acercaba la década de los 60.

De sus estudios en Paris posee algunos conocimientos de arte; se dedica a viajar por la España profunda visitando pueblos. Los que más le interesan son aquellos que la reciente inmigración a Europa, Madrid, Barcelona y las ciudades industriales del norte empiezan a despoblar. Escudriña iglesias y ermitas; se deja ver, se entrevista con lo que entonces se denominaban fuerzas vivas, es decir con el alcalde, incluso el comandante, que solía ser un cabo —de los que sacan la lengua por una esquina de la boca mientras redactan el recibo y de paso sirven de testigos del pago—, del puesto de la Guardia Civil donde lo hay; el sacerdote o, si este se muestra refractario por ser lerdo o demasiado listo, el prelado de la diócesis correspondiente; y, siempre, con el verdadero amo del pueblo: el cacique. Ya no luce la falsa condecoración pero el Mercedes, su segundo Mercedes, un 220 de 1955, negro, impresiona mucho. Un lenguaje aparatoso y una voz engolada, una tarjeta de visita de cartón de calidad con ribetes dorados y la leyenda: *Aurelio Sánchez Arrate. Conservador de Arte. Doctor en Bellas Artes por La Sorbonne*, obran auténticos milagros.

Está interesado en rescatar, asegura, el patrimonio nacional en peligro de desaparición por la desidia de los de siempre, sin concretar quiénes son *los de siempre*, y ponerlo a resguardo en una casa museo que posee. Después habla de sus influencias en Madrid, “Fulano de Tal, el ministro de Esto, y yo somos uña y carne, fíjese que los dos estuvimos en la Batalla del Ebro”; y al guardia, “su superior de usted es casi como mi hermano”, “qué superior” pregunta a veces el otro, “pues cuál ha de ser, hombre, su superior”. Además Aurelio es generoso, siempre lo es, sabe que alardear de dinero es la llave maestra de casi todo, y suelta al cacique dos mil duros y al alcalde mil; y al guardia le asegura que hablará a favor suyo en Madrid, “le veo demasiado brillante para un poblacho como este, pronto sabrá de un ascenso”; y al sacerdote le da cien duros “para obras de caridad”, y paga el arreglo de dos goteras del tejado de la iglesia o de la casa rectoral; y se lleva un retablo, “por Dios si no vengo yo esto se apolilla irremediablemente”; o una talla, de no sé qué santo, del siglo X, o un cáliz mudéjar de plata de no sé cuándo.

Otras veces, cuando se trata de una iglesia o capilla en ruinas, o una ermita apartada en algún camino por el que hace tiempo no transita nadie, habla directamente con el Obispo, negocia la venta abiertamente de un fresco, una vidriera de alabastro o un altar o un pórtico entero, y arreglado; eso es lo mejor y más fácil, y pronto será este su único modo de cerrar negocios. Una vez se llevó una capilla románica entera para un yankee de Texas, un patán multimillonario, para que les sirviera de cuadra a sus dos caballos de pura sangre española.

En los años 60 cuando en las ciudades industriales hacen falta miles de viviendas —se están construyendo muchos *Santa Gertrudis* y otras obras de promoción pública o privada— establece un almacén de materiales de construcción. Visita obras, aparejadores y capataces, a todos les asegura una sustanciosa comisión si le compran los materiales a los que, naturalmente, les aplica el sobreprecio de la *mordida* y algo más de propina.

Un día, por febrero de 1967, de camino al almacén nota la dirección del Mercedes algo rara, pesada, detiene el coche: una rueda pinchada, vaya por Dios; echa un vistazo a su alrededor, “menos mal, ahí veo un taller”, cochambroso pero taller al fin y al cabo.

# 25.

Es noviembre, pero no hace demasiado frío, los últimos rayos de sol inciden sobre las pizarras del tejado de la mansión, extraen fulgores negroazulados y proyectan sombras que hacen todavía más grotescas las gárgolas que rematan las esquinas de los aleros. La piscina, en el rincón más soleado, yace otoñal, las hojas caducas de los plátanos recién caídas surcan la superficie como bajeles sin gobierno al albur del vientecillo sur que ha despejado los cielos, se saturan de agua y entonces se van al fondo; allí semejan oscuras estrellas de mar que contemplan el cielo extrañamente despejado para lo avanzado de la estación. Los marmóreos dioses mitológicos repartidos por el enorme jardín permanecen indiferentes a las cuitas humanas. Entre la cancha de tenis y la piscina, arrimado a una tapia blanca, un invernadero acoge cícadas, helechos, orquídeas y una mesa de hierro blanca en la que reposa un libro abierto boca abajo, como para preservar el punto de lectura, y sentado en la única silla un joven parece dormitar arrellanado sobre el respaldo. Viste unos jeans y, sobre un polo blanco, un cárdigan azul, y calza unas bambas también azules; lleva el pelo negro moderadamente largo y lo peina hacia un lado, un mechón del flequillo destaca rebelde, pero hacia los parietales empiezan a marcársele unas incipientes entradas; luce barba, nada desordenada al estilo de la época sino bien cuidada, y tal vez por eso parece mayor aunque solo tiene veintitrés años; si estuviera de pie podríamos ver que es bastante alto y su constitución atlética, pero sin pasarse, no es producto de gimnasio, connatural. Gasta gafas, se le ha diagnosticado hace tres o cuatro años una leve miopía, pero no las lleva puestas, descansan al lado del libro, pequeñas, de montura metálica muy liviana. Un rayo de sol le cae directamente sobre la cara y entonces abre los ojos, mira a su alrededor momentáneamente desorientado y se pone las gafas que le prestan definitivamente un aire intelectual. Retoma el libro y, para leer, se las quita, pero enseguida rectifica, lo posa otra vez y mira la hora, se coloca de nuevo las gafas y con paso elástico se dirige a la casa; ha quedado con Vicky.

Es su segunda cita con ella. Mientras se ducha repasa el momento en que la descubrió durante un coctel en el Club Naval a mediados de julio, ya va de eso más de cuatro meses, sin que ella reparara en él. Primero pensó que sería alguien que se le parecía, pero cuanto más la miraba más seguro estaba de que se trataba de ella: delgada, conservaba, si no acentuado, aquel parecido tan asombroso a Audrey Hepburn del que en su momento no se pudo apercibir porque no sabía quién era la famosa actriz. Fue en 1966 o 67, no recuerda bien, en uno de sus paseos solitarios por la ciudad se la encontró, sorpresivamente, mirándolo desde la cartelera de un cine y dio un respingo; entró solo por eso a ver *My Fair Lady*, y fue de sobresalto en sobresalto ante el parecido con Vitorina. No se enteró de qué iba la película.

Su primer impulso, en el club, fue salir corriendo; pero se dijo: “qué va a hacer, ha pasado tanto tiempo…éramos unos críos”, y pasó un par de veces por delante de ella, que no le vio porque estaba enfrascada en una conversación con unas amigas.

Después se lo pensó mejor y salió. Fue cuando decidió dejarse la barba y empezó a usar con asiduidad las gafas que antes pocas veces se ponía. No volvería por allí hasta que un mes después luciese barba.

Se pone un albornoz, se retoca la barba y se cepilla los dientes, después se aplica el secador unos minutos para quitarse algo de humedad del pelo, se peina y sale al dormitorio; una cama enorme de estilo isabelino —le había hecho quitar el dosel antes de trasladarse a la habitación tras la muerte del viejo—, en frente un amplio ventanal da al jardín delantero y si uno se asoma alcanza a tocar las ramas de un magnolio.

Su vida ha dado un giro copernicano desde aquel agosto de 1967. El viejo, a su edad, era inofensivo. Había sido operado de próstata precisamente al poco de conocerse en el taller, entre la paliza de Rabocorto y su muerte, supo luego. La intervención se había complicado con una infección que lo mantuvo convaleciente, primero en el hospital y luego en casa, bastante tiempo. En cuanto se puso bien le faltó tiempo para acudir corriendo al taller en su busca.

Rememoraba la impresión que se llevó la primera vez que había entrado en la casa. Aquello superaba con mucho incluso la de Vitorina y la de Desirée. Al principio iba muy ocasionalmente; sus aventuras eróticas ocurrían fundamentalmente en el coche, luego cada vez más a menudo, un par de veces al mes, después casi cada semana, y un día se quedó a

vivir allí definitivamente; recordaba la fecha perfectamente, el 21 de julio de 1969, tenía dieciséis años —cumpliría diecisiete en agosto— y Neil Armstrong hacía unas pocas horas que había posado el pie en la Luna.

Se conformaba con bien poco, impotente, le bastaba con ver cómo él se masturbaba y poco más, cuando pretendió otra cosa amenazó con marcharse y el pederasta se vino abajo. Solo una concesión; al viejo le encantaba que se vistiera un uniforme: una faldita plisada, una casaca corta con cordones cruzados, botas de media caña y un chacó, todo blanco, y que posara para él marcando el paso, mientras decía: "tienes unas piernas preciosas y perfectas realmente, piernas de majorette".

Entra en el vestidor y escoge un pantalón gris de franela, una camisa azul claro y una corbata a listas azules y grises, busca en un cajón unos calcetines, luego se calza unos zapatos negros de cordones y finalmente se pone una americana azul marino. Baja a la primera planta mientras se abrocha la correa del Longines. Allí espera Rafael, a quien da las últimas instrucciones, "no me esperes, seguramente volveré tarde". Es un hombre de unos cuarenta años, muy eficaz; está a su servicio desde que él mismo lo contratara tras el regreso de Aurelio, desahuciado, del hospital. El cáncer de próstata se había vuelto a reproducir y los médicos diagnosticaron una metástasis irreversible. Volvió solo para morir.

En el garaje hay dos coches, un 1430 nuevo y el viejo Mercedes de Aurelio que se conserva impecable, es ya un clásico; se decide por este último. El Seat es más práctico, desde luego, pero quiere epatar a Vicky.

No se portó mal con Aurelio, ni bien tampoco; acudió cada día al hospital, sin devoción, tampoco a la fuerza. Era un trámite, pensaba entonces; pasaba un par de horas y después se iba, sin más, hasta el día siguiente. Habló un par de veces con los médicos y se sorprendió, y todavía hoy no sabe si se indignó, cuando un doctor se refirió a él como el hijo de Aurelio. Cuando volvió a casa, como necesitaba alguien que se dedicara por completo a su cuidado, contrató a Rafael; se encargaba de lavarlo y cambiarlo de postura. No es que él no se sintiera con fuerzas o que la tarea le agobiara, solo que no le apetecía, no sentía nada por Aurelio más allá de lo que suponía el adquirido bienestar material, tampoco le odiaba. Pero supervisaba que recibiera la atención debida y contrató también una enfermera que le administrara la morfina y cuanto tratamiento paliativo fuese a requerir. Trató de ser amable o, mejor, correcto.

Un día apareció por casa un notario y Aurelio, entre dolores, —aquel día rechazó cualquier droga, quería estar lúcido, dijo— fue capaz de articular una sonrisa al exponer el notario ante los dos el motivo de su comparecencia, como cuando se le hace un regalo, que se sabe no espera, a un niño por su cumpleaños. Él cumplía veintiuno y Aurelio quería adoptarlo legalmente. Será su único heredero, puntualizó el fedatario.

Murió a los pocos días.

Entabló conversación con ella durante la celebración del 75º aniversario del Club Naval. Se celebraba una cena a la que podían acudir los socios que lo desearan, siempre que se hubieran inscrito con quince días de antelación.

Desde que se había dejado la barba asistía con frecuencia, algo desusado en él que hasta entonces solo lo había visitado en tres ocasiones —dos acompañando a Aurelio, y la otra en julio pasado cuando la vio—, esperando volver a encontrársela, sin éxito.

Revisando la lista de asistentes dio con su nombre: Victoria Hevia del Castillo. Se arregló, comprando voluntades de camareros y maître como le había enseñado Aurelio, para que su sitio coincidiera enfrente de ella.

En los minutos previos a la cena, al tomar asiento, se presentaron; ella iba con una prima, de la que ni siquiera recuerda el nombre. Era un puro formulismo pues sendas tarjetas junto a los cubiertos indicaban el nombre de cada cual.

—Foro, encantado de conoceros —dijo.

—Vicky —se presentó ella, y después —¿Foro? y eso viene…

—De Nicéforo —pronunció él, medio riéndose, sabedor de lo extravagante de su nombre, al tiempo que señalaba la tarjeta sobre la mesa.

La prima de Vicky no fue capaz de reprimir la risa; ella la miró reconviniéndola falsamente y luego, también riéndose:

—Oye, pues a mí no me parece feo, raro sí…

Los tres se echaron a reír.

Se quitó un peso de encima, estaba casi seguro de que, cuando críos, ella no le conoció por otro nombre que el de Nick; ahora tenía la certeza. Ya no lo usaba desde que Aurelio se lo

hizo ver, “¿qué nombre es ese?, el tuyo es suficientemente interesante como para usar ese diminutivo sinsustancia, ¿sabías que fue un patriarca de Constantinopla?”

Durante la cena hablaron de banalidades. Luego la conversación discurrió hacia los respectivos quehaceres. Él contó que era marchante de arte. Ella que procedía de Montevideo y Foro cayó en la cuenta de que el sonsonete rioplatense, que tanto le encandilara, se le había atenuado bastante, apenas, prestando mucha atención, se percibía. Vivió con su padre en Madrid, donde estudió medicina, y ahora realizaba las prácticas en el hospital de la seguridad social; había llegado a principios del verano.

A Foro se le escapó:

—No serás enfermera… — y lo lamentó inmediatamente.

Ella pareció nublar el semblante, pero solo un momento. Serán figuraciones mías, pensó luego Foro.

—Soy pediatra.

También observó Foro que omitía la etapa de Villa Clotilde, y eso le produjo cierto desasosiego.

Después hubo verbena y bailó un par de piezas con ella. Nada más.

Tras el sórdido episodio de aquel invierno en Villa Clotilde, Vitorina y su padre marcharon a Madrid, estuvieron una temporada en la casa de los parientes de Guadarrama y después se mudaron a La Castellana. Vivió un infierno, tenía pesadillas, se negaba a salir de casa, todo le daba miedo. Visitó psiquiatras, pasó por un intento de suicidio: se tomó un montón de las pastillas que le recetaban. Luego su padre la llevó a un psicoanalista bonaerense, conocido años atrás de sus veraneos en Punta del Este, que se había establecido en Madrid. Pero nada parecía servirle a la niña. Después, con el tiempo, su mal pareció atenuarse, poco a poco fue retornando a la vida normal.

En realidad, ella llegó a bloquear aquel traumático suceso; de un modo inconsciente lo fue arrinconando en algún lugar del córtex cerebral, quizá como único modo de preservar la cordura. Con el paso de los años, ocasionalmente alguna pesadilla inquietante le remitía a aquel capitulo, pero al despertar no era más que un malestar indeterminado, una nebulosa inconcreta de un pasado que se le antojaba remotísimo y del que no llegaba a tener plena certeza. Luego la rutina de los estudios en la facultad, era una estudiante brillante, acabaron de proporcionarle estabilidad.

Concluida la cena de gala en el club no volvió a verla hasta un par de semanas atrás. Era martes por la tarde, llovía y caminaba por el centro sola, agobiada por los paquetes que cargaba y el paraguas con el que trataba de protegerse inútilmente de la lluvia racheada. Detuvo el Seat junto a ella y abrió el cristal de la puerta derecha.

—Sube anda.

Le miró sin que pareciese reconocerle. Él sonrió.

—Foro, ¿te acuerdas?, Nicéforo…en el Club Naval…el del nombre raro…

—¡Qué oportuno! —rio ella.

Se apeó, abrió la puerta trasera, le tomó los paquetes y los depositó en el asiento, luego aguantó abierta la delantera hasta que ella se hubo subido.

No estaban lejos de la casa de Vicky, un edificio nuevo de diez alturas en lo más céntrico. Foro tuvo suerte y consiguió aparcar casi enfrente, cuando ella se iba a bajar él señaló una cafetería.

—¿Te tomas un café conmigo? —esbozó su sonrisa más encantadora.

No tomaron un café, sino dos, después se fueron de tapas. Cuando regresaron al coche, a recoger los paquetes, era tarde, las 12 de la noche. Él preguntó:

—¿Te puedo ver este sábado?

—Tengo guardia el fin de semana…

Foro forzó una mueca de exagerado desencanto, medio en serio medio en broma.

—Pero si me llamas para el siguiente… —sonrió —…apunta mi teléfono.

Cuando se marchaba, Foro se arregló para darle un beso furtivo en la mejilla. Ella volvió a sonreír.

El sábado salieron a cenar y después a una *boite*. La besó en la boca; pasaron la noche abrazados, bailando y besándose. Sonaban canciones de Roberto Carlos y Gilbert O’Sullivan.

El domingo, Vicky volvió a tener guardia.

Abrió la puerta del garaje, arrancó el Mercedes y salió, crepitando la grava bajo las ruedas. Cuando llegó al portón de la villa, Rafael ya había abierto y esperaba para cerrar. Rodó por el camino vecinal hasta alcanzar la carretera asfaltada, torció a la derecha y enfiló hacia la

ciudad. Había poca gente por la calle, no se debía al mal tiempo, era excelente, tampoco era tarde. En el aire había incertidumbre; el dictador estaba enfermo, grave, al parecer, y se esperaba el fatal desenlace en cualquier momento.

La gente murmuraba por los bares; unos decían: "qué pasará luego", otros en cambio, pero más bajo, como para sí: "a ver si se muere de una jodida vez, criminal", y otros más: "bah, ese ya está muerto, lo que pasa que no nos lo quieren decir". Encendió la radio, sonaba la sintonía del noticiario, informaba de lo mismo de siempre durante los últimos días: "…el equipo médico habitual informa que el Caudillo…", apagó la radio. A él no le interesaba la salud del Caudillo, ni para bien ni para mal, la política le importaba un bledo, y menos en estas últimas fechas; solo le importaba Vicky, la deseaba… mejor, la adoraba, solo pensar que pronto, cualquier día, podrá poseerla le pone los vellos como escarpias, un estremecimiento le recorre la columna vertebral. Se da cuenta de que tiene una erección notable ¡Dios, cómo la amo! Pero una sombra le acecha, le desazona, le inquieta. ¡Señor! Si llegara a saber quién soy… qué bestia fui… Pero eso ya no tiene remedio. Y entonces hace lo posible por apartar tales pensamientos de la cabeza y solo piensa en el cuerpo vibrante, tembloroso, de Vicky mientras bailaban. Sentía que ella estaba dispuesta a entregarse, si no cómo… Pero ten paciencia, se prudente, no la vuelvas a cagar, jodido animal.

Sin darse cuenta está delante de casa de Vicky que aparece por el portal; está estremecedoramente bella: lleva una falda recta, con una abertura atrás, que le marca deliciosamente el pompis, y unas medias negras con costura, encima lleva una blusa de seda y una torera que le realza el busto.

Después de cenar fueron a bailar a la misma *boite*, él piensa que el local es su fetiche. Se han besado y abrazado hasta la extenuación y salieron cuando Foro ya no podía más, o cuando les echaron para cerrar, no recuerda y no le importa. A las tres y media toman el coche, Foro conduce a lo largo del paseo marítimo y aparca al final, en una zona recoleta y oscura; otro día habría más coches con parejas amándose, pero hoy es día de semana y están solos. La besa por enésima vez en el cuello, desliza la mano hacia su busto, lo acaricia muy suave y le desabrocha la blusa; lleva un sujetador negro muy liviano, apenas le cubre la mitad de los senos, los pezones erizados resaltan sobre la delicada blonda, los acaricia y besa; ella se deja hacer. El Mercedes es amplio y de banqueta corrida y lleva la palanca de cambios al volante, eso facilita mucho las cosas; Foro reclina un poco el respaldo de Vicky que tiembla y suspira, gime. Él posa la mano sobre sus piernas de bailarina de cajita de música. ¡Tan hermosas! Esa sensación de fragilidad que le transmiten le enloquece. Sube la mano bajo la falda, nota que no lleva pantys, son medias ¡Por Dios, qué agonía, lleva ligueros! Está preparada, piensa; siente la seda de las braguitas, le acaricia la vulva por encima del tejido. Foro va a estallar, le duelen los testículos. Le baja la cremallera de la falda y se la retira, se queda anonadado admirando la delicada sinuosidad de las caderas, el vientre trémulo, la brevedad de la cintura, los muslos mórbidos. Le suelta los ligueros y le quita las bragas, la acaricia; está húmeda y huele a deseo. Vicky, los ojos cerrados, gime de placer. Foro se baja la cremallera de la bragueta, pero su erección es tan brutal que no acierta a sacársela. Torpemente, porque tropieza por doquier, se quita los pantalones; se va a echar encima de ella, Vicky abre los ojos, lo mira un momento y, entonces, le pone una mano en el pecho.

—No, Foro, hoy no, te lo ruego, todavía no. Llévame a casa por favor.

Foro no se lo cree. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Es qué no ve cómo estoy, cómo me ha dejado llegar hasta aquí? Es como si le tiraran por encima un jarro de agua helada. Pero obedece, se controla, tranquilo animal, se dice, y se lo dice también a ella.

—Tranquila, cielo, tranquila —le da un beso dulce en los labios —no te preocupes, ahora vamos.

Se siente un poco ridículo mientras se viste. Cuando acaba, ella ya se ha arreglado y le mira agradecida, le dedica una sonrisa tan tierna que Foro se la comería a besos.

De camino, él, cada poco le toma las manos y se las acaricia; te quiero, le dice, siempre te quise. Ella le mira y sonríe, no entiende el *siempre*, pero sonríe, se siente a gusto con Foro.

Están en el portal, muy juntos, enfrente uno del otro, ella sobre el peldaño de acceso es casi tan alta como él; se toman las manos, Foro le besa los ojos y la punta de la nariz. Del portal vecino surge alguien y se sobresaltan un poco; es una mujer que madruga para ir al trabajo, se ríen. Cuando está a su altura la mujer se dirige a Foro, con un cigarrillo en la mano, haciendo el gesto inequívoco de quien solicita fuego. Foro mete la mano en un bolsillo de la americana y la saca con el Ronson, lo enciende y lo acerca a la cara de la mujer que sostiene el cigarrillo en la boca. La llama azulada ilumina brevemente los dos rostros y Foro

se estremece: la inquietante mirada heterocrómica se detiene en él un instante. Foro va a decir: “¡Isabel!”, pero no le da tiempo.

—Gracias Nick —dice ella con la suficiente rotundidad para que se oiga claramente.

Foro siente algo helado penetrarle el vientre y revolverse en las entrañas, luego salir y otra vez entrar, nota un dolor lacerante y bajo la camisa algo húmedo y caliente, atónito se palpa y nota las manos viscosas, está sangrando en abundancia. No ha pasado un segundo y la mujer ya se aleja diciendo en voz alta:

—¡Adiós Nick!

Mientras se va cayendo oye el grito desgarrador de Vicky, es un grito de indignada perplejidad.

—¡¿Nick?! ¡¿Niiiick?!

Vitorina ve un campo nevado, ve una caseta de madera llena de aperos de jardinería, ve a Nick abalanzándose sobre ella, y vuelve a gritar.

—¡Niiiiiiick!

Nicéforo, Nick, Foro, está en el suelo de bruces, las gafas rotas a su lado. Trabajosamente se da vuelta, la vida se le escapa a borbotones, todavía alcanza a ver a Isabel desaparecer por la esquina; tose y un cuajarón de sangre se le escapa por la boca. Gira la cabeza hacia Vicky; ella tiembla de un modo imposible y le mira, tiene el rostro contraído en una mueca que él no sabe descifrar. La ve darle la espalda y entrar en el portal, siente el ¡Clack! de la puerta al cerrarse.

—Siempre te quise —musita con el último aliento.

En la muñeca de Foro el Longines marca las cinco y veinticinco del 20 de noviembre de 1975. A quinientos kilómetros, en la madrileña Ciudad Sanitaria La Paz, el equipo médico habitual firma el certificado de defunción de Francisco Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios.

Gijón, mayo, 2014.

Si te ha gustado el libro o quieres comentar algo con el autor
aquí tienes su correo electrónico:
jmierprado@yahoo.es

## SOBRE EL AUTOR

**Javier Mier Prado** es un autor gijonés, “Piernas de majorette” es su segunda obra. Anteriormente ha publicado *Poli*, una novela de género negro.

[1] Así llamado por la impunidad con que se movía por la costa de aquel mar, bombardeando cuanta población se hallaba al alcance de sus baterías.

[2] En Europa la guerra se aproximaba a su fin y las defensas alemanas se veían desbordadas, en el frente del este, por los soviéticos.
[3] Batalla librada entre el Viet Minh, liderado por el general Giap, y las tropas francesas acantonadas en la aldea de Dien-Bien-Phou, ganada por los vietnamitas. Como consecuencia de la derrota los franceses abandonaron la colonia del sudeste asiático.
[4] Editorial española de la época especializada en la edición de álbumes y cromos.
[5] Personaje de historieta creado por José Sanchis Grau, publicado en la revista homónima, de Editorial Valenciana, de gran circulación en la época.

[6] Institución de socorro, ya extinta, que se ocupó de los niños huérfanos o necesitados, constituida durante la Guerra Civil, cuyas practicas disciplinarias eran tan humanitarias que incluían castigos físicos, y otros tales como privar a los niños de la visita de sus familiares.
[7] Al parecer el duque Vladimir de Rusia se sintió injuriado, al reconocerse en el actor Alfredo Mayo, y consiguió interrumpir temporalmente la exhibición de la película. Lo que devino en un formidable empujón publicitario.
[8] Aludía a una supuesta revolución nacional-sindicalista. Como quedó pendiente nunca se supo con exactitud en qué consistía. Resultaba enternecedor oír cómo, a más de veinte años de acabada la Guerra Civil, algún viejo falangista todavía se refería a la inminencia de ella. Daba la risa.

[9] Ambos, políticos falangistas, en su momento ministros muy cercanos a Franco y de gran influencia sobre su persona.
[10] La disimilitud del toponímico Alburquerque de la provincia de Badajoz es casi inapreciable con el Albuquerque, sin la primera r, de Nuevo México, al que le fue dado el nombre en honor, precisamente, del duque de Alburquerque, virrey de Nueva España; con el tiempo la pronunciación en ingles acabaría desechando la citada consonante.
[11] Noticiario radiado, el único permitido y al que todas la emisoras estaban obligadas a conectarse. Era muy popular la sintonía que lo precedía, La Generala, un toque militar de ordenanza.
[12] Falangista de primera hora (antes de las elecciones de 1936) por oposición a los camisas nuevas a quienes aquellos siempre consideraron unos arribistas.
[13] Película española dirigida por José Luis Sáenz de Heredia, basada en la obra de Jaime de Andrade, seudónimo tras el que se ocultaba el mismísimo Francisco Franco. Al margen de otras consideraciones el filme era un chapucero amasijo del decimonónico ideario que el autor albergaba respecto de España y la torpe justificación, nada velada, de su rebelión contra el orden republicano legalmente constituido. Estrenado en 1942; más tarde, en 1950, al socaire de la nueva situación política mundial, fue modificado eliminándose las referencias a la Falange, el saludo fascista y minimizando las críticas a los Estados Unidos, y para que, como en el universo orwelliano de 1984, no quedara constancia alguna de lo anterior, se persiguieron las antiguas copias hasta, casi, su total desaparición.
[14] El término, al parecer, obedecía a que cuando los nuevos ricos, forjados en el estraperlo, acudían a comprarse un coche, al preguntar el vendedor, “qué coche”, ellos respondían: “el más grande que haiga”.
[15] Serie televisiva infantil de producción norteamericana de gran éxito aquí, que tenía por protagonista a un perro pastor alemán, y se emitía con doblaje mexicano.
[16] De una juguetera de Ibi, Alicante, y que causó sensación entre los niños de la década de los años 60.
[17] Prenda muy liviana, supuestamente impermeable, de origen italiano fabricada bajo licencia, como casi todo aquí, por diversas empresas españolas. Barato, su uso fue tan popular que, *Piuma*, se denominó, por extensión, cualquier impermeable similar aunque no fuera el autorizado por el propietario de la marca.
[18] Término utilizado, entre los siglos XV y XVII, por los cristianos viejos para zaherir a los cristianos nuevos: conversos procedentes tanto del Islam como del Judaísmo. Y se dice que obedecía a que al estar siempre bajo sospecha, para hacer pública ostentación de su

cristianismo, comían carne de cerdo, vedado por la religión judía y musulmana.

[19] Los Grupos de Fuerzas Regulares Indígenas estaban constituidos, cada uno, por dos Tabores (Batallones).

[20] Partido político marroquí de fuerte carácter nacionalista.

[21] Exclamación que seguía al nombre del fundador de Falange, fusilado por la República en Alicante en 1936, “José Antonio ¡Presente!” Inscripción que figuró en la mayor parte de las iglesias iniciando la lista de los Caídos por Dios y por España. El grito era una traducción exacta del prorrumpido por los nazis en la ceremonia de La Bandera Ensangrentada, donde se conmemoraba la muerte de los mártires (en realidad borrachos) del fracasado *Putch* de la Cervecería Bürgerbräukeller de Munich.

[22] Rama femenina de la Falange, a imitación de la Liga de las Muchachas Alemanas de las Juventudes Hitlerianas.

[23] Especie de mili para las chicas, pero sin escopeta, donde recibían formación específica sobre la atención del hogar, del marido y el cuidado de los niños. Pero sobre todo, lo que se enseñaba a las mujeres, o se pretendía, era a ser sumisas.

[24] Reinas de la lejana Persia. La una repudiada por el Sah al no poder darle descendencia, la otra le acompañaría hasta el exilio y la muerte. Ambas, durante años, carne del papel couché, al menos en España.

[25] Se votaba la Ley Orgánica del Estado, de la que los españoles no tenían ni pajolera idea de qué significaba (a mí no me pregunten que yo tampoco sé, ni creo que nadie), pero que la propaganda del régimen asimiló con: Franco SÍ o Franco no. Votar era obligatorio —curiosamente las mujeres, que no podían ni abrir una cuenta bancaria motu propio, pudieron votar— y el resultado fue avasalladoramente favorable. Se cuenta la anécdota de que cuando el Caudillo acudió a votar, los periodistas asistentes le pidieron repetir el voto (lo que da idea de la tradición democrática de la profesión) a fin de inmortalizar el acto; Franco, que sí era demócrata hasta los tuétanos, les reprendió afablemente: “Solo puedo votar una vez”.

[26] Controvertido político español. De discurso populista y demagógico, desde posturas violentamente antimilitaristas y anticlericales, que le llevaron a participar en la voladura de la monarquía, fue mudando hasta un conservadurismo feroz y retrogrado. Tres veces presidente del consejo de ministros, durante la Segunda República, y Ministro de la Guerra, se ensañó manu militari con los movimientos revolucionarios y obreristas. Tuvo que abandonar la política activa ante los casos de corrupción en que se vio envuelto. En 1947 regresó desde Portugal, donde se había refugiado durante la Guerra Civil. Absolutamente desprestigiado, para todos los bandos, murió en Madrid en 1949.

[27] Teniente Coronel.

[28] Soldado de primera clase.

[29] En la zona republicana, bandas de pistoleros parapoliciales que se dedicaban al asesinato de enemigos de la República.

[30] Mayor

[31] General

[32] Ofensiva soviética cuyo objetivo era romper el cerco sobre Leningrado.

[33] Locos.

[34] Vivienda rural rusa, toda de madera.

[35] Anciana, abuela.